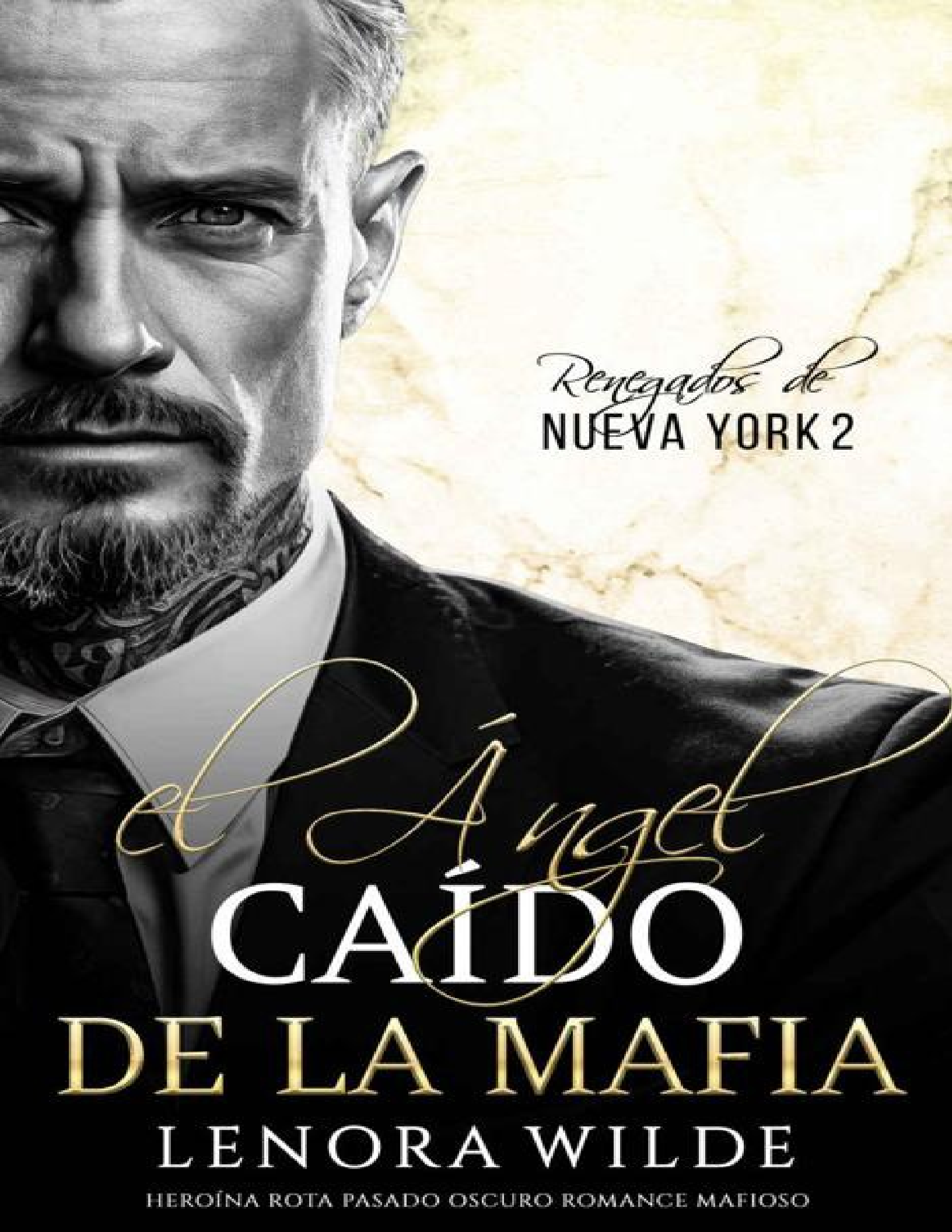




Renegados de
NUEVA YORK 2

el Ángel
CAÍDO
DE LA MAFIA
LENORA WILDE

HEROÍNA ROTA PASADO OSCURO ROMANCE MAFIOSO

EL ÁNGEL CAÍDO DE LA MAFIA

Heroína rota
Pasado oscuro
Diferencia de edad
Romance mafioso

[Renegados de Nueva York 2](#)

Lenora Wilde

Copyright © 2024 por Lenora Wilde.

Todos los derechos reservados. Este ejemplar está destinado únicamente al comprador original del libro. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida en forma impresa o electrónica, incluida la grabación, sin el permiso previo por escrito del editor, salvo breves citas en una reseña del libro.

Contenido

[Prólogo - Celina](#)

[Capítulo I - Celina](#)

[Capítulo II - Paulo](#)

[Capítulo III - Celina](#)

[Capítulo IV - Stefano](#)

[Capítulo V - Paulo](#)

[Capítulo VI - Celina](#)

[Capítulo VII - Paulo](#)

[Capítulo VIII - Celina](#)

[Capítulo IX - Paulo](#)

[Capítulo X - Celina](#)

[Capítulo XI - Paulo](#)

[Capítulo XII - Stefano](#)

[Capítulo XIII - Selina](#)

[Capítulo XIV - Paulo](#)

[Capítulo XV - Selina](#)

[Capítulo XVI - Paulo](#)

[Capítulo XVII - Selina](#)

[Capítulo XVIII - Paulo](#)

[Capítulo XIX - Selina](#)

[Capítulo XX - Paulo](#)

[Capítulo XXI - Selina](#)

[Epílogo - Selina](#)

Prólogo - Celina

La música retumbaba en mis oídos mientras me miraba en el espejo. Apenas podía reconocer a la chica que tenía delante, pero iba a tener que aprender a conocerla pronto si quería conseguir el curro.

Era increíble que estuviera haciendo esto, que hubiera venido nada menos que a este lugar esta noche. The Devil's Drop, así se llamaba el club al que me había presentado buscando trabajo. Supuse que me rechazarían en cuanto se dieran cuenta de mi poca experiencia y presintieran que haría el completo ridículo en el escenario. Cuando entré a dejar mi solicitud, había una chica bailando alrededor del poste. Giraba y giraba y giraba, captando la atención de todos los hombres de la sala. Era imposible que yo pudiera hacer una acrobacia de ese calibre y, al mismo tiempo, parecer sexy.

¿Sería capaz de calentar al público de esa manera?

Tenía apenas dieciocho años. Ni siquiera me había acostado con nadie todavía; apenas había dado mi primer beso el año anterior, un encuentro tremendamente incómodo y del todo inmemorable con un tío del instituto. No tenía la más remota idea de cómo lograr que mi cuerpo se moviera de una forma que esos hombres encontraran atractiva. Joder, ni siquiera podía imaginarme qué significan esos movimientos ni a qué pretendían parecerse. Cuando me reuní con el jefe del antro, Horaldo, el tío me miró de arriba abajo y sentí que estaba tratando de leer en mi cuerpo si de verdad pretendía postular a un curro allí.

–¿Cuántos años tienes? –preguntó.

–Dieciocho –respondí de inmediato. Se le dibujó una sonrisa automática en la cara que fui incapaz de interpretar.

–Perfecto. Puedes empezar este fin de semana. Habla con algunas de las chicas que trabajan aquí, ellas te dirán qué ponerte.

Asentí con la cabeza e intenté tranquilizarme, pero las manos temblorosas me delataban. No podía dejar escapar esta oportunidad. Mi familia necesitaba dinero y lo necesitaba rápido. Si no se me ocurría algo, íbamos a tener que interrumpir el tratamiento de mi padre y no podría vivir conmigo misma si dejaba de intentarlo todo, literalmente todo, por ayudarle.

Todavía recuerdo la primera vez que empezó a mostrar síntomas de su

enfermedad, tosiendo y carraspeando una noche durante la cena mientras mi madre lo miraba preocupada. Hizo todo lo posible para que no se le notara en la cara, pero me di cuenta de que estaba aterrorizada. Mi padre era el único que aportaba dinero a la familia, el único que nos mantenía a mí y a mis hermanos; si se enfermaba o le pasaba algo peor aún, no quería ni pensar en ello, no tendríamos forma de salir adelante.

Como yo era la mayor, tenía que dar un paso adelante y asegurarme de que papá no tuviera que preocuparse del dinero en este terrible momento. Le había dicho a mi madre que iba buscar un curro para lavar platos en un restaurante cercano. Oh, si ella se hubiera enterado de lo que realmente quería hacer..., habría explotado de pánico y preocupación. Estaba muy al tanto de lo sórdida que era esta parte de la ciudad y de lo que se esperaba de las chicas que trabajaban en un sitio así.

—Estás estupenda, cariño —me dijo una de las mujeres después de bajar del escenario. Creo que se llamaba Jalia. Era un poco mayor que yo y tenía un cabello oscuro que enmarcaba perfectamente su rostro. Era dolorosamente guapa y capaz de caminar con absoluta soltura sobre esos tacones peligrosamente altos. Yo no tenía ni su seguridad ni su destreza y estaba segura de que todas las vergüenzas se me iban a notar en la cara en cuanto me presentara ante el público.

—Gracias —murmuré, tratando de acomodarme el sujetador de encaje rojo que me arañaba la piel. Había cogido el conjunto más barato que pude encontrar. Las chicas me habían dicho que comprara algo duradero, porque algunos de los hombres se ponían cachondos durante los bailes privados, que era, al parecer, donde se ganaba la mayor cantidad de dinero.

Me ayudaron a arreglarme para mi primera noche: me peinaron, me maquillaron mucho, con sombras oscuras y ahumadas alrededor de los ojos, y un brillo de labios rojo intenso que me hacía parecer mucho mayor de lo que era. Si debía confesar, era del todo incapaz de decir si me veía guapa o no. Me sentía como un payaso, pero al menos como un payaso a tono con el sitio y el resto de las chicas.

—¡Te toca! —gritó Horaldo y casi me caigo al piso del susto, definitivamente estos tacones de plástico con altitud propia no eran lo mío. *Pleasers*, así los llamaban, tacones para darle el gusto al público: exactamente lo que iba a tener que hacer si quería sobrevivir mi primera noche en este sitio. Me pasé una mano por el pelo y respiré profundamente, prometiéndome a mí misma que todo saldría bien.

Todo iba a salir bien.

Salí al escenario y las luces brillantes me enceguecieron de inmediato. Intenté sonreír, pero seguramente me salió un gesto más parecido a una mueca quejosa contra la ceguera. Ciega y todo, aún percibía el ritmo de la música y le comandé a mi cuerpo: *muévete, ahora, ya, balancea las caderas de un lado a otro*. La luz me impedía ver a los hombres sentados frente a mí, una bendición que no había tenido en cuenta antes de salir. Si hubiera tenido que mirarlos a los ojos, definitivamente hubiera sido incapaz de seguir desempeñando mi papel de payaso sexy.

Era terriblemente incómodo estar allí, moviendo el culo de un lado a otro y tratando de parecer sexy cuando me veía a mí mismo actuando como una psicótica. Más o menos me habían contado cómo seguía la noche: algunos hombres me reservarían para un baile privado si les gustaba lo suficiente lo que veían en el escenario. Me parecía remotísima la idea de que uno de estos tíos me encontrara atractiva después del ridículo que estaba haciendo sobre el escenario, pero, bueno, había que intentarlo... A eso había venido a este antro, a ganar dinero.

Afortunadamente, la canción llegó a su fin y me di prisa para bajar del escenario, despegándome el pelo pegado en el brillo de los labios. Hubiera dado mi reino inexistente por un trago en ese momento, pero no tenía aún la confianza para pedir una. ¿Qué tal si me hacían pagar por ella? Ni pensarlo. Observé la enorme bandeja llena de chupitos que llevaba una chica de sonrisa deslumbrante y el cuerpo más perfecto que jamás había visto. ¿Me vería como ella de guapa y relajada alguna vez? ¿En algún momento todo esto se volvería fácil para mí?

Pero una mano sobre el hombro me arrancó de mis reflexiones. Me di la vuelta y me dejó trastabillando la consciencia repentina de que básicamente estaba desnuda. Resistí la urgencia instintiva de cubrirme con los brazos.

Me encontré con un hombre de unos treinta años. No me lo esperaba, pero su aspecto era básicamente normal, como el de cualquiera de los chicos con los que me hubiera cruzado en la oficina de mi padre cuando pasaba a llevarle la comida que se había olvidado en casa. Me sonrió y recorrió cada centímetro de mi cuerpo con la mirada.

—Eres nueva, ¿verdad? —preguntó. Asentí con la cabeza, porque no me salían las palabras.

—Qué bueno —respondió e hizo un gesto con la cabeza hacia las salas de baile privado—. Quiero un show privado. Vamos.

Le seguí detrás de la pesada cortina de terciopelo, a una zona más tranquila, que se reservaba para los espectáculos privados. No tenía la más remota idea de cómo iba a ir este cuento, pero estaba empeñada en mantener la actitud. Tenía que encerrar el pánico adentro de mí misma, que jamás se hiciera visible; este tío no podía enterarse de que ese pánico existía. El tipo se sentó en el gran asiento de cuero del fondo de la sala y me miró expectante.

Di un paso hacia él y me agarró las caderas. Me quedé paralizada; me habían dicho que los hombres no podían tocarte cuando hacías un espectáculo privado, que eso iba contra las normas de este lugar, pero parecía que a este tío no le habían informado de las famosas normas. Mi instinto fue rechazarlo, decirle que no me tocara, pero no lo logré. Cada centímetro de mi cuerpo se declaró en alerta silenciosa.

—¿Cuánto por los extras? —me preguntó, llevándose la mano a la entrepierna. Pude ver algo hinchándose ahí y mis ojos se abrieron como platos.

—¿Extras? —solté. Estaba segura de que sabía de qué hablaba, pero no podía decirlo en serio, ¿verdad? Yo no iba a hacer *eso*. No iba a vender mi cuerpo...

Espera, ¿pero no me había subido al escenario ya a hacer precisamente eso mismo? Me había subido y había montado un espectáculo de payasos para esos hombres con la esperanza de que uno de ellos pagara para tenerme a solas. Ahora había conseguido mi objetivo: este tipo me tenía donde él quería. ¿No era un poco ingenuo de mi parte pensar que el tío se limitaría a mirar sin tocar?

—¿Cuánto? —me preguntó enarcando las cejas y frotándose la polla con la mano. Me llené de dudas. Este era un momento grande, importante, sentí que era muy grande. Si tomaba esta decisión, si aceptaba, no habría vuelta atrás. Me iba a convertir para siempre en el tipo de mujer que hace esa clase de cosas, que se vende por pieza...

Pero una que se vendía para cuidar de su familia, me recordé. Había una razón por la que estaba cruzando todas estas puertas sin retorno. Esto no era un capricho de ganar dinero rápido y gastármelo igual de rápido en alguna estupidez. Necesitábamos el dinero en casa. Cuanto más rápido ganara el dinero que nos hacía falta, más rápido saldría de todo esto, ¿verdad?

—Doscientos —solté. Me pareció una cifra ridículamente alta y no tenía la más remota idea de que esperaría el tío este a cambio por esa cantidad de dinero. El tipo se encogió de hombros y sacó la cartera. En cuestión de segundos me dio un montón de billetes. Los hubiera contado para asegurarme de que el tío no me estaba timando, pero

parecía fuera de lugar interrumpirle la calentura con cuestiones administrativas.

Se reclinó en el asiento, separó las piernas y señaló el lugar en el suelo que acababa de despejar.

—¿A qué esperas? —inquirió. Su voz había cambiado de tono, se había hecho más aguda, más cruel. Había un brillo en sus ojos que me decía que disfrutaba hablándome así, ahora tenía el poder que quería sobre mí.

Por un momento me quedé mirando el sitio que señalaba, insegura de ser capaz de proceder con sus demandas. Era posible devolverle el dinero, disculparme, volver al vestuario y ponerme otra vez los vaqueros y la sudadera. Podía marcharme de allí y no volver nunca más, atribuirlo todo a un estúpido error y rezar para que nadie se enterara de lo que había hecho, de lo cerca que había estado de venderme a mí misma.

Pero en ese momento pensé en mi familia y en lo mucho que me necesitaba ahora mismo. Haría cualquier cosa para protegerlos.

Enterrando la enorme vergüenza en el fondo más recóndito de mi mente, me arrodillé entre sus piernas y le cogí la cremallera.

Capítulo I - Celina

Ni siquiera me molesté en mantener la sonrisa mientras el tío se dirigía a la puerta.

–Gracias –murmuró el cliente mientras empujaba la puerta de mi habitación y salía. Casi me río al oír esas palabras. ¿«Gracias»? ¿Me agradecía por haberle permitido hacerme lo que acababa de hacerme? Así era la vida, aunque fuera difícil de creer.

Cogí el sobre que el sujeto había dejado en la mesilla de noche y conté rápidamente el dinero. Me habían jodido demasiadas veces como para confiar en que los clientes no intentarían escaparse sin pagarme lo que me debían. Y Stefano me sacaba una tajada de todos modos, me jodieran o no.

Todo el dinero estaba allí, menos mal. Lo metí en el cajón y me tumbé en la cama a recuperar el aliento por un momento. Stefano no tardaría mucho en enviar al siguiente cliente, y antes de que el tío nuevo llegara tenía que ducharme y cambiar las sábanas.

Uff, estaba agotada. Joder, casi no había dormido últimamente, con toda la coca que me metido en el cuerpo. Prácticamente ya no era una persona. Pero una dosis ahora mismo podía ser todo lo que necesitaba para animarme y ponerme en marcha de nuevo. Quizás no era el plan más inteligente justo antes de que llegara otro cliente, pero estos tíos tenían lo que pagaban. Y si necesitaba un par líneas para tolerar otro tipo arriba mío, así eran las cosas. No me pagaban lo suficiente para que encima me exigieran estar limpia y presentable.

Cogí la bolsita que guardaba en el cajón inferior de la mesilla de noche y extendí una generosa raya sobre la madera arañada y manchada. Eché la cabeza hacia atrás y carraspeé antes de inclinarme para aspirarla toda de una sola vez.

Joder. El subidón me golpeó con fuerza, recorriéndome desde el pecho hasta la punta de los dedos, donde podía sentir un hormigueo con cada movimiento que hacía. Hice una mueca, casi que parecía una sonrisa si me mirabas en ese momento con una cuota de misericordia.

Estos subidones eran lo más parecido a la felicidad que había encontrado en estos días. No recordaba la última vez que había sentido ese calor en el pecho, esa certeza de que todo iba a salir bien. ¿Cómo coño iba a creer que todo iba a salir bien después de toda la mierda que había visto? ¿Cómo cojones iba a confiar en que había algo en el mundo por lo que merecía la pena esperar cuando sentía que todo se desmoronaba

constantemente?

Me levanté a rastras y me metí en la ducha, limpiando de mi cuerpo el recuerdo de ese último tío. Todavía podía sentir sus manos sobre mí: me agarraba, me obligaba a acercarme, me echaba su aliento inmundado en el cuello mientras yo intentaba cerrar los ojos y disociarme lo suficiente para sobrevivir otro polvo. Su lengua en mi boca, lamiéndome los labios para lograr que le respondiera. Al menos no era uno de esos tipos engreídos que actúan como si acabaran de dejarte boquiabierto al terminar. No, este tío parecía entender que yo odiaba cada minuto de esto, y él solo quería sacarse las ganas y salir de aquí. Como debían ser las cosas, si me preguntas.

El agua tibia abrazó mi cuerpo y sentí que el subidón empezaba a crecer desproporcionadamente en mi cabeza y se convertía en rabia. Tenía que calmarme antes de que llegara mi próximo cliente, pero a veces la realidad me golpeaba como una tonelada de ladrillos y no sabía cómo domesticarla.

Llevaba produciendo dinero para Stefano como una máquina de follar casi diez años, desde que se enteró de mi fama de ofrecer «extras» por un poco más de pasta y me sacó del primer antro en el que empecé a trabajar. En aquel momento su oferta incluía conseguirme más clientes y más dinero, y darme una habitación segura para trabajar. Vale que por entonces era bastante joven, pero debería haberme dado cuenta de inmediato de que lo que el tío quería era explórtame, convertirse en mi chulo. Para entonces todas las otras chicas en el club me odiaban por vender los «extras» con tanta facilidad –los tíos se habían acostumbrado a esperar lo mismo de ellas– y acepté el negocio.

Y ahora estaba atrapada en este cuartucho. Nunca ganaba lo suficiente para escapar y cada céntimo que acababa en mis manos se iba a la cuenta de mi familia. En secreto, por supuesto: usaba un nombre falso, no quería que supieran dónde estaba, ni siquiera quería que supieran que seguía en este mundo. Estaba segura de que habían empezado a odiarme en el mismo minuto en el que descubrieron en lo que me había convertido; aún podía ver la tristeza escrita en la cara de mi padre cuando averiguó cómo había estado ganando la pasta para pagar su tratamiento, su dolor irremediable cuando se dio cuenta de que su princesa se había convertido en una vulgar puta.

Era esa misma expresión la que recordaba cuando me entregaba a los hombres en el burdel de Stefano. La imagen era tan vívida, tan real, que necesitaba algo, cualquier cosa, que me la quitara de la cabeza. Intenté beber, pero los clientes comenzaron a quejarse de mi aliento. Necesitaba algo un poco más sutil: la nieve etérea e inolora que

me daba la energía para sobrevivir otro turno y que jamás me iba soltar de sus jarras una vez que ya me había atrapado.

Por supuesto, Stefano me la proporcionaba amablemente con un coste adicional. Otra forma en la que ese tío se quedaba con mi dinero, pero no quería pensar en ello: me destrozaba de inmediato y lo único capaz de reconstruirme era otra línea. Cuando empecé, había logrado convencerme a mí misma de que estaba haciendo todo esto por una buena razón, pero a esta altura la voz que argumentaba esas razones era apenas audible. La otra, la que decía: *tía, te estás follando un montón de hombres asquerosos cada día para pagar lo que te metes por las narices para poder follarte a un montón de hombres asquerosos sin volverte loca*, era imposible de silenciar.

Salí de la ducha y oí bullicio abajo: voces alzadas, alboroto de todo tipo. Algún tipo no había conseguido un polvo con su chica de siempre o algo por el estilo. Los hombres que venían a este lugar, todos y cada uno de ellos, eran la escoria más refinada que podía producir la sociedad, el tipo de hombre que desea mujeres que no han tenido otra opción que involucrarse en este negocio, el tipo de hombre que se calienta sabiendo que sus víctimas están atrapadas aquí para siempre. Uno hubiera pensado que la situación nos habría llevado a desarrollar algún tipo de amistad o solidaridad entre nosotras, pero estábamos demasiado rotas, humilladas, avergonzadas y, sobre todo, tremendamente agotadas como para prestarle atención a cualquier cosa que no fuera el objetivo inmediato de sobrevivir otro día aquí.

Pero el ruido seguía. Las voces cada vez resonaban más alto. Normalmente, los tipos de Stefano se ocupaban rápidamente de cualquier caos, para que el negocio siguiera viento en popa, pero lo que estaba ocurriendo ahora parecía un altercado más grave.

Abrí la puerta de mi habitación y me asomé por el pasillo, que se caía a pedazos. Los hombres se gritaban órdenes entre sí.

«¡Subid al piso de arriba y desalojad a todas las chicas!», exclamó uno de ellos. Me quedé petrificada. Mierda. ¿Una redada?, ¿los maderos? Sabía que nos odiaban casi tanto como los chulos que nos prostituían y que harían todo lo posible por hacernos pagar por atrevernos a trabajar en un empleo como este. Estaba a punto de volver a encerrarme en el cuartucho cuando alguien terminó de subir las escaleras y se acercó corriendo.

–Estoy aquí para sacarte de aquí –me dijo, bajando la voz y agarrándome del

brazo—. Vamos, tenemos que irnos ya.

—¿Sacarme de a dónde? —pregunté a la defensiva. Yo no iba a ninguna parte con estos tipos. Sabía que Stefano estaba metido en la mafia y no me habría sorprendido que estos tipos fueran exactamente lo mismo: mafiosos, mafiosos tratando de conseguir a su manera nuevas chicas para armar su propio burdel.

—Estamos aquí para ayudarte —insistió el tío y yo simplemente lo observé con los ojos entrecerrados y me crucé de brazos, tratando de evaluar la situación.

Vale. Si me iba con estos tíos, al menos podría salir por un tiempo, y tal vez podría quedarme con el dinero que me habían dejado mis últimos clientes y decirle a Stefano que estos tipos me lo habían quitado.

—Espérame —le ordené y volví a la mesilla de noche, vaciándola del dinero en efectivo y de la bolsita que atesoraba allí. El tío señaló la bolsa y negó con la cabeza.

—No puedes traer eso —me advirtió. Apreté los dientes. Vale, podía comprar más con el dinero que tenía en el bolsillo. La mierda que Stefano nos traía no era buena, en todo caso.

Me sacó de la habitación y me empujó hacia la puerta: había estallado el caos en el burdel, las chicas salían tropezando de sus habitaciones y estos tíos las conducían hacia una furgoneta grande que esperaba frente a la puerta. Los clientes estaban siendo arriados al otro lado del edificio a punta de pistola, no les veía un futuro muy agradable. ¿Por qué estos tipos, sepa Dios quiénes cojones eran, intentaban deshacerse de la clientela si querían utilizarnos para sus propios fines?

No tuve tiempo de pensar mucho más sobre el asunto antes de que me metieran en la furgoneta, que pronto estaba en camino con alrededor de diez chicas a bordo. Marnie, otra de las chicas que estaban trabajando ese día, se me quedó mirando, con los ojos muy abiertos, como si yo pudiera ofrecerle alguna respuesta.

—¿Qué está pasando? —preguntó y yo negué con la cabeza.

—Ni puta idea —respondí. Stefano nunca nos habría dejado salir tan fácilmente, a menos que tuviera razones para pensar que se enfrentaba a un peligro real. ¿Qué cojones estaba pasando aquí? ¿Quiénes eran estos tipos? ¿Querían ayudarnos de verdad? Metí la mano en el bolsillo y agarré con fuerza el dinero, tratando de tranquilizarme. Independientemente de lo que estuvieran haciendo, había conseguido sacar algo de dinero y para algo me iba a servir.

—¿Por qué Stefano no intentó detenerlos? —dijo Lily confundida, una de las chicas más jóvenes, en susurros, como si alguien nos estuviera escuchando mientras estábamos sentadas en la parte de atrás de esa furgoneta. Stefano le había lavado el cerebro y probablemente le aterrorizaba separarse de él aunque solo fuera por un rato.

—No estaba hoy —respondió Marnie—. Sean quienes sean estos tipos, deben haberlo sabido. Por eso eligieron el día de hoy...

Todos nos quedamos en silencio mientras intentábamos comprender qué cojones estaba pasando. Ya podía imaginarme lo que nos esperaba al otro lado de la furgoneta cuando se detuviera: otro burdel, otro chulo, otro sórdido lugar para llamar hogar. Sabían que las chicas como nosotras no teníamos a nadie a quien recurrir; si hubiera habido un alma capaz de auxiliarnos, nunca habríamos terminado haciendo esta mierda. El agujero que tenía en el estómago se hizo infinito. Al menos Stefano era un enemigo conocido. Pero a qué nos íbamos a enfrentar cuando llegáramos al siguiente destino...

La furgoneta se detuvo, la puerta se abrió y, al otro lado, para mi sorpresa, nos esperaba una mujer. Nos sonrió amablemente y nos hizo un gesto para que bajemos.

—Hola —saludó, como si fuera nuestra amiga—. ¿Qué tal estáis? ¿Necesitáis algo?

—Necesito algo para beber —se apresuró a decir Lily antes de que la mujer cambiara de opinión. Era un buen plan: si querían seducirnos con una falsa sensación de seguridad, había que aprovechar las primeras horas, cuando todavía quisieran convencernos de que todo iba más que bien.

—Cualquier cosa que necesites. ¿Quieres bajar de la furgoneta? Estarás segura aquí, confía en mí.

Bajé primero, me sentía responsable por ser la mayor. Al tocar el suelo, miré a mi alrededor y, cuando me di cuenta de dónde estábamos, casi grité.

Estábamos en una mansión. Una puta mansión. El lugar era enorme y estaba rodeado por un jardín amurallado, con torres tan altas que parecían tocar las nubes. Si esto era un burdel, era para gente bastante rica...

Les hice un gesto con la cabeza a las otras chicas, para que supieran que podían bajar, que no había peligro, y, lentamente, una a una, se apearon, parpadeando con el resplandor de la luz.

—Soy Morgan —se presentó la mujer, sonriendo y tendiéndome la mano. La miré,

pero no la cogí. Ni en tus putos sueños iba a confiar en una zorra que no conocía.

–Por favor, entrad –ignoró mi desprecio–. Tenemos comida, una muda de ropa y habitaciones para todas.

No me quedaba otra que seguirla, no había hacia dónde escapar. ¿Cómo iba a salir de este lío? Ni puta idea. Después de años de haberme resignado a mi vida de adicta y esclava de Stefano, este repentino cambio me tenía el cerebro hirviendo: quién nos había traído aquí y, sobre todo, cuál era su plan ahora que ya nos habían secuestrado. ¿Por qué se habían molestado en ofrecernos este lujo? ¿Estaban lidiando con clientes de alto nivel? Porque estaba segura de algo: nosotras no éramos ni de lejos la clase de chicas que quieres para ese curro...

Las otras mujeres entraron antes que yo y yo me quedé aún más atrás al poner un pie en el enorme vestíbulo. Estaba lleno de retratos de hombres que parecían importantes, probablemente hombres que habían utilizado prostitutas del mismo modo que los hombres importantes lo hacían ahora. Sentí frío y me abrigué con los brazos, no llevaba más que una minúscula camiseta de tirantes y unos pantalones cortos; mis viejas zapatillas deportivas prácticamente se caían a pedazos sobre el suelo de madera pulida y brillante.

Morgan llevó a las chicas a la cocina para que comieran algo y yo me apoyé en la pared, observándolas desde lejos. No me fiaba de esto. No sabía qué coño estaba pasando. Había mucha gente en el mundo a la que le gustaba jugar a ser Dios cuando se trataba de putas como nosotras, a la que le gustaba pensar que podían sacarnos de cualquier lío en el que nos hubiéramos metido, pero la mayoría de las veces solo buscaban excusas bien justificadas para utilizarnos a su manera. Si no nos querían como máquinas de follar, nos querían para su ego, para sentirse personas decentes.

–Puedes entrar, ¿sabes?

La voz de un hombre me hizo girar la cabeza y ponerme tensa. El efecto de la cocaína empezaba a desaparecer y la cruda realidad penetraba en mi interior. Y no tenía ganas de enfrentarme a ella en este momento ni de esta manera.

–¿De qué coño estás hablando? –le respondí. El hombre era unas décadas mayor que yo, con un mechón de pelo oscuro salpicado de canas, que hacía juego con sus pálidos ojos grises.

–Aquí estás a salvo –me dijo y parecía haber algo de sinceridad en sus palabras, pero que me aspen si le iba a creer tan fácil. Había visto suficientes tipos como él a lo

largo de los años como para saber muy bien que esta estirpe particular de cabrones te hacía daño a la primera la oportunidad. Ya los conocía: se hacían los simpáticos y dulces, y luego se daban la vuelta y abusaban de ti peor que los demás.

—Ya me ocuparé yo opinar sobre eso —le respondí y me aparté de él. Sentía su mirada sobre mí y la rabia aumentaba. ¿Por qué cojones se quedaba mirándome este tío? Allí dentro, las chicas recibían platos llenos de lo que parecía ser una deliciosa cena, pero yo no tenía hambre. La coca me dejaba sin apetito y yo no me quejaba. Los hombres parecían preferir mi cuerpo cuando era más huesudo, de todos modos.

Por fin el tipo se dio cuenta de que no pensaba tener una conversación con él y se alejó por el pasillo. Otra vez sola, y agradecida de estarlo, volví a tratar de deducir qué estaba pasando. ¿Esto era ayuda de verdad o qué era? Y, si lo era, ¿cómo cojones iba a hacer para aceptarla?

Capítulo II - Paulo

–Entonces, ¿este es el último? – le pregunté a Morgan mientras Alex, el patriarca de la familia Caroni, se desplomaba en el sofá de cuero frente al fuego. Morgan asintió, bostezando.

–Todas menos una –respondió, señalando hacia la puerta–. La chica más grande aún no nos ha dado un nombre. No quiere salir de su habitación.

–Bueno, es un buen comienzo –respondí y Alex asintió con la cabeza, pasando el brazo sobre el respaldo del asiento mientras Morgan se acurrucaba a su lado.

Hablábamos, por supuesto, de las chicas que habían salido de la redada que habíamos hecho esta semana: ocho en total, y siete de ellas, a estas alturas, estaban volviendo al menos en cierto modo a sus antiguas vidas, a las que habían vivido antes de verse obligadas a trabajar en la industria del sexo. Morgan y Alex estaban agotados, y con razón: ponerlas en contacto con sus familias y proporcionarles la terapia psicológica adecuada que necesitarían para sobrevivir a todo esto en una pieza era mucho trabajo.

Pero aún había algo que me rondaba por la cabeza y ese algo era la chica que ahora mismo seguía encerrada en su habitación. Había sido fría y distante conmigo cuando había intentado hablar con ella y tenía la sensación de que iba a ser un hueso duro de roer. Había algo en su actitud que me recordaba a mí mismo cuando todavía bebía: unas murallas tan altas que llegaban al cielo, el foso lleno de cocodrilos, los arcos y las flechas listos para dispararle a cualquier que intentara acercarse.

–Debería descansar un poco –dijo Morgan bostezando–. Ir a casa y enviar a la canguro a la suya...

–Sí, querida –dijo Alex, dándole un beso en la cabeza–. Vamos a casa, salgamos de aquí. Estarás bien aquí solo, ¿verdad, Paulo?

Asentí con la cabeza.

–Estaré bien –les aseguré–, vayan a casa.

Se despidieron y se dirigieron a la puerta, dejándome una vez más en la tranquilidad de la mansión. Este palacete había sido comprado con la fortuna de la familia Caroni, específicamente con el propósito de albergar a las chicas que Morgan y Alex rescataban del tráfico sexual. Contaba con habitaciones seguras, vigilancia y todas las comodidades inmediatas que necesitaban después de escapar y antes de que

pudieran volver a sus antiguas vidas o iniciar el camino hacia construir su nuevo futuro.

Alex y Morgan vivían con su hija a algunas calles de distancia, con lo cual pasaba la mayor parte de las noches solo en la mansión. No me quejaba en absoluto. Alguien tenía que quedarse para vigilar a los guardias de seguridad y asegurarse de que todo estaba en orden. De vez en cuando, algún chulo intentaba venir a recuperar lo que creía su propiedad y yo era más que feliz de acabar con ellos de una puta vez. Me aseguraba de que supieran exactamente lo que pensábamos de ellos, que les quedara claro el mucho asco que nos daban. Bajo mi supervisión, nadie iba a atentar contra este santuario. Nos habíamos esforzado mucho para que fuera un lugar seguro para estas chicas y era mi deber que estuvieran tranquilas y salvo.

Todo esto había sido idea de Morgan: hacer algo más útil con la fortuna y los recursos que el padre de Alex había acumulado a lo largo de su vida como jefe de la mafia. Morgan había pasado por la terrible experiencia de verse obligada a casarse contra su voluntad con viejo mafioso repugnante y había decidido que era hora de ayudar a otras mujeres explotadas de esta manera. Durante el último año, más o menos desde el nacimiento de su hija, habían empezado a concentrarse en destruir lo que quedaba de los burdeles regentados por estos chulos repulsivos en toda la ciudad, acabando con cualquiera que siguiera utilizando a chicas contra su voluntad para ganar dinero. Estaba claro que esta tarea no se podía dejar en mano de los maderos, tan corruptos como siempre, pero el prestigio y el poder de la familia Caroni eran suficientes para que esas chicas tuvieran otra oportunidad, la oportunidad que se merecían.

Bueno, al menos la mayoría de ellas. Me quedé mirando las llamas oscilantes y mi mente se desvió hacia la mujer que estaba allí, en un cuarto del primer piso, la mujer que ni siquiera quiso decirnos su nombre. Algunas tardan un poco más en darse cuenta de que están realmente fuera del lío en el que han estado atrapadas durante tanto tiempo, y hay otras que simplemente no pueden aceptarlo en absoluto, que se resisten a la idea de ser libres por fin y acaban cayendo en las mismas trampas. Hacemos lo que podemos, pero lo más importante es limpiar esta ciudad de chulos y eliminar a los tipos que explotan a estas mujeres a cualquier precio.

Me pregunté cuánto tiempo llevaba en este negocio, cuánto tiempo llevaba atrapada en este mundo. No tendría más de treinta años, pero había una oscuridad en sus ojos que me decía que había visto mucho más de lo que una mujer de su edad debería haber visto. Ojalá pudiera hacer algo para que hablara, para que aceptara la ayuda que le ofrecíamos, pero ya notaba que no le iba a resultar tan fácil, por mucho que

lo intentáramos.

Normalmente, a estas horas de la noche, habría estado bebiendo un vaso de whisky, llevando mi borrachera crónica diurna a la embriaguez total. Hace un año atrás, en este mismo sitio, ese hubiera sido exactamente mi plan a esta hora. Uff, intenté no pensar en el desastre en el que convertía todas las noches en esa era de mi vida. Todavía me estaba acostumbrando a pasar el día sin emborracharme, pero empezaba a entender esta nueva vida, a crear nuevos horarios y rutinas que no implicaban hacer todo lo posible por beber un trago de vodka cada vez que alguien no me prestaba atención.

Pero ahora tenía que distraerme con otras cosas. Me puse de pie y me dirigí a las escaleras. Quería saber cómo se encontraba. Sentía una curiosa e inexplicable atracción por ella, como si viera algo muy mío reflejado en aquella mujer, en la forma en que miraba a la gente, dudando de todos, desconfiando de todos, yo incluido. Quizás mi sorpresa era un tanto ingenua; después de todo lo que había pasado, no era extraño que nos considerara a todos culpables hasta que demostráramos nuestra inocencia. Estaba claro que había transitado, ida y vuelta, los nueve círculos del infierno cuando la rescatamos y no se iba a deshacer de esa experiencia de un día para otro.

Subí al primer piso, donde alojábamos a las chicas que rescatábamos, y llegué hasta su puerta. Fácil de identificar: era la única que permanecía cerrada. Vacilé un momento ahí, en el pasillo, y me pregunté si no era mejor dejarla simplemente en paz.

Oí un ruido dentro: el crujido de la cama y un largo gemido. Abrí la puerta lentamente, con la esperanza de que estuviera dormida, pero la encontré retorcida en la cama y mirando hacia la puerta, con los ojos muy abiertos y la cara cubierta de sudor.

Me fulminó con la mirada en cuanto me vio.

—¿Qué coño quieres? —se incorporó. Tenía unas ojeras oscurísimas y la piel pálida y húmeda, temblaba con violencia. Era la encarnación del síndrome de abstinencia.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté, dando un paso hacia ella. Retrocedió automáticamente, casi que como por instinto.

—Sí, me encuentro perfectamente, ¿no te jode?

—¿De qué droga te estás limpiando? —le pregunté sin rodeos. Si había estado metiéndose en el cuerpo algo fuerte, era mejor que lo supiéramos cuanto antes, para poder ofrecerle el tratamiento que necesitaba. Se sorprendió con mi pregunta, como si no esperara que yo fuera capaz de reconocer los síntomas de la abstinencia.

–Sí –murmuró, rodeándose con los brazos. Los temblores la sacudían violentamente y quise acercarme a ella y darle una manta o ayudarla de alguna manera, pero tuve la sensación de que mi presencia simplemente la aterrorizaba.

–¿Qué consumías? –pregunté.

–Coca.

–Puedo conseguirte Valium, quizás te ayude –le ofrecí y me miró con odio.

–No necesito Valium –contestó clara y pausadamente, como si yo fuera duro de entendimiento y la escuchara bien–. Necesito nieve.

–Me perdonarás, pero de eso no tengo –respondí con firmeza. Volvió a desplomarse en la cama y a taparse con las sábanas.

–Entonces, déjame en paz de una puta vez. No sé para qué estás aquí.

Me detuve un momento antes de salir, buscando alguna forma de que me permitiera acompañarla un poco más. Estaba perfectamente consciente de lo difíciles que eran esos primeros días de estar limpio y sacarse del cuerpo todo ese veneno, y era verdad: lo último que querías hacer era tratar con gente. Lo único que querías era enterrarte en el agujero más profundo posible y que te dejaran en paz. Pero ella la estaba pasando muy mal, era evidente, y yo quería ayudarla.

–Vendré a verte por la mañana.

–Vale, vale –murmuró apenas, cerrando los ojos para hacerme desaparecer.

–¿Cómo te llamas? –se me escapó la pregunta contra su hastío. Quería saber su nombre. Para ayudarla, necesitaba saber quién era.

–Celina –confesó, con sus defensas bajas en medio de los temblores. Me miró un momento, como si quisiera retractarse; su rostro vulnerable traicionando sus intenciones distantes. Mantener su anonimato había sido su última fortaleza para expulsarnos y ahora había relegado ese bastión. Todo estaba perdido después de haber cedido, o así lo veía ella, de modo que se relajó un poco y volvió a cerrar los ojos.

Salí de la habitación, dejando la puerta abierta unos centímetros para poder escucharla en caso de que su crisis empeorara. Me apoyé en la pared frente a su habitación, con la mirada fija en el lugar donde acababa de estar y escuchando su respiración esforzada.

Veía la imagen de mí mismo el año pasado, tratando de ganar la pelea contra el

alcohol. Me había enfrentado a una decisión final. Podía seguir bebiendo o podía dejar de hacerlo y servir para algo como ser humano. Podía alejarme del trago y ayudar, como mano derecha de la familia Caroni, a hacer una diferencia en este mundo. La decisión no era fácil: la botella era mi bastón, mi amiga, mi confidente, la que me abrazaba por las mañanas y me daba ánimos para enfrentarme a un nuevo día, pero ya era hora de expulsarla de mi vida.

Había empezado a trabajar para el padre de Alex a los veinte años, cuando nos conocimos a través de otro jefe mafioso que nos enviaba como equipo a misiones en toda la ciudad. Él tenía el músculo, yo tenía el cerebro, y pronto algunas zonas estaban bajo el control de la familia de Alex, los Caroni.

Me parecía el camino correcto: no tenía la más mínima aspiración de lidiar con el estrés de estar a la cabeza personalmente de uno de estos feudos. No me interesaba el poder, ni el legado ni la reputación. Lo mío era mantener la cabeza gacha y hacer mi trabajo como asistente, mientras los Caroni expandían sus actividades cada vez más hasta que el patriarca pasó a mejor vida y Alex heredó el negocio.

Bajo la dirección de Alex, las cosas habían empezado a cambiar, lento pero seguro. El joven jefe mafioso no estaba tan interesado en el lado violento del negocio, como lo había estado su padre. Se la pensaba muy bien antes de enviar a sus hombres a intimidar enemigos, forzar aliados o ajustar cuentas con traidores. Incluso cuando habían existido más que buenas razones para ejercer el poder por la fuerza, Alex había actuado con extrema cautela hasta que no le habían dejado otra opción.

Aunque no era su intención, Alex había puesto un espejo frente a mí, un espejo en el que tenía que mirarme y pensar una y otra vez sobre la forma en que había actuado antes, cuando trabajaba con su padre. Cada decisión fría e insensible que había tomado, cada sentencia a muerte que había salido de mi boca, todo el sufrimiento que había causado en esta puta ciudad. ¿Y para qué?, ¿para que el mero nombre Caroni despertara miedo?

Fue entonces cuando comencé a beber demasiado: el licor me ayudaba a lidiar con esos recuerdos sin perder del todo la cabeza, pero pronto el alcohol mismo me hizo perderla. De verdad que quería convertirme en una mejor persona, pero me parecía una tarea imposible cada noche, cuando cerraba los ojos y me atormentaba la culpa.

Cuando Morgan y Alex comenzaron a rescatar víctimas del tráfico sexual, vi en ello una pequeña ventana, una oportunidad para redimirme. Quizás podía salir entero de

todo esto y empezar a enmendar, al menos en parte, todo el mal que había causado durante décadas. Pero todavía estaba bebiendo a diario y demasiado; mi cabeza era un caso, mi habilidad para hacer planes y llevarlos a cabo era nula. Era, básicamente, un desastre andante.

Curiosamente, era un desastre funcional, un desastre que pasaba desapercibido, con lo cual podía seguir bebiendo, pasar todo el día borracho y aun así planear con eficiencia los ataques a los burdeles donde estas mujeres estaban atrapadas. Llevaba ya tanto tiempo trabajando en ese inframundo criminal que podría haber ejecutado con éxito este tipo de operaciones con una botella entera de whisky en el cuerpo. Durante meses me engañé a mí mismo: podía seguir funcionando así, no era necesario cambiar nada.

Entonces empecé a cometer errores. Mi arrogancia de ebrio me había vuelto engreído y descuidado, y nuestros hombres pagaban el precio: terminaban en problemas cuando yo fallaba en informarme adecuadamente sobre la seguridad en un burdel o en el siguiente. Fue evidente que no podía seguir haciendo más daño. Había mujeres reales que seguían atrapadas en ese infierno porque yo estaba demasiado borracho para hacer bien mi trabajo.

Tenía que dejarlo. Nadie sabía que estaba tan dominado por la adicción y, por consiguiente, solucionar este problema era asunto exclusivamente mío. Me desintoxiqué solo y en silencio. Reduje la dosis durante varias semanas, dije que estaba engripado para justificar mis temblores, me mantuve alejando de la mansión para que las chicas no me vieran. Me sentía mitad muerto y seguía mirando a la botella con cierta esperanza. Quizás todo podía volver a ser como hasta entonces y todo estaría bien.

Pero ya había cruzado esa línea donde te das cuenta de que esa es la voz del adicto hablándote, mintiéndote. Ahora todas estas chicas dependían de mí, confiaban en la familia Caroni para salir de las pesadillas en las que estaban atrapadas, y si seguía bebiendo, en definitiva era como volver a emitir sentencias a muerte, aunque esta vez fuera la muerte lenta de continuar siendo esclavas de un chulo cualquiera.

No había sido fácil mantenerme sobrio y la bebida me seguía tentando cada día, pero cuando me acordaba del altísimo precio que tendría que pagar si quería volver a beber, de todos los errores que cometería si volvía a echarme esa mierda en el cuerpo, simplemente sabía que no iba a volver a caer. El camino al desastre era fácil, tentador, estaba siempre allí, al alcance de la mano, pero tenía que mantener la cabeza clara y despejada. Las historias de horror que contaban las chicas que rescatábamos me hacían

querer buscar refugio de las miserias del mundo una vez más en el licor, pero esas mismas historias me fortalecían en mi resolución de mantenerme sobrio.

Pero en este momento, de pie frente a la habitación de Selina, escuchando desde el pasillo la agonía de un síndrome de abstinencia infernal, estaba más seguro que nunca que no podía volver a caer. Necesitaba mi cerebro operando al máximo de su capacidad para ayudar a estas mujeres lo mejor que pudiera.

Era el único camino que veía para alcanzar alguna suerte de paz con toda la mierda que había hecho a lo largo de los años.

Capítulo III - Celina

Abrí la puerta y miré a un lado y a otro del pasillo, mis manos temblando mientras me apoyaba en el marco.

Tenía que asegurarme de que no había nadie que me impidiera salir. Anoche ese viejales había estado merodeando en el pasillo durante un rato después de salir de mi habitación. Estaba casi segura de que se llamaba Paulo, lo había escuchado hablar con uno de los guardias.

Me había pasado toda la noche dando vueltas en la cama y no había pegado un ojo. Cada centímetro de mi cuerpo apelaba contra la abstinencia: varios ejércitos de hormigas me caminaban debajo de la piel, nadaba en sudor frío y tenía que levantarme continuamente para inclinarme sobre el váter a vomitar nada, porque no tenía nada que vomitar en el estómago.

Ya habían pasado un par de días desde que llegué a este sitio y me seguía sintiendo fatal. No había dejado que nadie entrara en mi habitación; habían venido algunas personas a ver cómo estaba, entre ellas esa tal Morgan, pero les había dicho que me dejaran en paz. Para mi sorpresa, me hicieron caso, cosa que era difícil celebrar como una victoria cuando me sentía como una completa mierda.

Todavía no sabía realmente qué estaba ocurriendo ni por qué estas personas me habían sacado de las garras de Stefano. Claramente, había una pieza fundamental en toda esta historia de la que no estaba al tanto. Por mi mente pasaba la remota idea de que quizás realmente estaban tratando de ayudarme, pero la desechaba de inmediato. ¿Quién iba a mirar esta pila de desgracias en la que me había convertido y a pensar que valía la pena ayudarme? No era precisamente la puta que inspira solidaridad, esa chica que aparece como un ángel caído en las manos equivocadas. Era una adicta mala leche, eso era. Ni de lejos el tipo de mujer a la que le echarías una mano para sentarte redimido. Y eso era, imaginaba, lo que estaba buscando esta gente.

Las otras chicas ya se habían ido. En un tortuoso recorrido –ponerme en pie era ya un esfuerzo atlético–, me había arrastrado por la planta superior y había revisado sus habitaciones: no había rastro de ellas por ninguna parte. ¿Las habían enviado a otros burdeles?, ¿o tal vez se habían ido a... otra parte? ¿Quizás estas personas las habían ayudado a empezar una vida nueva en el mundo exterior, en la vida real?

Deseaba con todas mis fuerzas que esto último fuera verdad. Te cagas la cantidad

de veces que había tenido un tipo en la habitación diciéndome que quería «rescatarme» del burdel para llevarme a su casa y que me convirtiera no solo en su puta personal a tiempo completo, sino también en su esclava doméstica. Todas nos sabíamos este cuento y estaba segura de que las otras chicas no eran tan tontas como para habérselo creído esta vez.

Por favor.

Como sea, no podía realmente pensar en lo que les estaba pasando a las otras chicas. Una sola idea dominaba mi mente entera cada segundo: cómo salir de este lugar y encontrar dónde comprar.

Oh, estaba totalmente consciente de que era una idea estúpida. Lo que quedaba de ser humano en mí me decía que tenía que aprovechar estos días limpia como puntos a mi favor para terminar de una vez de meterme cosas por la nariz. Pero me estaba muriendo. Necesitaba un descanso, dejar de temblar durante un par de horas, dejar de sentir que me estaba volviendo loca de forma definitiva. Necesitaba una tregua: salir de allí y encontrar alivio.

Bajé las escaleras sin hacer ruido. Todavía tenía el dinero que había sacado del burdel en el bolsillo. Era suficiente para unas cuantas papelines. Dondequiera que estuviera esta mansión glamorosa debía de haber alguien que quisiera venderme lo mío. Tenía un sexto sentido para identificar drogatas. Solo necesitaba encontrar uno, tontearle un poco y que me presentara a su camello.

Terminé de bajar las escaleras en puntillas. Estaba bastante segura de que a estos tíos no les iba a gustar mucho la idea de que me escapara a comprar drogas, pero, coño, qué cojones les importaba a ellos lo que hiciera con mi cuerpo. Una especie de berrinche infantil me llevaba a desafiarlos, silenciando la voz de la razón, que me decía que a esta altura era ya bastante evidente que esta gente realmente quería ayudarme. Yo solita me había sumergido en picada en este desastre en picada. ¿Dónde estaba escrito que me merecía la ayuda de nadie?

Todavía me acordaba de la primera vez que había esnifado. Stefano me había ofrecido después de un día particularmente cansador en el club de strippers. El tío había empezado a ir al club como cliente habitual, me pagaba para varios bailes privados seguidos y después me presionaba para obtener los extras. No era porque yo lo calentara particularmente, estaba haciendo investigación de mercado: averiguando cuánto iba a obtener de mi cuerpo una vez que me llevara a su burdel.

–Te hará sentir mejor, cariño, te lo juro –me dijo mientras cortaba una línea sobre la mesa de cristal del privado. Vacilé, mirando fijamente la sustancia. Hasta ese momento solo había bebido para sobrevivir a mi trabajo. Acaba de cumplir los veinte años y los tíos de la barra me alcanzaban algunos chupitos para que aguantara a los tíos más largos de manos. En esa época todavía le enviaba dinero a mi familia con mi nombre, aunque no les veía desde habían averiguado a qué me dedicaba. Un tío que había trabajado con mi padre había entrado al club una noche y, aunque aparentemente él podría ir a uno de estos sitios a frotarse la polla cuando quisiera sin que nadie se alarmara, una chica que se atreviera a trabajar allí para entretenerlo se convertía inmediatamente en una puta que no merecía ningún respeto.

Todavía puedo recordar esa sensación de «que me jodan» mientras me inclinaba y esnifaba la línea con torpeza, tosiendo y escupiendo mientras algo alcanzaba a caerme por la garganta y me entraba en el cuerpo. Me coció la piel por dentro y en el mismo instante me prometí no volver a tocar esa mierda.

Vaya promesa. Stefano te tendía esa trampa: hacía caer a las chicas en la coca y así lograba que siguieran trabajando para él. Aunque intentara contenerme, me escapa al baño a tomar unas líneas en cuanto podía. Necesitaba algo que me diera la energía necesaria para sobrevivir el resto de la noche con una sonrisa en la cara y esto era lo que Stefano traía.

Para cuando comencé a trabajar en el burdel, ya era una adicta consagrada. Y en este minuto necesitaba una dosis de inmediato o me iba a estallar la cabeza. Me acerqué deprisa a la puerta principal. Era bastante temprano y quizás los guardias que usualmente custodiaban esta no habían llegado aún. Y si estaban, solo necesitaba convencerlos de que me dejaran salir. Tomé el pomo de la puerta y estaba a punto de abrirla cuando una voz familiar retumbó detrás de mí.

–Hola, Celina. ¿Qué haces?

Me di la vuelta.

–¿Qué haces levantado tan temprano?

–Estaba en el gimnasio –respondió con calma. Ahora que lo veía bien, era obvio lo que había estado haciendo. Llevaba una camiseta gris que hacía juego con sus ojos y se ceñía a la forma de sus fuertes brazos. Sentí que me subía el calor a las mejillas, me había pillado en plena huida y yo cada vez lo dejaba más claro.

–Me alegra verte en pie y fuera de tu habitación –continuó con calma, pasándose

una mano por el pelo—. ¿Adónde vas?

Abrí la boca para soltar una excusa, pero no había pensando en ninguna de antemano. No tenía ningún plan B en caso de que pillaran. Cerré la boca de nuevo y él me miró con expresión interrogadora.

—¿Ibas a comprar? —me preguntó en voz baja. Su voz era amable, no me juzgaba, pero por alguna razón esto me causaba aún más rabia.

—¿Qué cojones te importa lo que pongo en mi cuerpo? —respondí. Suspiró profundamente y las arrugas de sus ojos se hicieron más profundas mientras me miraba con el ceño fruncido.

—No necesitas esa mierda —me dijo, sacudiendo la cabeza.

—No tienes puta idea de lo que necesito —respondí, bufando una carcajada sarcástica.

—¿Te crees que no sé lo que es ser un adicto? —replicó bruscamente. Su respuesta atravesó la neblina que entorpecía mi mente y me paró en seco.

—¿Qué dices? —murmuré, metiéndome las manos en los bolsillos como si allí pudiera esconderme de él.

—Sé lo que se siente cuando tienes que enfrentarte al mundo por primera vez sin la mierda en la que te has estado apoyando para vivir —me dijo, bajando ligeramente la voz, como si estuviera avergonzado de hablar de esto en voz alta. Era la primera vez que veía resquebrajarse su barniz, aunque solo fuera por un instante. Me apoyé en la puerta, ya empezaba a sentirme débil; la falta de comida, unida a la falta de estimulantes, estaba empezando a afectarme. Este tío no respondía a mis duras palabras como lo habría hecho la mayoría de la gente. Era como si se lo esperara de alguna manera y eso hacía que me empezara a relajar, lentamente y en pequeñas dosis.

—Entonces, ¿cómo va esto?, ¿me vas a tener encerrada aquí para asegurarte de que no pueda tomar nada? —le pregunté. Negó con la cabeza.

—No te tengo prisionera aquí —me aseguró—. Si realmente quieres salir a buscar tu mierda, puedes hacerlo. No te voy a encerrar bajo llave.

Me quedé helada. Entonces, ¿no iba a detenerme? Me acerqué a la puerta una vez más, sin saber exactamente qué estaba pasando ni qué pensar.

—Pero quiero que lo pienses antes de hacerlo —añadió, dando un paso hacia mí. Me

volví hacia él, mordiéndome el labio.

–Sé lo tentador que es salir a la calle y conseguir lo que quieres, porque sabes que te va a hacer sentir mejor de inmediato –continuó. Sus ojos, fijos en los míos, eran firmes, tranquilos, como un bote salvavidas en un mar tormentoso.

–Pero... espera algunos días más –añadió–. Unos días más para ver cómo te sientes cuando estás limpia. ¿Harías eso por mí?

Le sostuve la mirada tanto como pude. Y allí, de pie, no había nada que quisiera más que decirle que no, que me dejara en paz, que me dejara ir a buscar lo que necesitaba, que me dejara acabar con este tormento de estar atrapada en la abstinencia sin nada que me sacara de ella.

–Esa mierda saldrá de tu sistema en diez días –continuó–. Espera a ver cómo te sientes entonces. Puede que te sorprenda.

Asentí con la cabeza casi automáticamente, totalmente desprevenida, casi contra mi voluntad. Unos minutos antes estaba decidida a escapar de aquí y encontrare cuanto antes lo que necesitaba para aliviar el sufrimiento del cuerpo y la mente.

Pero este tío quizás... quizás tenía razón. Al menos podía intentarlo, ¿no? Ya había pasado los primeros días de abstinencia fatal. Quizás esta era mi mejor oportunidad para dejar todo este episodio de adicta sin remedio atrás.

–Vale –murmuré, mirando el suelo. No podía creer que estuviera siquiera considerando esto, pero... pero había una parte de mí que quería ver a dónde iba a ir a parar todo esto. Un cierto coraje me decía que no importaba lo duro que fuera, no importaba lo mucho que doliera, no importaba lo mucho que todavía hubiera una parte de mí gritando por salir por esa puerta y encontrar lo que necesitaba para sentirme mejor.

Me sonrió con una sonrisa cálida y sincera que le iluminaba toda la cara. Conseguí devolverle la sonrisa. No recordaba la última vez que un hombre me había mirado así, sin que su mirada ya trajera escrito todo lo que realmente planeaba hacer conmigo.

Señaló hacia la cocina con la cabeza.

–Ven –me dijo–. Consigamos algo para que comas. Te sentirás mejor con algo de comida en el estómago, créeme.

Dudé un momento antes de seguirlo, pero luego caminé hacia la cocina. Mi estómago rugió de repente. El apetito monumental que había estado ausente todo este

tiempo empezaba a aparecer de nuevo.

Quizás este tío tenía un poco de razón.

Capítulo IV - Stefano

Caminaba en círculos en la pequeña habitación de mierda del motel, con la luz del cartel de vacantes parpadeando a través de la ventana.

Si esta puta pensaba que se me iba a escapar tan fácilmente, se iba a dar cuenta pronto de su error.

Me incliné para aspirar la línea del alféizar de la ventana y eché la cabeza hacia atrás para que me llegara a la garganta. Un zumbido me retumbaba en el cerebro, un silbido bajo pero constante en mis oídos mientras mi cerebro trabajosamente trataba de decidir qué coño iba a hacer a continuación.

Cuando recibí el chivatazo de que esos cabrones de los Caroni iban a venir a entrometerse a mi burdel, me escabullí como medida de precaución. Pensé que el rumor era solo un rumor y que no se iban a atrever a meterse conmigo. Pero se metieron.

Había escuchado comentarios de otros tipos que llevaban negocios como el mío que los Caroni estaban intentando limpiar la ciudad de burdeles, probablemente para poner en pie uno de ellos sin enfrentar competencia. Esos hijos de puta se llevaron a todas mis chicas, se las llevaron Dios sabe dónde...

Y me la quitaron a ella.

Dejé escapar un gruñido de irritación y arrojé el teléfono sobre la cama. Después de todo lo que he hecho por ella, esa zorra me ha abandonado. Apuesto a que lo planeó con ellos, a que conspiró contra mí. Era justamente el tipo de mierda que ella haría, esa conspiradora...

Mi teléfono sonó, lo cogí y contesté de inmediato.

—¿Quién habla? —pregunté sin molestarme en comprobar el identificador de llamadas.

—La he encontrado —me dijo la voz al otro lado, Killian—. Está con los Caroni, en la mansión al otro lado de la ciudad.

Continué mi recorrido frenético mientras asimilaba las noticias. Había enviado a Killian a averiguar qué cojones estaba pasando mientras yo me escondía en este motel hasta que se calmaran las aguas. Había oído a otros tipos en el negocio decir que Alex Caroni y su gente se estaban cargando a los tipos que yo, que les dábamos a esas chicas

un lugar donde vivir y la oportunidad de trabajar.

Esa gente cree las chicas de este tipo son capaces de hacer otra cosa con sus vidas. No lo entienden y jamás lo entenderán. Estas mujeres no hubieran podido ni siquiera sobrevivir si no hubiera sido por los tíos como yo. Les di un techo para vivir, un sitio para trabajar, un lugar seguro, donde podían elegir a la mayoría de sus clientes. ¿Y qué recibí a cambio? Una semana llevaba escondido en la puta nada, esperando una llamada para saber adónde cojones había ido Celina.

Alex Caroni probablemente ya la había puesto a venderse para hacerse un dinerillo extra... como si lo necesitara. Yo era el que protegía a esas chicas, el que velaba por ellas. ¿Este tío quería venir a meterse y llevarse toda la gloria? No iba permitírselo. Menos cuando Celina estaba involucrada.

La había visto convertirse de adolescente tímida en toda una mujer hecha y derecha. La conocía desde su época de bailarina y la había ayudado con coca para que pudiera superar los turnos más duros. La chica siempre parecía contenta de verme y me di cuenta de que le gustaba tenerme cerca. Surgió naturalmente el plan de ofrecerle un trabajo real, especialmente teniendo en cuenta las impresionantes habilidades de las que había hecho gala cuando estábamos a solas.

Su larga melena pelirroja, sus encendidos ojos verdes y su piel prácticamente blanca como la nieve atraían muchísima clientela y yo estaba más que orgulloso de lo que bien que ella sabía mantener el ritmo de esa demanda. Podía trabajar día y noche sin parar, despachando tíos de su habitación cada minuto que estaba despierta. Solo necesitaba una dosis de vez en cuando para seguir adelante. Alguna vez me dijo que se había metido en este negocio para ayudar a su familia y la poca pasta que le permitía quedarse seguramente iba para ellos.

Y era yo el que le había llevado todas esas oportunidades de negocios. Era yo el que hacía que vinieran los clientes. Y la muy puta, zorra desagradecida, se había ido a la primera oportunidad. No tenía la más puta idea de todo lo que yo había hecho para mantenerla en el negocio. Iba a fracasar sin mí, se estrellaría de lleno, estaba seguro.

Entonces, tenía que atraparla antes de que terminara de caer. Tenía que sacarla de esa mansión y conseguir que volviera al trabajo, a su verdadero sitio, para que ambos pudiéramos empezar de cero otra vez. No era que la idea de empezar todo de nuevo me resultara particularmente atractiva, pero con Celina en una de mis habitaciones pronto ganaría lo suficiente para traer más chicas a trabajar conmigo.

–Dame la dirección –le dije a Killian–. Quiero entrar en contacto con ellos, que sepan con quién se están metiendo.

–Con cuidado, jefe –me advirtió–. Es mejor que no sepan dónde está...

–Sé lo que estoy haciendo –respondí con la rabia alimentada por el subidón de la coca en la sangre. No iba a dejar que un tío como Killian, que apenas había empezado a trabajar para mí el año pasado, me dijera cómo manejar mis asuntos.

Pero era el único de mis hombres que había salido ileso del ataque al burdel. No tenía muchos aliados dispuestos a ponerse a mis órdenes, no con la cantidad de operaciones que la familia Caroni había estado desplegando por toda la ciudad. La gente estaba nerviosa, nadie quería ponerse en la línea de fuego. Pero cuando acabe con ellos, no habrá nada más que temer de Alex Caroni.

–Dame la dirección y no te hagas el listo conmigo –le advertí a Killian–. Yo soy el que manda aquí, ¿recuerdas?

–Vale, vale, lo sé –murmuró Killian, sonando demasiado irritado para mi gusto. Me contuve para no soltarle la cascada de insultos que tenía en la punta de la lengua. Estaba enojado por lo que había pasado con Celina, pero Killian no tenía la culpa.

Además, tenía que mantener la cabeza fría y recuperar a mi puta más valiosa antes de que otro descubriera esa mina de oro.

Capítulo V - Paulo

–Mira esto –me dijo Alex mientras deslizaba una carta sobre mi escritorio. Levanté la vista.

–¿Qué es?

–Una amenaza –respondió, indicándome con la cabeza que la leyera mientras cruzaba los brazos–. Del chulo de Celina, por lo que parece. Parece que no la va a soltar tan fácilmente.

Suspiré y cogí el papel. No era la primera vez que recibíamos una amenaza así de alguien que había explotado a una de estas chicas para trabajar, pero, por la forma en que Alex hablaba, parecía que esta vez la situación era más grave.

Leí la carta a la rápida: era la misma mierda de siempre, amenazas garabateadas en un desorden de cocaína por toda la página. Pero lo importante no era lo que la carta decía, sino su misma existencia: si este tipo había logrado hacerla llegar a la casa, sabía dónde estaba Celina.

–¿Cuál es el plan? –le pregunté a Alex, mirándole de nuevo. Tenía la boca rígida y me di cuenta de que la situación le estaba afectando.

–No sé –respondió, sacudiendo la cabeza–. Suena bastante serio. Sé que el jefe de ese burdel se escapó antes de que llegáramos y podría estar buscando volver a instalarse con cualquier chica que encuentre, Celina o cualquiera de las otras.

–Pero a la única que menciona en la carta es a Celina –murmuré, leyendo la carta de nuevo.

–Sí, me di cuenta –acordó Alex–. ¿Crees que significa algo en particular?

–Quizás. Tal vez el tío está particularmente interesado en ella. O que esté dispuesto a hacer cualquier cosa para recuperarla.

Alex se desplomó en la silla frente a mí y bostezó. Se veía cansado. Él y Morgan se había esforzado mucho por auxiliar a estas chicas. No era nada fácil montar toda una operación de rescate, ayudar a una de estas chicas a ponerse de nuevo en pie, para después verla recaer en las drogas y lanzarse nuevamente a las calles. Entonces la conducían a una institución de rehabilitación, pero nadie te quitaba ya el sabor amargo de ver de primera mano que no importaba cuánto esfuerzo pusieras de tu parte, algunas

de estas chicas simplemente no iban a poder construir una nueva vida para ellas. Ese tipo de verdades te corroen por dentro.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —pregunté, inclinándome hacia delante. No sabía por qué, pero sentía una especie de conexión con aquella mujer, Celina. A pesar de que era una tía recia, dura, distante, todos atributos sin dudas forjados en sus años de trabajo en ese negocio, también había algo más en ella. Un no sé qué más suave, más flexible. Lo había visto asomarse cuando le había sugerido que esperara unos días más antes de volver a meterse esa mierda por las narices. Celina quería estar mejor, pero no estaba lista para admitirlo, ni siquiera a ella misma.

—No sé —admitió Alex—. Podríamos llevarla a un piso franco fuera de la ciudad, resguardarla allí durante un tiempo, pero tengo la sensación de que eso no va a ser suficiente para mantener a este tipo a raya. Parece obsesionado con ella.

—Ni se te ocurra —respondí, negando con la cabeza—. Ya estamos en riesgo de que esta chica se escape en cualquier momento. La otra noche la pillé intentando salir de casa para ir a comprar coca.

El rostro de Alex se ensombreció.

¿De verdad? —murmuró con el seño fruncido, y yo asentí.

—Sí, creo que en este momento está peleando —respondí—. Y necesita toda la ayuda posible. Si la enviamos lejos, no tendrá esa ayuda. Es mejor mantenerla aquí, donde podemos vigilarla. Creo que eso es lo que tenemos que priorizar ahora mismo.

Alex parecía un poco escéptico, pero asintió con la cabeza.

—¿Puedes ocuparte de esto? —preguntó—. Tengo muchas cosas que resolver en este minuto. Morgan está ayudando a otra de las chicas a conseguir un piso y hemos estado muy ocupados con eso.

—Claro que sí —respondí y me sorprendió la facilidad con la que me salieron esas palabras. Ni siquiera tuve que pensarlo dos veces, tal vez porque había una parte de mí, aunque estaba muy lejos de querer admitirlo, a la que realmente le gustaba la idea de tener a Celina cerca un poco más. Había algo en ella que me llamaba, que me tentaba a tenerla más cerca, y al mismo tiempo estaba seguro de que nada de esto era una buena idea.

No sé, había una especie de conexión entre nosotros, probablemente porque ambos habíamos luchado contra la adicción durante mucho tiempo. Yo no le había contado

prácticamente ninguno detalle de mis batallas, pero no era necesario hacerlo. Ella podía verlo escrito en mi cara: mi batalla, mi dolor, mi sufrimiento. Todos los adictos somos capaces de verlo en los otros: la marca de una guerra constante contra la tentación que te va a arruinar la vida para siempre.

–Gracias –Alex suspiró, poniéndose de pie–. Si este tío vuelve a aparecer, quiero estar informado, ¿vale?

–Así será –prometí e hice un gesto con la cabeza hacia la puerta–. Puedes confiar en mí, Alex.

–Gracias, tío –contestó, ahogando un bostezo. Salió del despacho y bajó las escaleras, dejándome solo con mis pensamientos una vez más. Y yo tenía mucho en qué pensar.

Aunque yo no era su padre, estaba muy orgulloso del hombre en que se había convertido Alex, del hombre que se había esforzado tanto por ser. Se había opuesto a lo que se esperaba de él en su trabajo y lo había convertido en algo positivo, constructivo. No estaba muy seguro de que, en su lugar, yo hubiera sido capaz de hacerlo mismo. Joder, llevaba mucho tiempo en este negocio y jamás se me había ocurrido asumir los riesgos y dar los pasos que él había dado. Sin dudas era un hombre más fuerte que yo.

Pero aún estaba a tiempo de demostrarme a mí mismo y a los demás que seguía luchando. Que aún tenía la capacidad de hacer lo correcto. Aunque ya había cumplido mis cincuenta, estaba decidido a no dejar pasar otro año sin pena ni gloria. Ya había vivido cinco décadas sin dejar ninguna huella positiva en este mundo –ni esposa, ni hijos ni legado alguno– y si lo único que lograba dejar era este grupo de mujeres viviendo su propia vida, me declarararía feliz.

Me acordé de Selina, que probablemente seguía tratando de dormir durante las peores etapas de la abstinencia en su habitación, a algunos metros de distancia. Ojalá no hubiera escuchado la conversación con Alex. No quería que se preocupara de que ese gilipollas volviera a su vida. Me invadió un sentimiento de protección y me quedé mirando la carta sobre la mesa. Ese idiota de cojones. No tenía puta idea de quiénes éramos si creía que podía enfrentarse a gente como nosotros.

Me moría de ganas de enseñarle que estaba cometiendo el más grave error de su vida al querer tantear su suerte con los Caroni.

Capítulo VI - Celina

Salí de la ducha, cojí una de las suaves y mullidas toallas, y me envolví con ella el cuerpo desnudo. Mi reflejo se movió en el espejo y, por primera vez en mucho tiempo, no pude evitar verme.

Me veía tan... distinta. Mis ojos parecían más brillantes y las ojeras empezaban a desaparecer. Mi rostro ya no estaba amarillento, ya no parecía una tía enfermiza. Aunque no llevaba la cantidad monumental de maquillaje que me untaba en la cara para parecer menos destrozada de lo normal, no tenía un aspecto tan horrible como recordaba.

Normalmente, cuando pasaba por delante de una ventana, hacía todo lo posible por no mirarme en ella. Lo último que quería era enfrentarme a mi reflejo, consciente de que la vista no haría más que vociferar una sarta de verdades sobre mi pasado. Aunque quisiera esconderme de los hechos, las drogas, la depresión y la disociación constante me habían desconectado por completo de ese cuerpo que me parecía totalmente ajeno y no tenía ni la más remota idea de cómo reconciliarme conmigo misma.

Durante mucho tiempo había tenido que salir de mi propio cuerpo solo para sobrevivir el día. Comía, bebía, dormía y me duchaba, pero no sentía realmente nada de eso. No sentía el sabor de la comida en la boca ni el calor del agua sobre la piel. Y, aunque todavía había horas y horas en las que volvía a caer en ese estado, desde que había dejado la coca había empezado a sentirme un poco más... un poco más yo. Y algo de bueno debía de haber en ello.

Me sonreí en el espejo y cogí un poco de la loción corporal que había a un lado para ponerme en las piernas. Llevaba demasiado tiempo afeitándomelas con la misma cuchilla de mierda en el burdel, y seguían doloridas y llenas de pequeños cortes, pero ya empezaban a tener mejor aspecto.

Volví a la pequeña habitación que me habían dado, me senté en el borde de la cama y cogí uno de los libros que había sacado de la biblioteca. Cuando era más joven y estaba todavía en la escuela, me encantaba leer. Era lo que más me gustaba hacer en el mundo: perderme en un libro, dejarme llevar por las páginas y olvidarme de todo lo que ocurría fuera de él. Pero Stefano no había fomentado precisamente la lectura mientras habíamos estado encerradas bajo su mando. Todo lo que pudiera distraernos del trabajo, todo lo que pudiera interponerse en su camino para conseguir lo que quería de

nosotras, estaba prohibido.

Pero ahora podía leer todo lo que quisiera. Me tumbé en la cama y terminé el último capítulo. Había estado leyendo vorazmente desde que los escalofríos y temblores de la abstinencia habían empezado a desaparecer, quizá porque, hasta cierto punto, seguía intentando esconderme de la realidad de mi situación. Había pasado años nadando en la mierda, haciendo daño y haciéndome daño, y no sabía cómo ser una persona que vive fuera de las cloacas.

Me dio una punzada en el pecho al pensar en mi familia. Me imaginé lo avergonzados que estarían cuando supieran todo lo que había hecho, si es que algún día lo sabían. Había una parte de mí que quería mantenerlos alejados de mí para siempre para que nunca tuvieran que oír las verdades horribles de lo que había sido mi vida. ¿Cómo iban a entender? Ninguno de ellos había pasado por lo mismo que yo y no conocían las pequeñas formas en las que este mundo empieza a minar tu autoestima. No sabían lo enfermo y retorcido que era el mundo, y lo oscuro que se ponía cuando todo lo que tenías eran las drogas y la promesa de tu próxima dosis.

Y no quería que mis hermanas y mi hermano pequeño estuvieran expuestos a este infierno. Allen, Nora y Frankie ya serían mayores, pero no por eso yo estaba dispuesta a verlos como adultos. No había tenido la oportunidad de verlos graduarse en el instituto. En mi mente, seguían siendo niños, y niños a los que había que proteger de las cosas que había hecho. No se lo merecían. No se merecían la vergüenza de saber que la hermana mayor a la que antes admiraban había vendido su cuerpo durante años para mantener una adicción a las drogas que se había apoderado de su vida...

Y luego estaban mis padres. Ni siquiera sabía si mi padre seguía vivo después de haber estado tan enfermo durante tanto tiempo; había leído ávidamente los obituarios cada vez que podía y nunca –gracias a Dios– había encontrado su nombre en ellos. ¿Y mi madre? Ya se había horrorizado bastante cuando se enteró de que bailaba en el club. No quiero ni pensar cómo reaccionaría si supiera lo que hice después, en el burdel de Stefano. Seguramente iba a renegar de mí, a decirme que yo no era su hija, y no volvería jamás a dirigirme la palabra.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y las contuve de inmediato, casi por instinto. No podía dejar que esto me afectara en este momento. Acaba de salir del infierno total de la abstinencia del perico y no sabía qué iba a ocurrir a continuación. Joder, ni siquiera sabía si tenía las habilidades mínimas necesarias para vivir como una persona normal fuera de lo que había estado haciendo desde que era adolescente. No había

estudiado en la universidad, como hubiera querido, ni tenía una carrera. La mayoría de las mujeres de mi edad ya tenían una vida, quizás hasta un niño en camino, un marido y un trabajo seguro, y no estaban luchando contra las adicciones ni tenían la memoria llena de los miles de tíos que las habían usado a su antojo.

Me puse en pie y respiré profundo. Necesitaba alejar esos pensamientos de mi mente y distraerme, ir a buscar otro libro, algo en lo que perderme por el momento.

Bajé las escaleras y atravesé los silenciosos pasillos, intentando mantener la calma. Seguía siendo extraño estar en un lugar así, tan lujoso y bien decorado, después de haber estado tanto tiempo encerrada en aquella habitación, atrapada sin ninguna esperanza de escapar. Este era el tipo de lugar con el que había soñado durante mucho tiempo, el tipo de lugar en el que había imaginado que viviría cuando era pequeña...

Pero no había llegado aquí precisamente por el mejor medio posible. Todavía me sentía tan jodidamente avergonzada por el hecho de haber permitido que esta gente me salvara. ¿Qué me había impedido escapar de allí por mis propios medios? ¿Por qué no había podido simplemente marcharme y dejarlo todo atrás?

Aunque quería seguir fingiendo que desconocía la respuesta a esas preguntas, la sabía perfectamente: Stefano. Me había tenido en su control desde el momento mismo en me preparó esa primera línea de coca. El tío lo sabía, tenía clarísimo lo que pasaría conmigo una vez que emprendiera el camino que marcaba esa línea. Sabía que iba a volver a él una y otra vez, rogándole que me diera más, suplicándole que me ayudara a sobrevivir otra noche en ese lugar. Y cuando empecé a necesitar más dinero para financiar mi nuevo hábito, por supuesto el tío tenía una solución: había algo que podía hacer solo si yo realmente quería hacerlo. El cabrón casi que había logrado hacerlo pasar como si hubiera sido mi idea, algo que surgía de mi propia iniciativa, cuando me había tendido una trampa y me había dejado sin opciones. Si alguien me dijera que fue él quien trajo al club ese tío del trabajo de mi padre, no me sorprendería: mientras más me alejara de la gente que me quería, más cerca estaría de caer en sus redes.

Llegué a la biblioteca, entré y cerré la puerta. Estaba justo frente al despacho de Paulo, el señor que había hablado conmigo antes y me había convencido de que no volviera a la calle para intentar conseguir otra dosis. En el momento no me había parecido la decisión correcta, pero no me había sido posible mirarlo, y después salir y cerrar la puerta de la calle entre nosotros. De alguna forma sentía que podía ver algo en mí, algo diferente de lo que veían todos: la puta, la chica explotada, la víctima. Dios sabe que había conocido muchos hombres en mi vida. En el burdel, algunos fingían que

querían ayudar, otros eran más honestos y dejaban claro desde un principio que no les importabas una puta mierda, pero todos ellos tenían algo en común: lo que pensaban lo llevaban escrito en toda la cara. Eran obvios, evidentes y fáciles de leer en pocos segundos.

Pero este tío era hermético. Y realmente parecía tener intenciones nobles, quería ayudar y tal vez yo debería permitirle hacerlo...

Me acerqué a la estantería y empecé a revisar los títulos disponibles; la mayoría eran clásicos, pero me daba igual realmente: se sentía bien volver a perderse en la lectura de nuevo, cualquier libro me hubiera servido.

Mientras elegía la siguiente novela, oí voces al otro lado de la puerta y, más concretamente, voces que decían mi nombre. Después de uno o dos segundos de sorpresa, me acerqué rápidamente a la puerta para intentar escuchar mejor.

Estaba segura de que una de las voces era la de Paulo: tenía una voz profunda, grave y un tanto áspera, como si hubiera fumado muchos puros y bebido mucho whisky en su día. La otra voz parecía la de Morgan, la mujer que nos había recibido cuando llegamos a la mansión.

–Supe que su antiguo chulo había hecho señales... –preguntó Morgan en voz baja, claramente sin darse cuenta de que yo estaba tan cerca y podía oír cada palabra.

–Stefano –respondió Paulo. Dios, de solo oír ese nombre me atravesó un escalofrío. No sé por qué era un tanto extraño escucharlos decirle «mi chulo». El tío siempre me había dicho que éramos socios, que hacíamos negocios juntos, y yo le había creído. No por ingenua, sino porque era más fácil creerle que decirle «mi chulo» y admitir que había sido cómplice de mi propio abuso y explotación durante tanto tiempo.

Y lo peor era que yo había sido la primera. Había sido la primera persona cuando comenzó el burdel, la primera chica en trabajar para él. Gracias a mí había conseguido atraer también a las otras chicas y me daba una vergüenza profunda admitirlo. Al comienzo, cuando todavía no era un cadáver andante, seguramente solamente por estar allí había convencido a algunas de las otras chicas de que valía la pena meterse en este negocio. Qué asco.

–Ha estado enviando amenazas –admitió Paulo con un largo suspiro.

–¿Hay que tomarlas en serio? –preguntó Morgan.

–No sé –respondió después de un momento—. Parece bastante serio. Es solo

cuestión de dejar pasar el tiempo, mantenerla a salvo aquí y esperar que pierda interés.

–Detesto que tengamos que jugar su juego –dijo Morgan entre suspiros–. Ojalá pudiéramos... ir a buscar a este tipo y acabar con él. Hacerle pagar por lo que ha hecho.

–A mí también me gustaría hacer eso –respondió Paulo–. Y tal vez tengamos la oportunidad de terminar con este hijo de puta algún día, pero ahora tenemos que pensar en lo que es mejor para ella.

El corazón se me apretó en el pecho. Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había escuchado a alguien hablar de mí de esa manera, hablar de mí como si realmente le importara. Por alguna razón, me cause pena, pero pena de la que hace bien. Como el dolor de arrancarte una tirita.

Puse mucho peso sobre la puerta y se abrió. Morgan y Paulo miraron a su alrededor, y yo intenté aparecer lo más casual posible.

–Ah, Celina –exclamó Morgan–, no me había dado cuenta de que estabas aquí...

–Estaba cogiendo un libro –respondí y me di cuenta de que ni siquiera tenía uno en la mano–. Hmm, pero después me di cuenta de que necesitaba un vaso de agua –añadí rápidamente. Pasé junto a los dos rápidamente, mi mente daba vueltas. No sabía exactamente cómo comportarme en este momento. Había una parte de mí que estaba aterrorizada de que Stefano apareciera por aquí y me arrastrara de nuevo a su infierno, pero había otra –lamentablemente dominante– que sentía yo pertenecía allí, en ese infierno. Por mucho que quisiera salir, aquella vida era todo lo que había conocido, quizá todo para lo que servía.

Llegué a la cocina, me serví un vaso de agua y bebí un largo sorbo. Vas a estar bien, me dije. Habían hablado de protegerme aquí, en eso tenía que concentrarme. Mientras no la cagara de alguna manera, eso no iba a cambiar.

Al menos, eso era lo que tenía que decirme a mí misma.

Capítulo VII - Paulo

Vociferé una suerte de aullido y me eché hacia atrás en la silla frente a mi escritorio, frotándome los ojos con las manos. Ya no recordaba cuántas horas llevaba despierto, pero parecía evidente que debía intentar dormir un poco.

Me levanté y empecé a andar en círculos en mi pequeño despacho, intentando quemar parte de la energía que me había estado recorriendo durante todo el día. Esa mañana habíamos recibido otro mensaje de Stefano, una amenaza más directa: una foto de ella con los ojos recortados, en una posición comprometedor. No quería ni pensar en el estado en que se encontraba cuando se la tomaron. Sabía que el cabrón usaba las drogas para mantenerla sumisa y controlarla a su antojo. Seguramente así había logrado tomarle fotos de este tipo, con fines publicitarios.

Había destruido la imagen y la había arrojado a la basura, pero no había podido dejar de pensar en ella en todo el día. Tenía que hacer algo con este tipo antes de que él llegara a ella. Ya habían pasado dos semanas desde que habíamos destruido su prostíbulo y el muy cabrón no parecía estar dispuesto a olvidarse de Celina. Sus mensajes empezaban eran cada vez más agresivo, este tío estaba buscando que le tuviéramos miedo. Quería que pensáramos que era mejor devolverle a Celina y olvidarnos del asunto, pero estaba muy equivocado. Yo no iba a dejar que ese imbécil tomara decisiones por mí.

Me iba a deshacer de él.

Había estado trabajando en el plan durante toda la noche. No sabía desde dónde había estado enviando sus cartitas, pero sí teníamos información sobre tarjetas de créditos y operaciones en efectivo que habíamos obtenido cuando reventamos el burdel. Mis contactos en los departamentos financieros de algunos bancos importantes estaban triangulando datos y comparando resultados. No tardaríamos en localizarlo.

No le había comentado a Alex que estaba haciendo esto y tampoco quería que lo supiera. Me iba a decir que lo dejara y yo no me iba a dejar convencer. Ese cabrón no se iba a acercar a ella de ninguna manera. Celina se merecía una oportunidad de salir adelante, aun cuando de a ratos no parecía del todo entusiasmada por aprovecharla. Aunque finalmente decidiera que no quería seguir adelante con una nueva vida, era mi deber mantenerla fuera del alcance de ese hijo de puta.

Había intentado que el tipo se pusiera en evidencia y había fallado. Todo el asunto

empezaba a agobiarme. Tenía que esperar un poco más a que mis contactos lograran reunir la información que les había pedido, pero me picaban las manos por actuar ya mismo. Ahora. Rápido.

Necesitaba comer algo. Cuando estaba así de frustrado, la regla había sido antes irme a tomar una coma, o cinco, para calmarme. Joder, en noches como esta la tentación se hacía más potente que nunca.

Me moví por la casa, que estaba sumergida en un profundo silencio. Pronto llegarían más chicas. Alex y Morgan ya estaban planeando el siguiente ataque a un burdel y otras chicas necesitarían este refugio. Pero, por alguna razón, quería que Celina lo tuviera para ella sola durante un tiempo más. Sentía que lo necesitaba, que necesitaba un sitio tranquilo y agradable donde empezar a recuperarse.

Aunque en los últimos días había sido muy reservada, por lo poco que la había visto, empezaba a tener mucho mejor aspecto. Todavía se la veía un poco frágil, como si fuera a romperse si se movía demasiado deprisa, pero cuando sonreía, su sonrisa parecía real, genuina.

Ahora que salía más a menudo de su habitación, podía ver lo mucho que le había afectado su tipo de vida. Estaba demasiado delgada, parecía como si la hubieran exprimido y dejado secar. Pero no era solo su aspecto lo que contaba su biografía; también lo hacía su forma de comportarse. La expresión de su rostro, la forma en que se asustaba cuando oía venir a alguien que no esperaba. La manera en que sus ojos se desviaban para captar cada detalle de la habitación y de todos los que estaban en ella, como si estuviera evaluando las intenciones de todos los presentes con respecto a su persona. A veces quería ponerle una mano en el hombro y decirle que no tenía nada que temer, que todo iba a estar bien, pero sabía que hubiera sido en vano: jamás me habría creído. Iba a pasar mucho, mucho tiempo antes de que realmente confiara en que existía gente que quería lo mejor para ella, que se interesaba por ella, por Celina, y no por lo que ella podía darles o hacer por ellos...

—¿Paulo?

Me detuve en seco cuando llegué a la cocina y descubrí sorprendido que Celina estaba de pie justo delante de mí, ante el resplandor de la nevera. Iba vestida con una camiseta larga y unos pantalones cortos, sus largas y esbeltas piernas por debajo, y sus delicados pies descalzos apretados contra la baldosa.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, sorprendido. Normalmente pasaba escondida en

su habitación cada minuto que podía.

–Tenía... tenía hambre –respondió, como si se defendiera de una acusación–. He venido a comer algo. Puedo hacerlo, ¿verdad?

–Por supuesto que sí –respondí–. ¿Has vuelto tener apetito ahora que ya salió esa mierda de tu cuerpo?

Sonrió ligeramente.

–Un poco –admitió, rodeándose con los brazos para protegerse. Sus mejillas parecían un poco sonrojadas, como si se sintiera expuesta.

–Adelante –respondí mientras me servía un vaso de agua. Me detuve un momento a observarla mientras sacaba un zumo y le daba un sorbo. Incluso en el pálido resplandor azul de aquella luz estaba preciosa: su largo pelo rojo le caía sobre la cara, su piel ligeramente pecosa era casi etérea.

–¿Qué pasa? –me preguntó cuando me sorprendió mirándola.

–Nada –respondí–. Te dejo comer tranquila, lo siento.

–No, yo... No tienes que irte –me dijo rápidamente, con la voz entrecortada. Fruncí el ceño y enarqué una ceja.

–¿Estás segura? –le pregunté. Era la primera vez que mostraba algún indicio de querer mi compañía. Todas las demás veces que habíamos hablado se había dirigido a mí con un gruñido, cerrándome el paso e interrumpiéndome antes de que pudiera hablarle. No se lo reprochaba; sabía lo difícil que debía ser para ella confiar en un hombre después de todo lo que había pasado. Era un milagro que no estuviera golpeándome ahora mismo y yo estaba dispuesto a tomármelo como una pequeña victoria.

–Sí –murmuró, bajando la mirada con cara de vergüenza.

–Vale –respondí, apoyándome en la encimera. No quería acercarme demasiado a ella, pero tampoco quería irme, no ahora, no cuando parecía que estaba llegando a algo.

–Yo... Quería disculparme por cómo... Quiero decir... –tropezó con las palabras como si no estuviera del todo segura de lo que quería decir. Tragó saliva y se obligó a expresarse con claridad–. Sé que no es fácil relacionarse conmigo –añadió finalmente. Me encogí de hombros.

–No creo que seas una persona difícil –le contesté, y ella alzó las cejas mirándome,

aparentemente divertida por lo que le estaba diciendo.

–¿En serio? La gente se quejaba de mí diciendo eso todo el tiempo. Cuando... cuando trabajaba, quiero decir.

Su voz volvió a quebrarse cuando dijo eso. Pude ver la vergüenza escrita en su cara, sus ojos repentinamente húmedos por las lágrimas.

–No tenemos que hablar de eso –le dije rápidamente, pero ella negó con la cabeza.

–Está bien –respondió–. Siento que debería hacerlo. Quiero decir... no es que quisiera nada de eso. No de la forma en que pasaron las cosas, de todos modos.

–¿Qué quieres decir? –pregunté, ladeando la cabeza con interés. Sabía que a veces era terapéutico para estas chicas hablar de sus experiencias, ponerlas en palabras, y si había alguna forma de ayudarla, quería hacerlo. Sentía como si aún tuviera mucho que reparar, y si estar aquí, en medio de la noche, para escuchar lo que tenía que decir, era importante para el trabajo de curación que tenía por delante, estaba más que feliz de ofrecerle mi oído.

Dudó un momento antes de responder, pero luego se obligó a continuar. Me di cuenta de que era duro para ella y mi admiración por ella aumentó. Estaba intentando seguir adelante.

–Empecé solo bailando, en un club de striptease. Tenía dieciocho años. Mi padre había enfermado y parecía que no iba a poder trabajar para mantenernos durante un tiempo. Así que pensé: oye, soy la mayor entre los hermanos; si hay algo que pueda hacer para ayudar, debería hacerlo.

Dieciocho años. Intenté no mostrar el asombro en mi rostro al enfrentarme a la realidad de su historia. Había sido muy joven, podría haber estado todavía en el instituto. Sin duda había muchos tíos a los que les había encantado que fuese casi una niña, que fuese tan fácil manipularla.

–Pero entonces me ofrecieron más dinero para añadir algunos... extras –continuó, con una expresión cada vez más sombría. Ni siquiera podía mirarme a los ojos mientras me contaba su historia. Ojalá pudiera convencerla de que no tenía por qué avergonzarse, de que no tenía por qué sentirse tan humillada por sus experiencias, pero no me iba a creer. Era mejor mantener la boca cerrada y dejarla hablar.

–Y me dije a mí misma que iba a ser solo por una noche –continuó, sacudiendo la cabeza–. Pero era tanto dinero para mí entonces y pensé: bueno, si puedo ganar más

dinero más rápido, entonces podré salir de esto antes –resopló una carcajada sarcástica después de decir esas palabras, como si ahora creyera que haber pensado así era lo más estúpido del mundo–. Sí, creo que así empiezan todas las chicas. Piensas que va a ser algo que puedas manejar, y luego acabas enganchada a las drogas, trabajando en el burdel de algún gilipollas porque no tienes otra forma de ganar dinero.

–¿Sigues en contacto con tu familia? –le pregunté con cautela. Ella negó con la cabeza.

–No, yo no... Cuando se enteraron, me convertí en la vergüenza de la familia –respondió, con la voz quebrada de nuevo–. Y solo supieron del baile. No quise contarles lo que había estado haciendo realmente. No quería que lo supieran. Y no puedo decírselos ahora, no después de todo este tiempo. Van a querer saber qué he estado haciendo con mi vida, y yo... –se interrumpió, apretando los labios–. No voy saber qué decirles.

Di un paso hacia ella y le puse la mano sobre el brazo. Ella dio un respingo, pero no se apartó.

–Podemos volver a ponerte en contacto con ellos –le prometí– si eso es lo que quieres...

Sacudió la cabeza.

–No es una buena idea –respondió con un suspiro–. Sé lo que van a pensar de mí. Sé cómo van a... Sé lo que van a... –No le salían las palabras–. Mírame –murmuró, sonriendo, aunque la sonrisa no llegaba a los ojos–, no van a querer saber nada conmigo. Soy un puto desastre.

–No eres un puto desastre –le dije con firmeza–. No eres un desastre, Celina. Solo has... has tenido una vida difícil, eso es todo.

–Sí, y esa vida me ha dejado hecha una ruina –respondió–. No veo un camino para salir de ahí. No creo que lo entiendas, mi familia, ellos son bastante tradicionales. No van a querer enfrentarse a la realidad. Y aunque quisieran hacerlo, tampoco sabrían cómo. Es mejor para mí mantener la distancia. No quiero cargarles con todo esto.

–No eres una carga –le dije y me sorprendió la seguridad de mi voz. No soportaba oírla hablar así de sí misma, quizá porque me resultaba demasiado familiar su discurso o quizá porque la veía, la veía de verdad: había allí una persona que era mucho más que lo que ella opinaba de sí misma. Se creía una suerte de desastre sin arreglo, pero estaba

lejos de eso. Muy lejos—. Elegiste quedarte aquí, aunque hubieras podido marcharte –le recordé—. Eso es una prueba.

–¿Prueba de qué?

–Prueba de que quieres otra vida –le dije–, prueba de que... de que te lo estás tomando en serio. Puedo verlo en tus ojos, no quieres que tu vida sea lo que ese imbécil hizo de ti. Eres mucho más de lo que él te dijo que eras, Celina. Tienes toda una vida por delante para demostrarlo.

Me miró fijamente, sus ojos verdes clavados en los míos. Me pregunté cuánto tiempo había pasado desde que había oído a alguien decirle eso, desde que ella misma lo había creído por un segundo. Hubiera querido abrazarla y decirle que todo iba a estar bien, pero di un paso atrás.

–¿De verdad lo crees? –preguntó con una voz diminuta y yo asentí.

–De verdad –respondí—. Deberías estar orgullosa de ti misma, Celina. Ya has llegado muy lejos. Y aún te queda mucho por recorrer, mucho por conseguir.

Se mordió la boca y sus ojos se deslizaron por un momento hasta la mía; por un segundo, pude sentir un calor entre nosotros, algo crepitando en el aire.

–Gracias –suspiró y me cogió la mano—. Eso... eso significa mucho para mí, Paulo.

La miré fijamente, congelado en mi sitio, la sensación de sus dedos contra los míos borrando todo pensamiento sensato de mi mente. En ese momento no podía pensar en todo lo que le había pasado, en cuánto había sufrido. No. Lo único en lo que podía pensar era en lo jodidamente hermosa que era, de pie aquí, delante de mí. En lo mucho que quería besarla.

Pero entonces volví a la realidad. Cualquier pensamiento con ella no podía ser más que platónico. No podía dejarme arrastrar por este deseo. Me hubiera convertido en otro de los miles de hombres que la habían usado a su antojo si intentaba acercarme a ella ahora, en este momento clave de su vida, en esta situación de vulnerabilidad.

–Debería descansar un poco –le dije y su expresión cambió, como si hubiera estado esperando algo totalmente distinto.

–Claro, por supuesto –murmuró, y se apoyó contra la nevera, envolviéndose en sus brazos, otra vez protegiéndose—. Te... te veo luego.

Me detuve un momento antes de irme. Sentí que había algo más que debía decirle;

tal vez que no me alejaba porque ella no me gustara, porque no sintiera algo aquí, entre nosotros. Lo sentía, lo sentía: era fuerte, intenso y tremendamente difícil de ignorar.

Pero lo que importaba ahora no era esta fugaz atracción que sentía por ella, por intensa que fuera. Lo importante era que se recuperara, que volviera a una realidad en la que pudiera ser feliz.

Y mi propio deseo tendría que esperar.

Capítulo VIII - Celina

Estaba dando vueltas en la cama, mirando al techo y preguntándome qué demonios me estaba pasando por la cabeza.

Solo podía pensar en una cosa: la forma en que Paulo me había mirado, la forma en que había sentido el contacto de sus dedos. Cuando me puso la mano en el brazo y me dijo con voz fuerte y sincera que yo aún valía mucho, cada nervio de mi cuerpo pareció dispararse al mismo tiempo para responder a su contacto. No tenía ni idea de lo que significaba, pero sí que sabía una cosa: me había gustado.

Este no era el mismo tipo de inquietud que había sentido durante la crisis de abstinencia. Era algo totalmente distinto, era..., era deseo. El primer deseo real y verdadero que había sentido en mucho tiempo, y no sabía qué pensar al respecto. Había estado tan disociada de cualquier deseo propio, real y genuino, durante tantos años que me resultaba extraño que un sentimiento así reapareciera de repente...

Especialmente por alguien como Paulo, mucho mayor que yo. Pero no podía negarlo. Cuando me miró, sentí que algo en mi organismo empezaba a entibiarse, a ablandarse y a deshacerse, como si me estuviera desenrollando después de tantos años atrapada en esta misma disociación. Me había obligado a cortar el contacto con mi cuerpo hasta el punto de que, cuando me enfrentaba a un hombre por el que realmente me sentía atraída, no tenía ni idea de qué hacer al respecto.

Paulo me trataba con guantes de seda y no podía culparle por ello. Debía de pensar que estaba demasiado dañada, que había muchas cosas en mí con las que él no podía lidiar. Pero aun así..., por debajo de todo, podía ver que no estaba totalmente perdida. Creía en mí y saber eso, saber que realmente pensaba que había esperanzas para mí, fue lo más convincente que había oído en mucho tiempo.

Tal vez era solo mi gratitud mezclada con todas las emociones que no había sentido en tanto tiempo, pero tuve la sensación de que había algo real aquí. Siempre me habían gustado los hombres mayores, incluso cuando era adolescente. Mis amigas se habían burlado de mí por enamorarme de mis profesores cuando todas ellas andaban suspirando por los cantantes de esas bandas adolescentes.

Y Paulo estaba bastante bueno. Con esas canas en el pelo, que hacían juego con sus ojos, esa mandíbula fuerte y cuadrada y esos pómulos altos podría haber sido modelo. Casi podía imaginarme cómo se sentiría tenerlo encima de mí, el peso de su cuerpo

mientras me miraba...

Joder. Antes de que pudiera detenerme, mi mano había bajado sola hasta entre mis piernas y se dedicaba ahora a rozar mi clítoris con los dedos mientras me lo imaginaba en la cama conmigo. Sus manos fuertes sobre mí, moviéndose por mi piel, tocándome como si no pudiera creer que yo fuera real. En mi mente, no era mi mano la que estaba entre mis muslos, sino la suya, acariciándome el coño suave, delicadamente...

Empujé todo el cuerpo contra esa mano imaginaria, quería más. La mano real, la mía, avanzó hasta el coño, lo bordeó y palpó la humedad acumulada desde que había estado en la cocina. Todo esto por una manecita en el brazo, una suave y paternal manecita en el brazo. Imaginarse el resto era incendiarlo todo.

Y procedí: gemí suavemente al imaginármelo deslizándose entre mis muslos, su cabeza entre mis piernas, su cálido aliento contra mi coño. Hacía demasiado tiempo que nadie me lamía por dentro y en este minuto todas mis fantasías lo deseaban con fuerza. Su boca experimentada en mi coño, su lengua contra mi clítoris, la sensación de su cálido aliento sobre mi piel.

Mi respiración agitada anunciaba que el orgasmo empezaba a crecer en mi interior; iba a ser uno de esos orgasmos que casi no puedes soportar, que te matan un poco, pero en el mejor de los sentidos. Había partes de mí que habían estado en suspenso durante demasiado tiempo, que había intentado negar con todas mis fuerzas, y ahora estaban despertando... y tenían hambre. Este deseo era real y auténtico, y era él el que lo estaba invocando, ese hombre que parecía capaz de verme de verdad, de verme como persona, y no como lo que la vida había hecho de mí.

Cerré los ojos con fuerza, concentrándome en la imagen de él entre mis piernas, frotándome como loca mientras me lo imaginaba haciendo eso mismo con su lengua. Oh, jugar así conmigo misma pensando en él, qué cachonda. ¿Sabría este señor cuánto lo deseaba? Me hubiera gusta que me estuviera viendo en este momento y me dijera de qué manera tocarme, que me diera las instrucciones precisas para correrme y gritar. Joder, quería a este tío en mi cama, el deseo me nublabla las ideas.

Mis piernas se cerraron en torno de esa lengua imaginaria y estallé con furia, casi con rabia, intentando que mis gemidos no resonaran demasiado en toda esta puta mansión. Mi cuerpo se contorsionó y seguí, seguí, seguí follándome mi propia mano con locura. El placer era insoportable, quería más. Volver a respirar con normalidad no fue tarea sencilla, mi coño seguía palpitando, iluminándose, minutos y minutos después.

Abrí los ojos, me concentré en volver a recuperar el ritmo para respirar. Joder. ¡Joder! Qué cojones acababa de pasar. Muchas preguntas, pero una cosa bien clara: deseaba tanto a Paulo que no podía pensar con claridad. Y en este minuto estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para echarle las manos encima.

Capítulo IX - Paulo

Me levanté del despacho y me dirigí a mi habitación. Mis contactos seguía sin reportarse sobre la información financiera, no habría más alternativa que esperar al día siguiente para llegar al fondo de este asunto.

No me gustaba una puta mierda esperar, pero iba a tener que tolerarlo. Había pasado casi una semana desde que había pedido la información; podía esperar un día más. Bostecé y decidí darme una ducha antes de acostarme a descansar de una vez.

O al menos a intentar descansar, si los pensamientos que tenía sobre ella me permitían conciliar el sueño.

Desde que nos habíamos encontrado en la cocina la noche anterior, mis pensamientos eran completamente invasivos, monotemáticos y hasta obsesivos, y tenían nombre: se llamaban Celina. Podía recordar, con demasiada claridad, su mano sobre la mía, sus suaves dedos enroscándose alrededor de los míos, y ese destello de algo que parecía deseo cuando me miraba. ¿O era todo una fantasía mía? Probablemente. Estaba plenamente consciente de que era peligroso acercarme tanto a ella, considerando su historia de vida y las batallas que aún estaba dando. Apenas se había distanciado mínimamente de la coca y lo último que yo necesitaba era meterme de nuevo en ese mundo infernal de la adicción.

Y sin embargo... sin embargo, no podía dejar de pensar en ella. Había ido al gimnasio esta mañana, intentando quemar parte del exceso de energía que palpitaba en mi organismo, pero no me había servido de mucho. Solo podía pensar en ella, en esos preciosos ojos que me miraban fijamente, con toda la esperanza escrita en su cara, como si quisiera que la besara de una vez.

Y ese beso sencillamente nunca iba a ocurrir. Al menos no si dependía de mi iniciativa. Estaba claro, con todo lo que ella había pasado, que no había manera de que yo diera el primer paso. Cualquier iniciativa al respecto tenía que estar en sus manos, ella tenía que ser quien tomara las decisiones. Y, por supuesto, en cuanto ganara más claridad, se sintiera mejor, empezara a recuperarse, lo último en lo que pensaría sería en un viejo como yo. Me había mirado así simplemente porque hacía años que nadie la trataba con respeto. Afuera en el mundo había un millón de hombres más adecuados para ella y, cuando se diera cuenta, la escenita de la cocina le provocaría risa.

—¿Celina?

Me detuve en seco al abrir la puerta de mi habitación. Dentro me esperaba Celina, sentada en el borde de la cama. Por un segundo, pensé que era imaginación, era totalmente imposible que estuviera allí. Seguramente había estado pensando en ella tanto y con tanta fuerza que había materializado su imagen en un brote psicótico...

Pero cuando levantó la mirada, supe que era real. Mi mente no hubiera sido capaz de imaginarse esa mirada o la ropa que llevaba puesta: una camiseta ligera sin sujetador, sus pequeños pechos visibles a través de la fina tela, unos delicados pantalones cortos, los pies desnudos, igual que en la cocina.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, apartando mis ojos de ella rápidamente. No podía negar que mi cuerpo respondía al verla así, pero eso no significaba que tuviera que hacer algo al respecto. Yo era un hombre hecho y derecho, y no iba a desmadrarme en cinco segundos por una chica guapa en mi habitación.

—Quiero follar contigo, Paulo —murmuró, poniéndose en pie y acercándose a mí. No podía ni mirarla. Iba a morir abrumado por la intensidad de tenerla tan cerca de mí. ¿Tenía idea de lo que me causaba? ¿Sabía cuánto tiempo hacía que no sentía un deseo tan intenso por una mujer?

—No deberías estar aquí —le dije y ella se quedó de pie frente a mí, esperando a que la mirara, esperando a que reconociera su presencia como se lo merecía.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque... por todo lo que has pasado —le dije con firmeza—. Deberías marcharte ahora.

—Entonces, a causa de mi pasado, ¿tengo prohibido desear a un tío? —preguntó, retándome a discutir con ella.

—No es eso lo que estoy diciendo...

—De verdad quiero follar contigo, Paulo —continuó, acercándose para ponerme la mano en la cara y obligarme a mirarla a los ojos. Su cercanía me empezó a agitar, me parecía tremendamente peligroso estar tan cerca de ella... peligroso y excitante, las dos cosas. Incendiario. Quería empujarla sobre mi cama y demostrarle de inmediato cuánto me calentaba.

Pero si esto iba a suceder, necesitaba estar seguro. Total y completamente seguro. No me iba a arriesgar.

—¿Estás segura? —respondí, acercándome para cubrir su mano con la mía. Antes

me había parecido tan vulnerable, pero aquí, ahora, había algo... algo diferente en su forma de comportarse. Confianza, seguridad, como si se lo hubiera pensado mucho y supiera exactamente lo que quería de mí.

–Estoy segura, Paulo. Hacía mucho tiempo que no sentía nada así por nadie. No quiero vivir el resto de mi vida sintiéndome una víctima rota, un cuerpo demasiado usado que nadie desea.

Se mordió la boca y la miré hacerlo durante un momento. Joder, la tentación. Quería besarla, sentir su boca en la mía, devorarla, devorarnos por completo. Mi cuerpo estaba derrotando por completo mi mente, pero ya no tenía veinte años... ni treinta, podía mantenerme a raya. Quería que la decisión fuera por completo de ella.

–Si hacemos esto –le dije, despacio, con cuidado, asegurándome de no aceptar nada de buenas a primeras–, tú mandas. Me dices si es demasiado y podemos parar en cualquier momento, ¿vale?

–Vale, joder, vale –suspiró con una sonrisa dibujándose en sus labios–, ¿te puedo besar de una vez?

Oh, joder. Su boca no había terminado de decir esas palabras y me deshice por completo. Se acabó la madurez, se acabó la contención, se acabó la prudencia. Nuestras bocas se juntaron, voraces, por fin. Celina me rodeó con los brazos y su beso respondió a mi furia.

Me metió una lengua suave, curiosa, en la boca, una lengua hambrienta. Estaba disfrutando este momento tanto como yo. La tomé por la cintura y la acerqué, la necesitaba cerca, muy cerca. Se dejó guiar, apretó su cuerpo contra el mío y soltó un pequeño gemido que recorrió cada centímetro de mi cuerpo.

Me arrastró hacia la cama, se dejó caer y yo sobre ella, me secuestró con sus piernas enroscadas alrededor de mi cuerpo. Mi polla ya estaba dura y le empecé a besar el cuello con suavidad, a probar su piel de a poco, en pequeñas dosis. Jadeó cuando sintió mi boca hambrienta sobre su cuello. Quería recorrer con mi lengua cada centímetro de ella.

Bajé las manos para tomar su camiseta y Celina me ayudó a deshacerme de ella. Luego desapareció la que yo había estado llevando después del gimnasio. La arrojé a un rincón y volví a besarla profundamente. Sentí su cuerpo contra el mío, sus pechos contra mi pecho, su piel desnuda, mi piel desnuda. Me declaré de inmediato adicto.

Me tomó la mano y la introdujo entre sus piernas, mirándome con ansias mientras las yemas de mis dedos le recorrían el interior del muslo. Era evidente lo que quería y yo no tenía objeciones. Deslicé la mano entre sus piernas y encontré mi camino más allá del minúsculo *short* y las bragas y sentir por primera vez ese coño húmedo.

—Oh, oh, joder —jadeó, y yo me aparté y la miré con preocupación, una parte de mí aún consciente de actuar con cautela.

—¿Todo bien? —pregunté, y ella se detuvo un momento, luego asintió y sonrió.

—Sí, sí —jadeó, pasándome los dedos por el pelo—, es que se siente muy bien.

Se deshizo de los shorts y las bragas, y abrió las piernas, invitándome a jugar. Lentamente, con calma, con pausa, exploré con los dedos la piel húmeda alrededor de su clitoris y ella acompañó cada uno de mis movimientos con unas caderas que decían quiero más, dame más.

Bajé despacio, me tomé tiempo para meterle un dedo, sin negarme el placer de observar su expresión al penetrarla. La miré abrir la boca y perder el foco con la mirada, y deslicé la otra mano detrás de su espalda y la acerqué. Estaba claro que no quería que este juego se terminara pronto y yo estaba muy de acuerdo. La polla me reclamaba cada vez con más fuerza sus derechos y en algún momento iba a tener que ceder, pero no por el momento, por el momento los dedos eran suficiente, verla gozar era suficiente y demasiado al mismo tiempo.

Y acompañé el primer dedo con otro. La vi cerrar los ojos y sonreír mientras movía la mano adentro de ella. Joder, verla entregarse al placer de esta forma, verla olvidarse del mundo por un momento y concentrarse solamente en que me la estaba follando con un par de dedos y le estaba gustando. La veía agitarse, respirar, jadear, sus pezones del color de la nuez sobre su piel pálida expresando a los gritos lo caliente que estaba. Me acerqué para rozárselos con los dientes, apenas un poquillo, un toquecillo nada más, porque no me podía resistir. Inhalé el dulce aroma de su piel y me di cuenta de que su olor era lo que echaba de menos desde hacía tiempo.

Gimió de nuevo y me atrapó la mano con las piernas, su coño palpitaba alrededor de mis dedos. Se le erizó la piel centímetro a centímetro y acompañé el movimiento con mi lengua sobre su cuerpo. Quería sentir cada parte de ella mientras se corría. Me clavó los dedos en la espalda, acercándose aún más, y sus caderas embistieron con furia mi mano una y otra vez.

Unos instantes después retiré la mano y le di un segundo para recuperar el aliento,

con mis dedos húmedos sobre su pierna mientras la veía sonreír. Abrió los ojos y alargó la mano para acariciarme el cabello y la nuca. Y después habló.

–Quiero que me la metas –dijo. Joder, el sonido de esas palabras saliendo de su boca y saber que las decía en serio me calentó hasta el punto de la locura. Estaba claro que no me estaba rogando que me la follara solo porque pensara que era lo que tocaba ahora; lo quería, estaba desesperada por poner cada parte de mi cuerpo en contacto con el suyo.

Y yo estaba igual de desesperado por darle lo que tanto ansiaba.

Me puse encima de ella, me quité los pantalones y los calzoncillos, y ella me miró como si nunca hubiera visto a un hombre desnudo en su vida, como si todo esto fuera nuevo para ella. Y tal vez lo era, tal vez esta parte, la de realmente desearlo, era del todo nueva para Celina. Me atrapó con las piernas y me acercó a ella, y no dejó de mirarme ni un segundo mientras mi polla se acercaba a entrar.

–¿Voy? –pregunté y ella asintió, mordiéndose la boca y conteniendo una sonrisa que parecía provenir de lo más profundo de su ser.

–Sí –respondió y entonces, por fin, la penetré.

Me tomé mi tiempo, abriéndome paso dentro de ella con cuidado, sin precipitarme ni empujarla demasiado lejos, demasiado deprisa. Lo último que ella necesitaba era prisa y teníamos todo el tiempo del mundo. Me concentré en las reacciones de su cuerpo, en su respiración, en los sutiles gemidos que transitaban por el fondo de su garganta al sentir que la llenaba por primera vez, asegurándome de que lo deseaba tanto como yo.

Después de explorarla con cuidado, me empecé a mover. Primero despacio, que ella marcara el ritmo con sus caderas. Que ella decidiera a qué velocidad quería que avanzara esto. Yo era cauteloso, pero sus caderas no lo eran: estaba claro de que no pensaba quedarse atrás.

–Oh, oh –gimió en mi oído cuando mi polla entró por completo. Su coño era perfecto: cálido, apretado, húmedo, pero lo que más me calentaba eran sus reacciones. Esta mujer me deseaba, me deseaba de verdad como nunca había deseado a nadie más en su vida. Cómo me calentaba verla gozar. Estaba tratando de ir lento, pero ya me veía cerca del límite, así, moviéndome dentro de ella y disfrutando todo su cuerpo al mismo tiempo.

Me rodeó con los brazos y echó las rodillas hacia atrás, sus tobillos en la parte baja de mi espalda para que pudiera penetrarla aún más profundamente. Gemí y empujé con más fuerza; el sonido de nuestros cuerpos uniéndose una y otra vez llenaba la habitación. Quería perderme en este momento, en esta sensación, su cuerpo apretado contra el mío, devorándome, deseándome, necesitándome.

Me acomodé para poder rozarle también el clítoris al penetrarla fuerte y profundo. Sus muslos comenzaron a estremecerse contra mi cuerpo: estaba a punto de correrse otra vez y nada me apetecía más que ser la causa de ello y verla perderse en el orgasmo. Su respiración en mi oído, entrecortada, gutural, me decía que ya venía, que pronto...

Y llegó. La sentí perderse, dejarse ir. Fue un orgasmo potente, su coño se contrajo alrededor de mi polla, tratando de llevarme cada vez más adentro. Gemí, esa presión, esa presión palpitante me llevó a mí al límite mientras ella jadeaba en mi oído. Me derramé dentro de ella, llegué hasta el fondo y allí me quedé. No estaba listo para salirme, no estaba listo para que esto terminara.

Unos minutos después, nuestra respiración empezó a regularse, volvimos a este mundo y me retiré lentamente. Me aparté con cuidado de su cuerpo y la miré a los ojos. Celina me sonrió. Su rostro estaba libre de dudas, libre de preocupaciones, libre de miedo. Solo había en él placer y deseo.

Me acerqué y la besé suavemente, rozando apenas sus labios con los míos. No veía un futuro cercano en el que mis ganas de ella se colmaran, pero estaba totalmente dispuesto a seguir intentando esto para ver si ocurría.

Capítulo X - Celina

Me detuve ante la puerta de su despacho, vacilando sobre si debía interrumpirlo. Sentía que solo iba a irritarle si intentaba acercarme a hablar, pero tenía que desahogarme o iba a perder la cabeza.

Paulo me había dicho, aquella noche en que nos acostamos por primera vez, que si necesitaba algo, cualquier cosa, podía contar con él. Primero yo lo había interpretado en el sentido de que si quería follar otra vez, allí iba a estar, pero cuando se apartó y me miró a los ojos, parecía que lo decía en serio. Que podía contar con él para todo.

—Me refiero a cualquier cosa —dijo—. Cuando necesites hablar, cuando necesites desahogarte, ya sabes dónde estoy.

—Vale —le respondí, sintiendo una punzada en el pecho mientras hablábamos. Hacía tanto tiempo, más del que podía recordar, que nadie me hablaba como si realmente quisiera conocerme. Como si realmente le gustara yo y no solo los servicios que podía prestarle mi cuerpo.

Estaba convencida de que perdería el interés en mí después de follar, pero, al contrario, Paulo parecía haberse vuelto aún más protector. Me ofreció su cama para dormir todas las noches si yo quería y acepté de inmediato; me tranquilizaba infinitamente escucharlo respirar profunda y lentamente a mi lado. Y cuando despertaba con sus brazos rodeándome, me sentía segura. No me había sentido así en muchísimo tiempo: alguien se preocupaba por mí, alguien quería protegerme. Si dormía en mi propia habitación, me despertaba sobresaltada, dispuesta de inmediato a batallar contra el mundo sin saber cómo, pero cuando amanecía junto a él, todo estaba bien.

Pero hoy... hoy había sido un día difícil. Extremadamente difícil. Sin explicación alguna, me había despertado esa mañana con unas ganas locas de consumir. Era la primera vez que me ocurría desde que había sobrevivido lo peor del síndrome de abstinencia. Todo mi cuerpo quería coca, la pedía a gritos, y me costaba mantenerme el control. Sentía que iba a perder la cabeza del todo si no encontraba una línea pronto, pero quería mantenerme limpia de esa mierda.

Era enloquecedor percibir la ansiedad conquistando todo mi cuerpo y mi mente, y no tener la más remota idea de qué la había causado. ¿Por qué mi cuerpo se estaba rebelando de esta manera cuando por fin había logrado mantenerme limpia de drogas? Ni puta idea, no había explicación. Paulo me sugirió ir a terapia, pero yo me negué. No

estaba lista para enfrentar algo así, aunque lo necesitaba muchísimo.

Me asomé a la puerta de su despacho y le oí revolver papeles dentro. Ese ruido me hizo sonreír. Me gustaba escucharle trabajar, me tranquilizaba, ojalá él intuyera cuánto me reconfortaba, porque yo no era capaz de decirle con palabras cómo me hacía sentir. Su presencia me aliviaba del mundo, me daba la bienvenida. Quería demostrárselo confiando en él tanto como él confiaba en mí.

Había inferido que Paulo también libraba su propia batalla contra las adicciones, aunque nunca me había dicho nada al respecto. Era esa la razón por la que no quería confesarle mis urgencias: por ninguna razón quería recordarle toda esa mierda del adicto sufriente, traerle a la memoria su propia abstinencia, pero, entonces, ¿con quién podía hablar?

Me asomé por la puerta y, en cuanto me oyó llegar, levantó la cabeza de los papeles en los que estaba concentrado.

–Hola –me saludó–, ¿te encuentras bien?

–No sé... –confesé, aunque me costó pronunciar esas palabras. Había pasado tanto tiempo tratando de esconder mis sentimientos que me resultaba difícil conectar con ellos durante el tiempo suficiente para decirlos en voz alta. Quería hablar con él sobre todo esto, pero me costaba horrores.

–Ven, siéntate –me dijo, poniéndose en pie y acercándose la silla, para que pudiera descansar un momento. Obedecí y puse las manos sobre mi regazo, anudando a la otra con nerviosismo. No tenía idea cómo empezar a expresar con palabras lo que me estaba pasando, pero iba a tener que intentarlo–. ¿Qué ocurre? –preguntó, frunciendo el ceño con auténtica preocupación. El corazón se me retorció en el pecho. Oh, ojalá no hubiera tenido que poner esta responsabilidad sobre sus hombros. Quizás simplemente debería irme, marcharme antes de estropear lo que fuera que teníamos...–. Vamos, puedes decirme –añadió, como si intruyera lo que pasaba por mi cabeza en ese momento.

–Ay, realmente quiero... realmente quiero coca hoy –admití finalmente. Podía sentir el calor en la cara y en todo el cuerpo. Él me había ayudado tanto a dejar esa mierda que seguramente estaba decepcionado conmigo al escucharme decir esto.

–¿De verdad? –respondió, frunciendo el ceño–. ¿Sabes por qué? ¿Algo... algo te hizo querer volver a eso?

–No sé, no sé por qué –confesé–. Me desperté esta mañana y me acerqué a la mesilla de noche como lo hice durante todos esos años, buscando la próxima línea. Como si fuera algo natural. Y no he podido pensar en otra cosa en todo el día. Yo... yo no sé si esta sensación va desaparecer en algún momento...

–Celina, han pasado solo unas semanas desde que dejaste esa mierda –me recordó amablemente–. Créeme, esto recién empieza. No pretendas haberlo olvidado por completo tan pronto, porque solamente te decepcionarás a ti misma.

–Vale, vale –suspiré–, pero... ¿cuándo empieza a mejorar? ¿Cuándo empezarme a olvidarme por completo de meterme esa mierda en las narices?

Juntó las manos, considerando la pregunta.

–No sé –respondió finalmente, con sinceridad–. Ha pasado casi un año para mí y a veces sigo pensando en ello. Me digo, tío, lo fácil que sería ir a un bar y tomar una copa sin que nadie se diera cuenta.

–¿Eso era lo tuyo?, ¿el alcohol? –pregunté.

–Sí –respondió con expresión de asco–. Bebía muchísimo, todos los días, a toda hora. Quería que mi cabeza se callara un rato, que me dejare de recordar cosas que no quería recordar, y esa parecía ser la única forma de lograrlo.

–¿Cosas que no querías recordar? –pregunté. Egoístamente, hablar de sus problemas me alejaba de los míos durante un rato y en ese momento hubiera aceptado cualquier trato para lograr evadirme.

–Las cosas... en las que he tomado parte –respondió, con el rostro ensombrecido y la voz baja, como si la culpa y una profunda vergüenza ya empezaran a conquistar su territorio–. Cuando estás metido en la mafia, al servicio de una familia poderosa como los Caroni, te ves envuelto en mucha mierda y, en el momento en el que das un paso atrás, empiezas a dimensionar lo que has hecho. Hay gente que ha muerto por decisión mía. Exclusivamente mía. No es fácil estar en paz con eso y nunca será fácil.

Me atoré con mi propia respiración. No había considerado en absoluto todo lo que había en su pasado y podía ver su dolor, su arrepentimiento, todo estaba escrito en su rostro. Su pena me daba pena. Ojalá hubiera podido hacer algo para liberarlo de esa culpa, pero no su camino no era un camino fácil y no había nada que yo pudiera hacer.

–Lo siento –murmuré–, no debería haberte hablado de esto...

–Está bien –respondió, sacudiendo la cabeza–, no te preocupes. Sé lo que he hecho

y sé que tengo aprender a vivir con ello. No voy a intentar negar mi pasado, es parte de quien soy.

–¿Cómo vives con todo eso en la cabeza? –pregunté en voz baja–. Yo es que no sé cómo se supone que debo sobrevivir cada día con todo lo que llevo auestas, toda mi condenada biografía...

–Mira, no te voy a mentir, es muy difícil –me dijo con unas disculpas en la mirada–. Y sí, a veces vas a sentir que necesitas una dosis o, si no, no serás capaz de sobrevivir el día. Pero ya no tienes que vivir así, ya no tienes que esconderte de lo que sientes. Ahora puedes enfrentarte a tus sentimientos.

Me mordí la boca. Tenía muchas ganas de creerle, muchísimas, pero me resultaba imposible en ese momento. Después del infierno que había sido mi vida hasta ahora, lo más difícil era mirar hacia adelante, imaginarme un futuro en el que todo esto hubiera quedado detrás para siempre. O imaginarme un futuro a secas.

–No puedo dejar de pensar en mi familia –admití, sacudiendo la cabeza–. Lo que digo es que... A veces parece que puedo vivir con toda esta historia encima, pero luego pienso en la cara que puso mi madre cuando se enteró de que trabajaba como *stripper* y me enloquece pensar en todo el daño que les he causado.

Me miró con calidez.

–Quizás deberías darle un poco más de crédito a tu familia. Como se ve desde fuera, todo esto los ha pillado por sorpresa, su reacción es bastante natural. Deben de haber tenido miedo. Ahora que ha pasado el tiempo y se han enfriado las cosas, quizás lo acepten mejor.

–O quizás me odien todavía más cuando se enteren de que, entre todas las cosas que he hecho, lo del club de strippers era lo de menos –baje la mirada y empecé a jalar de un padraastro en una de mis uñas.

–No tienes manera de saberlo hasta que no los contactes –añadió con amabilidad–. Todo esto está, por el momento, solamente en tu cabeza. Tú misma lo has dicho: no los has visto en muchísimo tiempo, quién sabe cuántas cosas han cambiado en todos estos años.

–Vale, vale, sí –dije en voz alta, mientras pensaba que él no había estado ahí cuando mis padres supieron en qué estaba su hija mayor. No había visto, ni podía imaginarse, el horror en los ojos de mi padre al pensar en su hija desnudándose para

una manada de tipos cachondos. Paulo no podía entender lo difícil que había sido para ellos siquiera concebir lo que había hecho, ni hablar de comprender que lo había hecho por ellos.

–Tienes que tomártelo con calma. Te vas a volver loca si sigues intentando adivinar todo el tiempo cómo va a reaccionar la gente. Ahora tienes que concentrarte en ti misma, cuidar de ti. Tampoco es que valgan la pena las personas que sepan tu historia y te digan que todo ha sido tu culpa.

Me hubiera gustado creerle, pero me costaba muchísimo. Se trataba de mi familia, de las personas a las que más amaba en este mundo. Tanto que había emprendido el camino de venderme por piezas para ayudarles. Si hubiera podido simplemente olvidarlos, ya lo habría hecho. Pero siempre habían estado en mi mente, siempre me habían acompañado, aunque no los hubiera visto durante años. Cuando soñaba con salir de la pesadilla que era mi vida, era en ellos en quienes pensaba. Y ahora que por fin había escapado y podía tener una vida mía... ¿para qué la quería si no podía compartirla con ellos?

–Gracias –le dije y me cogió la mano sobre la mesa. Sus manos siempre me devolvían a la tierra, me recordaban cuánto se preocupaba por mí.

–¿Vas a estar bien hoy?

–No sé –me encogí de hombros–, todavía tengo ganas de meterme cualquier cosa por las narices.

Paulo se puso de pie, cerro el portátil y lo dejó a un lado.

–¿Cuál es tu película favorita?

–¿Mi... película? Ni idea... –respondí confundida. Joder, hacía siglos que no ponía un pie en un cine.

–Seguro que tienes una que te guste. ¿Cuál te gustaba ver de pequeña?

–Hmm, ¿Mulán? –la primera respuesta que se me vino a la cabeza. Con mis hermanas pequeñas la habíamos visto cientos de veces, teníamos memorizadas las canciones de principio a fin.

–Vale, la veremos hoy. Enviaré a uno de los guardias a comprar comida. Tú eliges la cena.

Estaba a punto de ponerme a llorar. Me sentía totalmente ridícula, por supuesto,

pero hacía demasiado tiempo que nadie era tan amable conmigo. Lo habitual era que los tíos se mostraran corteses hasta que me sacaban la ropa. Pero Paulo me estaba tratando como una persona de verdad, me respetaba, me cuidaba. Quería ayudarme a sobrevivir con éxito este nuevo ataque de mi puta adicción.

Me dio un beso en la frente y yo cerré los ojos sonriendo. Su calidez me recorrió todo el cuerpo. No sabía qué tenía este tío, pero me hacía sentir bienvenida en este mundo. Ahora tenía un valor, había dejado de ser meramente un desecho humano.

Aunque una voz en mi mente seguía demandando a gritos una dosis para acallar una vergüenza enorme y una culpa igual de enorme, esta nueva calidez empezaba a parecerse bastante a la esperanza.

Capítulo XI - Paulo

En cuanto pasé por su habitación, me di cuenta de que había algo raro.

Me detuve frente a la puerta, aguzando el oído para hacerme una mejor idea de lo que ocurría al otro lado. No hubiera podido señalar con el dedo qué era lo que me había hecho pensar que Celina no se encontraba bien, pero mi mente había declarado la alerta máxima desde el día anterior, cuando me había confesado que otra vez la asediaban las ganas de coca.

Había intentado ayudarla a llevar mejor el día con distracciones, pero aun así era claro de que la estaba pasando mal. ¿Y cómo culparla de ello? Ahora que comenzaba a enfrentarse a la realidad, por supuesto que volvían a estar demasiado presentes todas las razones por las que había elegido comenzar a evadirse con las drogas. Ese mundo color de rosa que existe durante unas pocas semanas después de haber dejado de envenenarte con sustancias se desvanece pronto. Después te golpean los recuerdos, la vida misma, el dolor.

El día anterior había conseguido distraerla con éxito, pero las distracciones solo duran un par de horas. Uno de mis contactos en el departamento de finanzas de un importante banco por fin había obtenido información útil y nos estábamos acercando a identificar dónde se estaba gastando el cabrón de Stefano el dinero que había ganado explotando a estas mujeres.

Para continuar la investigación, había tenido que dejarla sola durante un par de horas y me había dado cuenta de que había vuelto a encerrarse en su habitación. Era la primera vez que decidía recluirse desde que nos habíamos acostado. Habíamos compartido mi cama toda la semana, nos dormíamos juntos y nos despertábamos juntos, pero ahora ella estaba poniendo distancia entre nosotros. Y eso me preocupaba bastante.

La oía tararear suavemente al otro lado de la puerta una melodía que anunciaba paz y felicidad, pero... había algo raro en ella. Algo casi que alarmante: un cierto desvarío en los sonidos que formaban sus labios. Pensé en cómo había ido el día, tratando de determinar si había tenido el tiempo suficiente para salir de la mansión y comprar droga, pero no parecía posible. Entonces, ¿qué estaba ocurriendo aquí?

Abrí la puerta lentamente y lo que encontré allí dentro me estrujó el corazón. Estaba tirada sobre la cama y en la mesilla de noche estaba la explicación de todo: una

botella de whisky de la que solo restaba la mitad. Sus ojos desvariaban y fracasaban en enfocarme cuando se levantó e intentó mirarme. Supongo que ella creía que estaba sonriendo, pero esa mueca no era realmente una sonrisa.

–Ho... la –dijo con una coquetería que iba mal con sus palabras arrastradas. Me quedé donde estaba, junto a la puerta. Esa botella ahí me había aterrorizado. Cada noche que había pasado en este mismo estado en el que ella se encontraba atravesó mi mente. Cuando tienes que emborracharte a estos niveles simplemente para tolerar el día, algo esta muy pero muy mal.

–Hola –respondí sin acercarme–, ¿te encuentras bien?

–Más que bien, es... toy genial –arrastró más palabras–. ¿Te apetece una copa?

–No –murmuré, aunque en ese momento me hubiera bebido de un solo trago lo que quedaba en esa botella. Detestaba encontrármela en estas condiciones, pero ya era demasiado tarde para impedirlo. Esa cantidad de alcohol en su pequeño cuerpo la iba a golpear como si una tonelada de ladrillos le cayera encima.

–No recordaba lo mucho que... me gusta estar borracha –añadió, poniéndose de pie y tropezando de inmediato–. Qué divertido, he estado escu... chando música toda la noche...

La agarré antes de que se derrumbara en el suelo y bajó los ojos con lo que ella seguramente pensaba que era coquetería.

–El alcohol me po... ne muy cachonda –murmuró, apretando su cuerpo contra el mío. Mi cuerpo resistió el contacto: por muy guapa que fuera, no la quería en este estado.

–Celina... –la cogí por los hombros y la aparte de mí respondí. Volvió a mirarme y se pasó la lengua por los labios.

–¿No te gusto? –puso su mano sobre mi estómago y empezó a bajar. Me aparté de ella y retrocedí hasta la puerta.

–Celina, mira cómo te encuentras. No voy a follar contigo, ni ahora ni nunca, cuando estés en este estado. ¿Lo has entendido bien?

Me di cuenta de que las palabras me habían salido más duras de lo que era mi intención. Celina se quedó un momento paralizada, demasiado confundida como para responderme. Un instante después se había desplomado al suelo, con el rostro contraído por la pena y un torrente de lágrimas cayendo por sus mejillas. Me sentí horrible y me

arrodillé a su lado.

–Perdóname, perdóname. No debería haberte hablado así, es que estaba...

–Déjame, déjame –dijo entre sollozos–, es que yo... yo no puedo...

El llanto no la dejó seguir hablando. La abracé con cuidado y la estreché contra mí. Me apoyó la cabeza en el hombro, buscando mi contacto como si yo fuera su balsa en un océano tempestuoso. Todo su cuerpo temblaba al ritmo del llanto. Era horrible verla así, pero también sabía lo fácil que era recaer en tus viejos hábitos cuando tu conciencia estaba alterada de cualquier manera. Volvían todas esas emociones que venías tratando de mantener a raya y te golpeaban con más fuerza y a mayor velocidad de lo que podías tolerar. Esa embestida era el peor sentimiento en todo este punto mundo.

–Vamos, vamos, no pasa nada –murmuré, sobándole la espalda para tratar de calmarla. Me hubiera gustado haber estado más tiempo con ella durante el día, de modo que no tuviera la oportunidad de hacer algo de lo que se iba a arrepentir, pero tampoco podía asfixiarla. Celina necesitaba su espacio. En su situación, hacerla pensar que yo la vigilaba día y noche, que desconfiaba de ella, hubiera sido un terrible error.

–Sí pasa, sí que pasa –me miró con inmensa tristeza–. Soy una idiota, no debería haber traído alcohol aquí, perdóname. Fue uno de los guardias, yo lo convencí; por favor, no la tomes con él... Ha sido mi culpa.

–No la tomaré con él, no te preocupes –aunque tomé nota mental de que el personal iba a tener que escuchar con atención mi charla sobre sus deberes en el puesto. Les prohibiría hacer este tipo de recados para ella. Celina tenía que mantenerse sobria de todo tipo de sustancias; de lo contrario, el descenso iba a ser rápido y en picada.

–No recuerdo cuándo fue la última vez que alguien me dijo que no quería follar conmigo –dijo con labios temblorosos. Me di cuenta de que la había herido, pero era necesario que entendiera mis razones para negarme.

–No es porque no seas guapa, Celina. No es porque no te desee...

–Entonces, ¿por qué? –preguntó con el tono característicamente agudo que su voz adoptaba cuando sentía vergüenza, cuando aceptar su historia de vida se le ponía muy cuesta arriba y la humillación la aplastaba.

–Porque no voy a acostarme contigo cuando estés tan borracha que no puedes caminar –dije con firmeza–. Da lo mismo cuánto me gustas, no estas en tus cabales y no está bien que yo me aproveche de ello.

Se detuvo un momento, como sorprendida ante una idea que había llegado de repente a su mente. Respiró profundo y soltó el aire lentamente.

–La noche en la que follamos por primera vez fue la primera vez en mi vida que me acosté con alguien estando sobria.

Escuchar esas palabras desató un mar entero de rabia y tristeza dentro de mí. Todos esos hijos de puta que habían abusado de ella estando conscientes del estado en el que estaba. ¿Sentirían culpa por haber hecho algo así? ¿La vieron borracha o drogada y se convencieron de que lo hacía por voluntad propia? ¿Se creían que el sucio dinero que habían pagado para comprarla valía como disculpa suficiente por haberla violado?

–Lo siento –dije sabiendo que no servían de nada mis palabras. No había nada que yo pudiera decir que la compensara por el infierno que había pasado, pero era lo único que podía hacer en ese momento. Quería transmitirle de alguna forma que entendía que su vida había sido un puto horror, que no era ni remotamente justo que hubiera tenido que pasar por todo lo que pasó.

–Me lo merecía –susurró, y yo le tomé la cara con las manos y la acerqué a mí.

–No. No. No te lo merecías –dije casi con rabia–. No te lo merecías. Nadie se lo merece. Me importa una mierda quién seas, lo que hayas hecho, la mierda que te hayas metido en el cuerpo... nadie debería aprovecharse de eso. Nadie.

Me miró durante un largo rato en silencio. Todo esto era demasiado para procesar. Y no me refiero a escucharme a mí decirle estas cosas, sino a realmente darse cuenta de la verdadera gravedad de los abusos que había sufrido. Y el abusador no había sido solamente Stefano, sino uno y cada uno de esos cabrones que pagaban por este tipo de cosas. Era imposible que esos hijos de puta no supieran que se la follaban cuando estaba drogada, ella no lo escondía. Pero se la habían follado igual, la habían violado, porque para esos tíos Celina simplemente no era un ser humano.

Pero los que habían perdido todo atisbo de humanidad eran ellos.

Me abrazó y se aferró a mí. Yo la acerqué con fuerza y le acaricié el cabello hasta que percibí que se empezaba a calmar lentamente, sus sollozos cada vez más débiles. Faltaba mucho tiempo antes de que pudiera resurgir al otro lado de años de trauma y abuso, pero al menos ya había emprendido el camino. Estaba empezando a ver las cosas como realmente habían sido. Nada de esto había ocurrido porque ella hubiera sido débil; había sucedido porque hay demasiados hombres en este puto mundo dispuestos a mirar a una mujer en su posición y verla como una oportunidad, no como una víctima.

–Vamos –murmuré unos minutos después, guiándola lentamente hasta el borde de la cama–. Siéntate aquí, te traeré un vaso de agua.

Ella asintió y yo me dirigí discretamente a la mesilla de noche y cogí el whisky. Miré fijamente el líquido ámbar y, por una fracción de segundo, pensé en acercarme la botella a la boca, pero rechacé mi arraigadísimo instinto de adicto y aparté el licor antes de lograra su objetivo de seducirme. No, eso sí que no. De ninguna manera. Si en este momento permitía que mi propia mierda se interpusiera en mi deber de ayudarla, no me lo iba a perdonar jamás.

Bajé a la cocina y vertí lentamente el líquido peligroso en el fregadero. Esto mismo había hecho con mi última botella: una suerte de ceremonia, un ritual de limpieza en el que no solo se iba por el fregadero el alcohol, sino también todo lo demás. Pensé en que no estaba del todo seguro de que Celina estuviera preparada para una vida en completa sobriedad. Deseaba que al menos lo intentara.

Llené un vaso con agua helada y pensé en el idiota del guardia que le había traído esa botella. Por supuesto que el tío no había actuado así por mala intención, lo más probable era que no hubiera considerado el recado ni dos segundos. Además, cuando Celina te miraba y quería algo de ti, era muy difícil decirle que no. Yo lo sabía mejor que nadie. La verdad es que me hubiera encantado echar al guardia a la calle, pero lo único que iba a lograr con ello, además de convertirme en un cabrón irredimible, era que Celina se sintiera aún más culpable.

Volví al cuarto y Celina seguía sentada en la cama, mirando el suelo con intensidad. Había dejado de llorar, pero en todo su rostro reinaba la tristeza.

–Aquí tienes –se asustó al oír mi voz, como si acabara de darse cuenta de que había regresado a la habitación.

–Gracias –murmuró y empezó a beber lentamente. Me quedé a su lado, sin tocarla, pero haciéndole ver que no pensaba irme a ninguna parte. Me hubiera gustado poder hacer algo mejor que eso para ayudarla a transitar su batalla interna.

–¿Te traigo alguna otra cosa?

–Dime, ¿tienes algo para que no despierte mañana con una resaca infernal? –dijo con una sonrisa irónica.

–Créeme, si tuviera algo así, sería el tío con más dinero de todo el continente – respondí riéndome. Se acercó y le di un beso en la cabeza, que había apoyado sobre mi

hombro.

No era necesario decir nada más. Me quedaría despierto con ella toda la noche si era necesario para que superara esto.

Estaba dispuesto a hacerlo aunque no supiera lo que iba a traer el día siguiente.

Capítulo XII - Stefano

Observé la casa desde mi coche, sorprendido con el tamaño y el lujo de la mansión.

Los Caroni tenían dinero. Mucho dinero. Y aquí lo estaban demostrando a los gritos. ¿Qué cojones era este lugar?, ¿el burdel de la familia?, ¿en este palacio tenían chicas trabajando? Sabía que Celina estaba allí, pero no había visto a nadie más entrar y salir. Debían tenerlas bien encerradas, haciéndolas trabajar día y noche para financiar este lujo. Estos putos cabrones.

Metí un dedo en la bolsita que llevaba en el bolsillo y me froté las encías con una pequeña dosis. Necesitaba mantener mis sentidos alertas y despiertos; los ojos atentos, las decisiones rápidas. Había estado allí, montando guardia en mi coche, durante casi un día entero. Me había tenido que ir del motel cuando el dueño había comenzado a hacer demasiadas preguntas que no quería responder. Lo único que importaba ahora era sacar a Celina del palacio para que volviéramos a empezar.

Celina seguramente ya me echaba de menos. Yo había cuidado tanto de ella, asegurándome de que tuviera dónde dormir, algo para comer, su dosis siempre a mano para cuando la necesitara. Quizás estos hijos de puta no le daban nada para que pudiera mantener el ritmo con sus clientes. Ninguno de los camellos que yo conocía habían comentado nada sobre tener negocios con los Caroni.

Quizás trataban de mantener limpio este burdel lujoso para atraer a una clientela pudiente. Había oído hablar de lugares de esa calaña, establecimientos grandes y lujosos que pretendían ser mucho mejores que una esquina cualquier de la calle, donde se paraban cada noche otras chicas de la misma clase. En un sitio así, los gobernadores, los senadores y los hombres de negocios pagaban mucha pasta por sentirse dueños de una de estas chicas durante un par de horas. Y quién sabe lo que esos tíos les hacían en esas horas. Esos pijos podían ser gente muy, muy ratita. Quién sabe qué cosas habrían forzado a Celina a hacer.

Era preciosa. Tíos de esa calaña no dudarían antes de sacar un fajo de la cartera para tenerla a solas. Por esa misma razón siempre había tenido un flujo constante de clientes cuando trabajaba para mí. Los habituales no se podían resistir a esa larga melena pelirroja y sus deliciosos ojos verdes. Joder, yo mismo hubiera pagado por estar con ella si no la hubiera tenido a mi disposición.

Me concentré en la tarea que tenía entre manos. Según había observado en mi

vigilancia, los guardias de la puerta rotaban cada tres horas y, cuando se producía el cambio de turno, el sitio quedaba vacío durante algunos minutos. Era tiempo suficiente para escabullirme dentro si jugaba bien mis cartas. Tenía que entrar sin que nadie me viera y luego localizar rápidamente a Celina. Joder, la echaba muchísimo de menos. La forma en qué me miraba, como si supiera que yo era el único tío en el mundo que se preocupaba por ella. Cuando la tuviera de vuelta junto a mí, iba a demostrarle cuánto la había echado de menos yo también...

De repente, oí un ruido detrás de mí. Me sobresalté y arranqué el coche de inmediato, apretando el acelerador a fondo para salir de ahí cuantos antes. No había alcanzado a ver de qué se trataba, pero no iba a quedar esperando allí hasta averiguarlo.

Me puse en marcha calle abajo, tamborileando con los dedos sobre el volante al ritmo de una canción que sonaba en mi cabeza. No iba a tardar mucho en llegar hasta ella.

Ya no habría que esperar mucho más.

Capítulo XIII - Celina

A la mañana siguiente me desperté con un dolor de cabeza insoportable, el cuerpo atormentado por las náuseas y el sudor y algunos vagos recuerdos del ridículo que había hecho la noche anterior.

Quejándome de todo, me di la vuelta y vi un vaso de agua junto a mi cama, junto con algunos analgésicos y una bolsa de patatas fritas. Sonreí ligeramente, a pesar de mi malestar. Estaba claro que Paulo sabía cómo manejar la resaca, aunque me hubiera dicho que no tenía la cura. Me acerqué, bebí un poco de agua y me recosté en la almohada, tratando de recomponerme.

Joder. Anoche me había hecho un lío. Todo había empezado a primera hora del día, cuando sentí la necesidad imperiosa de tomar algo para calmar los nervios. Había intentado convencerme de que no hacerlo, pero lo máximo que logré negociar con mi propia mente fue tomarme unas copas. La bebida no era lo mío, no podía hacerme daño, ¿verdad? Todo el mundo bebía de vez en cuando y no se acababa el mundo. Y después de todo lo que había pasado, me merecía la oportunidad de desconectar y relajarme un rato...

Esos fueron los argumentos de la voz en mi mente que acabó por convertirme en una borracha que no podía ni siquiera ponerse de pie cuando llegó Paulo a mi habitación. Y él se había portado tan bien, tratándome con toda la paciencia del mundo. Estaba segura de que no me lo merecía en absoluto. Joder, y yo había intentado coquetearle en ese estado. Cuando me rechazó, me derrumbé: se negaba a follar conmigo por el estado en el que me hallaba y todos los otros tíos que habían pasado por aquel horrible cuarto de Stefano lo habían hecho exactamente por la misma razón.

Porque sabían que estaba vulnerable en ese estado. Muchos de mis “habituales” volvían una y otra vez porque sabían que me encontrarían colocada y, por tanto, dispuesta a cualquier cosa. Y también porque sabían que ellos podían colocarse delante de mí siempre y cuando me permitieran participar. Lo habitual era que ni siquiera recordara al tío en cuestión diez segundos después de que había salido de la habitación. Y eso era exactamente lo que buscaba: cuanto menos supiera de lo que pasaba allí dentro, cuanto menos recordara, más fácil era para mí fingir que todo aquello estaba bien, que estaba segura, incluso que era feliz.

¿Cuántos hombres de esa calaña había en este mundo? ¿De esos que estaban

dispuestos a follarse a una mujer que estaba totalmente perdida? Se me hizo un nudo en el estómago y me recorrió un escalofrío intenso. Saber que la mía, aunque dolorosa, no era una historia extraordinaria lo empeoraba todo: la mayoría de las chicas se drogaban o se emborrachaban para poder seguir. Y nunca habían faltado hombres dispuestos a contratar nuestros servicios.

Ahora que lo veía desde otra perspectiva: joder, qué enfermo todo. Y yo había permitido que las cosas sucedieran de esa manera. Si hubiera realmente visto que había algo malo en todo ello, hubiera salido de ahí, ¿no? ¿Y qué decía eso de mí como persona? ¿Qué significaba? Que había sido cómplice, había permitido que otras chicas pasaran por lo mismo que yo había pasado.

No tenía la más remota idea de cómo iba a ser capaz de aprender a vivir con esos recuerdos. Parecía realmente imposible. Incluso con esta resaca infernal empezaba a pensar en volver a beber. Un alivio, cualquier alivio. La realidad me resultaba demasiado dura, demasiado dolorosa.

Me arrastré fuera de la cama y me metí en la ducha, intentando quitarme el olor a alcohol que me salía por cada poro. A la sombra constante que proyectaba mi pasado sobre cada momento de mi vida, se sumaba ahora que me sentía tremendamente culpable por lo que le había hecho a Paulo la noche anterior. Como si él ya no estuviera lidiando con su cuota de infierno por su propia adicción para que yo me emborrachara de esa manera delante de él. Me había dicho que se había desecho del licor y yo solo podía imaginarme todo el coraje que había necesitado reunir para poder hacerlo.

Yo no tenía esa fuerza ahora. Tampoco sabía si alguna vez iba a ser capaz de reunirlos. Todo esto era simplemente demasiado. Las otras chicas seguramente me habían odiado a más no poder...

Me vestí y bajé las escaleras para buscar algo para comer, pero, antes de llegar a la cocina, llegó una voz:

–¡Celina, eres tú!

Me di la vuelta, encorvando los hombros casi por reflejo. La voz me había recordado mis días en el burdel y había sentido de inmediato una punzada de asco en las tripas.

Pero entonces vi quién me había hablado: era Marnie, que me sonría con su rostro cálido y sus ojos claros. Me abrazó y yo también la abracé con fuerza.

–Me alegro tanto de verte –me dijo contenta–. Me he acordado de ti todo el tiempo. ¿Cómo te va? ¿Cómo te sientes?

–Eh, yo... –balbuceé, sin saber muy bien qué responder–. ¿Qué estás haciendo aquí?

–Vine a ver a Morgan. Solo quería decirle lo agradecida que estoy por todo lo que hizo por nosotras, eso es todo.

–Claro, claro –respondí, bajando la mirada al suelo–. ¿Te... te va bien?

–Oh, increíble –exclamó, sacudiendo la cabeza como si apenas pudiera creérselo–. No puedo creer que solo haya pasado un mes desde que salimos de ese horrible lugar. Han cambiado tantas cosas.

–¿En serio? –respondí, con inmensas ganas de saber más. Una historia de éxito era exactamente lo que necesitaba en ese momento.

–Sí, vengo de visitar a mi familia. No los había visto en más de dos años –añadió con pesar, como si su ausencia durante tiempo fuera inconcebible–. Me cuesta creer que no supe de ellos durante tanto tiempo. Verlos de nuevo fue... fue hermoso. Como en los viejos tiempos.

Sonaba tan feliz, tan llena de alegría. La alegría que llevaba dentro amenazaba con desbordarse en cualquier momento.

–Y ellos... ¿saben lo que pasó? –le pregunté–. ¿Lo del burdel?

Sus ojos se nublaron un instante y asintió.

–Me hubiera gustado no tener que contarles, pero lo hice. Sentí que se merecían una explicación honesta de por qué había desaparecido así.

–¿Y cómo se lo tomaron?

–Se entristecieron bastante por las cosas que me habían pasado, por supuesto –respondió con un suspiro–. Creo que mi madre es la que lo está pasando peor para tratar de asimilar todo. Pero Morgan nos ha puesto en contacto con un terapeuta de familia, de modo que todos juntos podamos procesar todo esto. Estoy segura de que la terapia va ayudarnos.

–Claro, claro que sí –murmuré.

–¿Y tú? –me preguntó tomándose la mano–. ¿Qué haces aquí todavía? ¿O también has venido a ver a Morgan?

–No, no. La verdad es que no... no he tenido la oportunidad de irme aún.

–Ah, ya veo –respondió ella, claramente sorprendida–. ¿Y... y por qué no?

–Yo es que aún no he querido irme –dijo abruptamente. Evidentemente era una respuesta sumamente estúpida, particularmente después de todo lo que Marnie me había contado. Su familia había sido capaz de acogerla de nuevo, pero yo seguía sin poder soportar la idea de volver a hablar con la mía.

–¿Y por qué no? –preguntó ella. Marnie siempre había sido muy directa. Supongo que en nuestro trabajo no servía de mucho ocultarnos cosas o andar con rodeos. Sonreí, tratando de despistarla.

–No estoy preparada –respondí, pero se me hizo un nudo en la garganta al forzar las palabras y Marnie al punto entendió de qué se trataba todo esto. Frunció el ceño con preocupación y simpatía.

–No deberías tener miedo de ver a tu familia. Te aseguro que vas a sorprender. Van a ser mucho más comprensivos de lo que te imaginas.

–Vale, vale, me alegro de que las cosas hayan resultado así para ti –dije, incapaz de evitar un tono de amargura en mis palabras. Me alegraba por ella, de verdad, pero no sabía si yo tendría acceso a ese mismo tipo de perdón. Había abandonado a mi familia durante mucho más tiempo. ¿Qué posibilidades había de que quisieran volver a verme después de todo lo que les había hecho? ¿Después de todas las formas en que los había abandonado cuando mi padre estaba enfermo, cuando más me habían necesitado?

–También resultarán así para ti –me aseguró, apretándome la mano para intentar convencerme. Me costaba mirarla a los ojos. Sabía que solo estaba intentando ayudarme, ¿pero cómo iba a entender ella mis circunstancias? No sabía que mi familia no había sido capaz de entender que fuera *stripper*, ¿cómo decirle que mucho menos iban a entender que hubiera pasado después a ser directamente una puta?–. Te mereces el perdón, Celina –añadió. Joder, podía sentir las lágrimas amenazándome de nuevo. ¿Por qué estaba tan sensible últimamente? Tenía que recomponerme, no podía permitir que mis emociones me dominaran a cada minuto.

–¿Y a qué hora te espera Morgan? –cambié el tema a cosas más livianas, cosas que pudiera manejar.

–Pensé que la encontraría aquí esta tarde –contestó, reconociendo que realmente no estaba preparada para tener esta conversación con ella–. ¿Sabes si está aquí?

–No lo sé, pero deberías preguntarles a los guardias. Ellos están al tanto de que todo lo que ocurre aquí.

–Vale, les preguntaré, gracias –respondió y me miró por un momento. Me estaba costando demasiado tolerar su expresión empática, pero sabía que no lo hacía con mala intención.

Me abrazó de nuevo con fuerza.

–Volveré a verte pronto, Celina –dijo, con la voz apagada contra mi hombro.

–Vale, vale, nos veremos pronto –respondí, aunque no tenía ni idea de si volvería a verla después de esto. Una para la otra no significábamos más que un recuerdo de nuestro pasado y Marnie claramente estaba haciendo todo lo posible para intentar dejar atrás el suyo. ¿Por qué iba a querer volver a verme si yo solo iba a recordarle la vida de la que se estaba alejando a toda velocidad?

Me volví hacia las escaleras. Se me había olvidado por completo a qué había bajado. Daba igual. Solo quería marcharme, alejarme de Marnie cuanto antes.

Antes de que la desesperanza en la que yo estaba atrapada pudiera afectarla y arrastrarla conmigo al mismo abismo.

Capítulo XIV - Paulo

Me di cuenta de que había algo raro en la atmósfera en el mismo momento en el que puse un pie fuera. Había algo... extraño.

Eché un vistazo a la entrada de la mansión, intentando localizar qué había detonado de esa forma mi sexto sentido. A simple vista, no había nada fuera de lo normal, pero a esta altura había aprendido a confiar en mis intuiciones.

La calle estaba en calma y Celina venía justo detrás de mí, tomando mi brazo con fuerza mientras salíamos de la casa. Me había parecido bien que saliera hoy, pero bajo mi supervisión, por supuesto; imposible pensar ahora en que se alejara de mí y se sumergiera de lleno en el mundo exterior sin ningún control. Se encontraba aún demasiado vulnerable para hacer algo así y ella estaba tan consciente de ello como lo estaba yo.

–¿Todo bien? –preguntó Celina, mirándome nerviosa. Pestañee rápidamente y disipé las dudas que tenía en la cabeza.

–Todo bien, todo más que bien. Vamos.

Avanzamos por el ancho camino de gravilla hacia la enorme puerta que protegía la mansión desde el otro lado del jardín. El metal negro brillaba bajo el sol del mediodía. Habitualmente, esa barrera separando el resto del mundo del que nuestro refugio me tranquilizaba, pero ese día esos hierros hostiles, que se alzaban al cielo como lanzas, me resultaron un tanto inquietantes.

Dos de los guardias que custodiaban la entrada la abrieron para nosotros y les di las gracias con la cabeza. Había tenido que hablar seriamente con ellos sobre lo que podían y no podían hacer por Celina, y estaba seguro de que muchos de ellos estaban muy enfadados conmigo por ser tan duro, pero me importaba poco. No iba a dejar que le hicieran daño solo porque ellos tuvieran dificultades para decirle que no. Cero alcohol, cero drogas, cero pastillas: nada de nada podía entrar en esa casa sin mi aprobación. Así de simple.

–Joder, se siente bien visitar el mundo exterior –suspiró Celina mientras deslizaba su mano por la mía. Su contacto era cada vez más familiar y había algo cálidamente reconfortante en sentir cómo enrollaba sus dedos alrededor de los míos, como si supiera que pertenecía en este sitio, a mi lado. Como si supiera que también allí era donde yo la

prefería.

—¿Te sientes bien? —le pregunté. Joder, ¿qué me estaba pasando? Cada centímetro de mi cuerpo estaba tenso, cada parte de mí estaba a punto de estallar en cualquier momento, pero no entendía por qué. No pasaba nada de nada. Absolutamente nada. Iba a tener que controlarme o mi intensidad iba a asustar a Celina.

—Sí, todo bien —respondió con una sonrisa. Durante los últimos días, desde el día de la borrachera y el intento de coqueteo frustrado, había estado un poco más reservada y había notado que, en verdad, estaba muy preocupada por lo que había pasado esa noche.

Me hubiera gustado ser capaz de comunicarle de alguna manera que no debía sentirse culpable. Vale, vale, la situación no había sido precisamente agradable, verla así de destrozada, pero yo la comprendía bien. Y además entendía de primera mano lo potentes que eran esas ganas de escaparse del mundo con las drogas o el alcohol. Celina todavía estaba resolviendo un montón de cosas en su cabeza y no era mi intención en absoluto apresurarla en ese proceso...

Nos alejamos un par de manzanas de la mansión, caminando tranquilamente, mientras yo seguía tratando de ignorar esa sensación de inquietud inexplicable. Habíamos salido sin guardias. Era mejor para ella que disfrutáramos de nuestro paseo sin una tropa de vigilantes a nuestras espaldas, pero me gustaba poco la idea de no tener apoyo a mano. Los mensajes amenazadores de Stefano seguían frescos en mi cabeza, sus palabras daban vueltas y más vueltas en mi mente. Habían sonado demasiado reales, demasiado peligrosas para olvidarlas.

—Oh, mira, ¿podemos entrar a mirar? —se detuvo frente a una librería y juntó las manos con entusiasmo—. Se me están acabando los libros de la biblioteca que quiero leer, me vendría muy bien algo nuevo...

—Claro —respondí y no pude evitar sonreír con su entusiasmo.

Y entonces todo empezó a suceder en cámara lenta.

Celina me soltó la mano durante el tiempo suficiente para que un coche se detuviera a nuestro lado. El hombre que lo conducía bajó de él corriendo y la tomó por la cintura. Celina gritó, pero yo me quedé paralizado, fui incapaz de reaccionar.

Cuando logré actuar, ya era demasiado tarde.

—¡Suéltala, cabrón! —le grité a Stefano, no había dudas de que era él. Al cabrón

prácticamente se le estaban saliendo los ojos mientras la arrastraba dentro del coche.

–¡Paulo, Paulo! –gritó Celina, tratando de escapar, pero fue inútil. Su pequeño cuerpo no tenía posibilidad alguna de defenderse contra la fuerza de Stefano.

Me lancé hacia el coche y cerré la puerta de un portazo antes de que pudiera meterla dentro. Stefano la sujetaba con un brazo alrededor de la cintura y me miraba con odio.

–Vete a la mierda, viejo –gruñó–. Esto no tiene nada que ver contigo.

–¡Que la sueltes, joder! –le grité–. Mis refuerzos están llegando...

–Ya veo, viejales, ¿te crees que tus refuerzotes llegarán a tiempo? –dijo mientras sacaba una pistola del cinturón. Se la metió con fuerza en las costillas y Celina se quedó paralizada, sus ojos aterrorizados. Se me fue el alma del cuerpo. Este cabrón era capaz de apretar el gatillo sin dudarlo si yo intentaba recuperarla. Si él no iba a poder tenerla, prefería matarla. Su objetivo era someterla a cualquier precio, viva o muerta.

–Parece que se te acabó el coraje, viejito –dijo con desprecio. Abrió la puerta del coche y empujó a Celina dentro. Ella parecía haberse refugiado en ese sitio en el que se protegía a sí misma obedeciendo a rajatabla a este tío, siguiéndole la corriente en todo para asegurarse de que no la lastimaría.

–Ni se te ocurra buscarla –advirtió Stefano, apuntando la pistola en mi dirección. La calle estaba desierta y cualquiera que estuviera dentro de las tiendas claramente no iba a salir a involucrarse en esto.

Miré a Celina a los ojos durante un instante y rogué que me mirara, que entendiera lo que trataba decirle: que iba a encontrarla de nuevo, que haría todo lo posible por recuperarla, que enfrentaría cualquier cosa por verla elegir su próximo libro.

Pero cuando me miró, lo hizo con unos ojos muertos, inexpresivos, desde la distancia, como si se hubiera dado ya por derrotada. Stefano se puso al volante y el coche se alejó calle abajo. Sentí en mi interior el miedo terrible de pensar que ella ya había vuelto a aceptar, en cuestión de minutos, su destino.

Iba a intentar por todos los medios recuperarla y quizás lo lograría, pero en ese minuto me di cuenta de que ni siquiera eso iba a ser suficiente para rescatarla de su abismo.

Capítulo XV - Celina

–Se siente bien estar en casa, ¿no? –dijo Stefano mientras me llevaba de vuelta al burdel en el que había pasado los años más miserables de mi vida. No respondí. Todavía no era capaz de emitir palabra. Lo único en lo que podía pensar era en la presión de la pistola contra mi costado y en la sensación de sus manos sobre mí.

Este era el último hombre que quería ver en mi vida. Y el cabrón me había encontrado. No sabía cómo ni tampoco quería saberlo. Me apoyé contra la puerta, soñando con alguna forma de escapar otra vez, pero al mismo tiempo demasiado consciente de que estaba atrapada... otra vez.

Aún podía ver el bulto de la pistola en los pantalones de Stefano y sabía que no dudaría en usarla. La expresión de sus ojos revelaba de inmediato que estaba consumiendo coca de nuevo. Conocía demasiado bien ese rostro del que se ha perdido en la pendiente y busca constantemente con la mirada a qué aferrarse. Que siguiera viva había sido mera cuestión de suerte. Si Paulo hubiera dado un paso en falso, no me cabía duda de que Stefano nos habría matado a los dos.

Lo curioso es que no sentía nada al estar nuevamente en este sitio. O, más bien, lo único que sentía era como si estuviera adormecida, como si me hubieran dado un tranquilizante que me había sumergido en un sueño profundo, en una pesadilla que parecía muy, muy lejana. Todo se movía lentamente. Toqué la pared con la mano para sentir la pintura descascarillada y varias escamas se desprendieron bajo mi contacto. ¿Cómo era posible que esto estuviera realmente sucediendo? ¿Por qué yo había permitido que ocurriera?

–¿Quieres volver a tu antiguo cuarto? –dijo Stefano, tomándome la mano. Era tan brusco que se me erizaba la piel. Ya me había acostumbrado al trato suave y delicado de Paulo, al modo en que parecía disfrutar de cada centímetro de mí, como si no terminara de creerse que yo era real y estaba allí, con él—. Dejé algo para ti arriba –añadió, sonriendo hipócritamente. Estaba claro que no me estaba dando realmente ninguna opción: o hacía lo que me decía o me apuntaría con esa pistola otra vez y todo acabaría.

Y la verdad es que este último escenario no acababa por parecerme del todo malo. Terminar de una vez con todo parecía un acto de misericordia. O al menos una alternativa más atractiva que la que me esperaba si seguía en este mundo. Me arrastré escaleras arriba, andando sobre los mismos pasos que había dado un millón de veces

antes, normalmente con algún tío detrás. El olor de este sitio llevaba a darme arcadas, se me pegaba al cuerpo, me gritaba que esta era la realidad otra vez.

Abrí la puerta y miré la mesilla de noche: había tres líneas listas para esnifar, la versión de Stefano de los pétalos de rosa que arrojan sobre la cama los enamorados en San Valentín. Realmente este tío era un verdadero romántico.

–Es toda para ti –dijo, de repente detrás de mí. Me tomó por la cintura y todo mi cuerpo de inmediato protestó ante el horror. Había olvidado lo mucho que detestaba sentir sus manos sobre mí de ese modo; me parecía una cosa enferma y monstruosa. Hubiera querido alejarlo de un empujón, pero ya sabía que se iba a poner nerviosillo si hacía algo así. Tenía que alejarlo con más sutileza.

–No quiero eso –respondí, con tranquilidad pero también con firmeza. Me sorprendí a mí misma. Un mero puñado de días atrás estaba lista para vender mi alma por un regalo así, pero ahora la sola idea de aceptar de parte de este cabrón algo que él consideraba una amabilidad me daba asco.

–Vamos, sí que lo quieres –su voz adquirió un tono airado al darse cuenta de que no iba a conseguir que le diera lo que quería–. Confía en mí. Te sentirás mejor.

–No he consumido en semanas –le respondí, volviéndome hacia él– y me encuentro perfectamente así.

Me miró y me dedicó una amplia sonrisa. Alzó la mano para tocarme la mejilla. Luché contra el impulso de apartarme, no quería darle la satisfacción de verme tan disgustada.

–Eres una tía de cojones, Celina, siempre lo fuiste. ¿Lo sabes? Siempre fuiste la mejor de todas.

Se acercó aún más y su boca quedó tan cerca que podía oler su asqueroso aliento podrido.

–Pero tú sabes muy bien cuál es tu sitio –continuó–. Sabes lo buena que eras en todo esto, ¿verdad?

No respondí. Me causaba una furia sin límites saber que el cabrón tenía razón. No importaba cuántos discursos me diera a mí misma ni cuánta distancia intentara poner entre mi antigua vida y yo como persona, aún habitaba en mí una parte enferma y retorcida a la que podía siempre regresar. Esta habitación, esta vida, el desfile interminable de tíos entrando y saliendo, todo seguía siendo un lugar donde volver.

–Vamos, lo extrañaste, yo sé que lo extrañaste –me miró a los ojos–. Lo echabas de menos porque sabes que estás hecha para esto.

Le devolví la mirada, preguntándome si, en cierto modo, tenía razón. La historia de Marnie aún resonaba en mis oídos, pero, sobre todo, todavía estaba presente mi verdad, una sola verdad: jamás obtendría para mí lo que ella ahora tenía. Era esa misma verdad la que me decía que no había ninguna vida para mí fuera de este cuarto, por mucho que me aterrorizara y me diera asco la idea de volver a ser la anfitriona crónica de aquella habitación.

–Tienes que volver al ruedo, tía –murmuró acercándose aún más, su cuerpo pegado al mío ahora–. Es más, puedes empezar conmigo –se inclinó para intentar besarme. Me aparté por un acto reflejo, esquivando el contacto de su boca. Su rostro se ensombreció y me tomó la barbilla con fuerza. Desapareció en un segundo toda la falsa ternura de la que había venido haciendo gala.

–Mírame. Que me mires, joder –gruñó y yo conseguí levantar la cabeza para mirarle fijamente a los ojos. Me invadió una oleada de odio y miedo. Por culpa de este hijo de puta yo había terminado aquí y ahora estaba de pie aquí, frente a mí, exigiéndome que volviera. Mi desprecio por este cabrón no conocía límites. El solo pensamiento de tocarlo, ahora que estaba sobria, me parecía intolerable. En mis cabales, a este tío no le hubiera aceptado ni un café, ni hablar de acostarme con él.

–Gracias a mí eres la mujer que eres, me lo debes todo –dijo con voz grave y amenazadora–, y no voy a esperar mucho más para cobrar lo que es mío, ¿me has entendido bien?

Me obligó a subir y bajar la cabeza, como si estuviera asintiendo.

–Que tía más maja –se burló y me empujó sobre la cama. Cerró la puerta de un portazo y lo oí echar la cerradura, mientras yo miraba fijamente las tres líneas de coca a mi lado. Cerré las manos con tanta fuerza que me clavé mis propias uñas en las palmas. Tenía que tratar de resistir un poco más, aunque tenía pocas esperanzas de lograrlo.

Empecé a rezar por que Paulo hubiera hablado en serio cuando dijo que vendría por mí. Porque la idea de perderme una vez más en esta vida era más de lo que podía soportar.

Capítulo XVI - Paulo

–Paulo, tienes que calmarte –me dijo Alex. Ni siquiera le miré. Mi mente iba demasiado deprisa como para detenerla en este minuto y necesitaba descargar el exceso de energía antes de volverme del todo loco.

Ya habían pasado veinticuatro horas desde que ese cabrón se había llevado a Celina. Había llamado a Alex para que me ayudara a crear un plan para recuperarla. La expresión con la que me había mirado desde adentro de ese coche, esa resignación, me atormentaba cada minuto. ¿Y si ya la habíamos perdido para siempre?, ¿y si ya nos había dejado sin retorno? No físicamente, pero mentalmente. Era tan frágil, había estado tan nerviosa todo el tiempo que estuvo aquí. Nunca había terminado de aceptar que se merecía una vida de este tipo y no era difícil de creer que se abandonara otra vez en las garras de ese hijo de puta sin demasiada resistencia.

Alex me había impedido ir de inmediato detrás de Stefano, aunque era lo único que cada fibra de mi cuerpo quería hacer. Pensar en lo que podía estarle sucediendo a Celina con cada hora que pasaba me tenía la cabeza hecha un completo lío. Mi experiencia me decía que dejarme arrastrar por esa espiral de pensamientos no solo no iba ayudar en nada, sino que iba a empeorar las cosas, pero no podía evitarlo. Me estaba destrozando mi temor a perderla para siempre.

–¡Tenemos que hacer algo, joder! –le dije cabreado a Alex. Claramente, no era su culpa lo que había ocurrido, pero me estaban ahogando las emociones.

–Ya lo sé, joder –respondió y me observó un momento–. ¿Qué cojones te pasa, Paulo?

–¿Tú qué crees? –le respondí, más bruscamente de lo que pretendía–. Se supone que debemos ayudar a estas chicas, no dejar que se las lleven...

–Lo sé, lo sé, joder –respondió, manteniendo la voz firme–. Mira, te he visto lidiar con todo tipo de mierda en este negocio, pero nunca te he visto ponerte así. ¿Qué cojones está pasando?

Me quedé callado. Realmente no quería confesar la verdad. Alex se iba a formar una mala opinión de mí si sabía que me había involucrado con ella. Estas mujeres llegaban a nosotros en una situación sumamente vulnerable y era muy difícil que Alex viera nuestra relación como algo honesto.

—¿Es que hay ocurre algo en especial con ella? —preguntó Alex sorprendido. No le miré, pero asentí.

—Sí —confesé. Dejó escapar un largo suspiro por la nariz, tratando de procesar esta nueva pieza de información.

—¿Y ha pasado algo... entre vosotros dos? —preguntó con cautela, sin revelar emoción alguna. Vacilé antes de responder. No quería que Alex cambiara la opinión que tenía de mí a causa de esto, pero no servía para nada seguir negando la realidad. Ocultarlo solo iba a hacer más complicada la misión de rescatar a Celina. Y esa misión no podía fracasar.

—Sí —respondí—, pero todo ha sido como ella lo ha querido. Yo jamás la he presionado. Ella se acercó a mí y...

Me interrumpí. Me resultaba extremadamente difícil explicarle la profundidad de nuestra conexión. Era algo real, algo verdadero, algo que no había sentido en mucho tiempo, si es que alguna vez lo había sentido. Ver a esta mujer, verla tan vulnerable, y saber que se sentía cómoda dejándome ver esa vulnerabilidad, me hizo sentir mucho menos débil, mucho menos condenado a ser un paria por mi propia historia personal. La había visto en su peor momento y me había dado cuenta de que había muchísimo más en ella debajo de la fachada que le presentaba al mundo.

—Joder, Paulo —contestó Alex, finalmente diciendo en voz alta las palabras que habían quedado suspendidas entre nosotros durante varios minutos—. ¿Lo dices en serio...?

—Sé que suena horrible —le dije, volviéndome hacia donde estaba sentado, al otro lado de mi escritorio—. Pero no lo es. Créeme que no lo es. Realmente siento algo por ella. No sé si ella siente lo mismo por mí, pero al menos estaba dispuesta a intentar mantenerse limpia cuando se lo propuse. Siento que... siento que yo podría ayudarla, que podríamos ayudarnos mutuamente.

Sus ojos escrutaron los míos durante un buen rato, buscando cualquier cosa que pudiera haber delatado mis verdaderas emociones, pero no había nada oculto: yo se las estaba diciendo tal cual eran. Le estaba diciendo cada detalle de lo que sentía aunque a él le resultara una insensatez. Alex se había lanzado en esta campaña de rescate porque quería ayudar a estas mujeres; ahora era necesario que se diera cuenta de que yo también quería hacerlo. Y que, al igual que él, yo también me había enamorado de una de ellas.

–Te gusta de verdad, ¿no? –preguntó en voz baja. Asentí con la cabeza.

–Sé que es difícil de creer –añadí–, pero no me importa realmente si lo haces o no. Celina me gusta, me estoy enamorando de ella. Me da lo mismo si me corresponde o no, pero no permitiré que vuelva a ese mundo. Se merece una vida mucho mejor que esa.

Asintió con la cabeza.

–En eso puedo estar de acuerdo contigo –respondió–. No sé qué ocurre entre vosotros dos, sinceramente, pero sé que tenemos que alejarla de ese cabrón de Stefano.

Respiré aliviado. Era bueno saber que nuestras prioridades estaban alineadas. Seguramente no había sido fácil para él escuchar mi confesión, pero contarle toda la verdad fue la decisión correcta. Hubiera pecado de estúpido ocultándole cosas a Alex cuando nuestra capacidad para recuperar a Celina dependía de él.

–Tenemos que movernos rápido –le dije, sentándome por fin en la silla frente a él–. Ese cabrón tiene poder sobre ella, la controla, la vuelve vulnerable. Y Celina todavía estaba luchando para que su cabeza pudiera salir de ese lugar, semanas después de que su cuerpo ya lo había hecho. Stefano podría convencerla de que se quede con él si no llegamos a ella lo suficientemente rápido. Seguramente le está dando drogas de nuevo y, si recae, le resultará muchísimo más difícil volver a salir.

–Vale –murmuró Alex, anotando algo en un cuaderno–. ¿Y dónde crees que está? ¿Adónde crees que se la ha llevado?

–Sospecho que la ha vuelto a llevar a ese burdel –murmuré–. Es lo más lógico. Lo que este cabrón quiere es que Celina vuelva a trabajar, por eso la persiguió desde el primer momento. La debe de haber llegado al mismo sitio donde todo empezó para obligarla a que regrese a su antigua vida.

–Es probable que tengas razón. ¿Quieres que reúna a mis hombres? Podemos enviar un grupo ahora al lugar...

–No, no. Tenemos que ser más cuidadosos esta vez. Recuerda que se la llevó a punta de pistola. Si ve venir un grupo de hombres enviados por nosotros, va a entrar en pánico. Y lo último que queremos es a un cabrón así en pánico cerca de Celina. Ya sabemos cómo la ha tratado antes. No quiero arriesgarme...

El corazón se me retorció en el pecho. No podía creer que tuviera que hablar de esto, de algo tan oscuro. Todo había pasado tan rápido. Había pasado tan poco tiempo desde que había llegado aquí que resultaba casi increíble estar hablando ahora de tener

que volver a rescatarla.

–Montaré vigilancia frente al sitio yo mismo –añadí–. Quiero ver a qué nos enfrentamos. Quizás este tío tiene seguridad allí, hombres que lo protegen. No quiero que perdamos más hombres de los nuestros, no después de todos los que perdimos en la noche del puto incendio.

El rostro de Alex se ensombreció al recordar esa trágica noche.

–Vale, de acuerdo –asintió–. ¿Estás seguro que puedes manejar toda esta situación? No puedes permitir que te dominen las emociones...

–Sé que puedo manejarlo –respondí, apretando los dientes con convicción, aunque había una parte de mí que estaba bastante segura de que era mejor que ir solo a enfrentar a Stefano y hacerle pagar, de una vez por todas y para siempre, por todo lo que había hecho.

Capítulo XVII - Celina

Me tapé hasta la cabeza con las sábanas y oí sus pasos ir y venir por el pasillo. Estaba claro lo que intentaba comunicarme, lo que quería que entendiera bien.

Que se me estaba acabando el tiempo y que no iba a esperar mucho más para cobrar lo que consideraba suyo.

De solo pensar en ello, un escalofrío de asco me recorrió todo el cuerpo. ¿Cuánto tiempo llevaba otra vez en este cuarto?, ¿horas?, ¿días? En algún momento me había tumbado en la cama, sin tocar las líneas que seguían en la mesilla de al lado. Tenía la fuerza para no esnifirlas, pero no la necesaria para deshacerme de ellas. Iban a tener que auxiliarme si Stefano decidía hacer efectiva su promesa de obligarme a follar con él antes de que pudiera volver a escapar de aquí.

Si Stefano decidía violarme. Esa era la palabra, violación. Durante mucho tiempo me había obligado a verlo con otros ojos, pero aquí, ahora, a la fría luz de mi sobriedad, la verdad era innegable: este cabrón quería violarme otra vez y tenía terror de pensar en cómo iba a lograr sobrevivir si acababa por hacerlo.

La puerta seguía cerrada, menos mal, y recé para que permaneciera así un rato más. Los pasos repetitivos de Stefano me recordaban constantemente que no tenía escapatoria. Si abría esa puerta, él estaba al otro lado, listo para lanzarse sobre mí, convencido a cualquier precio de que lo hacía porque yo realmente lo quería.

Tal vez lo había querido. Nunca había gritado ni me había resistido cuando me había tocado antes. Mi cuerpo simplemente se había apagado, cada centímetro congelado, insensible, mientras mi mente se iba a otro lugar, a uno completamente distinto. Acostada en la misma cama de siempre, rodeada de esta pesadilla familiar y conocida, me costaba creer que estuviera destinada a hacer otra cosa alguna vez.

¿Por qué había vuelto aquí si este no era mi sitio? Stefano había regresado a buscarme a mí; a mí, y no a ninguna de las otras chicas. Si lo había hecho así, era porque sabía que este era mi lugar. Aquí había pasado la mayor parte de mi vida adulta y no tenía ninguna habilidad para construir una vida propia distinta de esta. ¿Volver siempre aquí era mi condena? ¿Había escapado durante un par de semanas solo para entender mejor que este, precisamente este, era mi sitio en el mundo?

Aparté las sábanas y me quedé mirando las líneas en la mesilla de noche. Habría

sido tan fácil cogerlas, llamar a Stefano y acabar de una vez con esta situación. Ceder a lo conocido. A lo conocido detestable, pero al menos familiar. Pero lo que me esperaba si escapa de aquí o si me resistía, eso era lo verdaderamente aterrador. No podía ni siquiera imaginarme a qué tendría que enfrentarme. Era imposible tener confianza en un futuro que únicamente podía imaginar en términos del terror que me causaba.

Ya basta. No me podía esconder de mi destino durante más tiempo. Tenía que rendirme y permitir que las cosas siguieran el curso que tenían que seguir por fuerza. Me puse de pie y me arrodillé junto a la mesilla, como si fuera a rezar, a entregarle mi espíritu a algo. Un algo conocido, cálido, familiar. Estaba a punto de bajar la cabeza y cerrar los ojos, mi cuerpo ya celebraba con hormigueos, anticipando el subidón, cuando de repente oí una voz en el piso de abajo y abrí los ojos de par en par.

—¡Celina! —escuché otra vez, estaba segura. Una voz conocida.

Paulo.

Me levanté de un salto y corrí hacia la puerta, apretando el oído contra ella. Oía a alguien recorriendo la casa, pasos que subían deprisa las escaleras. Abrí la boca para llamarle, pero el sonido se ahogó en mi garganta antes de salir. ¿Me merecía que alguien como Paulo viniera a rescatarme de aquí?

—¿Dónde coño está? —preguntó Paulo y oí el sonido de un golpe, seguramente el que había recibido Stefano de sus manos. Las paredes temblaron y una nube de polvo cayó sobre mí desde el techo. Me armé de una décima de coraje, con la adrenalina a flor de piel, y conseguí golpear la puerta con la mano.

—Joder —murmuró Paulo y le oí maniobrar la cerradura. La puerta se abrió y salí de la habitación dando tumbos. Paulo me atrapó en sus brazos, me acercó y apretó su cabeza contra mi cuello.

—¿Te encuentras bien? —preguntó y no supe qué responder. No sabía si estaba bien o no. No sabía lo que quería.

Una parte de mí pedía a gritos que me aferrara a él, a Paulo, que le rogara que me sacara de aquí y me pusiera a salvo, pero otra parte de mí sentía que, si lo hacía, solo iba a lograr arrastrarlo en mi continua caída en picada. Ya lo había obligado a lidiar con mi borrachera, a enfrentarse a sus propios fantasmas por tener que tolerarme, de paso poniendo en riesgo su camino de lucha y sus esfuerzos.

—Quítale las manos de encima, cabrón —dijo Stefano, con la voz marcada por la

furia. Me volví hacia él y le vi apuntándonos con una pistola.

Me aparté de Paulo de un salto para protegerlo del extremo de aquel cañón, pero Stefano siguió apuntándole. Paulo alzó las manos lentamente mientras me miraba, diciéndome con los ojos que todo iba a salir bien.

–Vete de aquí, viejo –dijo Stéfano, sonando casi... razonable. Estaba tranquilo, como si ya supiera con certeza que había conseguido lo que quería.

–No iré a ninguna parte sin ella –gruñó Paulo en voz baja. Vi que también iba armado, pero era imposible que alcanzara a desenfundar antes de que Stefano disparara.

–Puedes llevártela si quieres –dijo Stefano con una risita sarcástica–, pero ella siempre, siempre, va a volver a mí. ¿No es verdad, cariño?

Le miré fijamente, intentando controlar la respiración.

–Este es tu lugar –continuó, señalando la habitación de la que acababa de salir–, esto es para lo que estás hecha, Celina, y lo sabes tanto como yo. Puedes irte a jugar a las casitas con un viejales durante el tiempo que quieras, pero siempre vas a volver aquí. Sería más fácil para ti si lo aceptaras ahora mismo, en vez de seguir pretendiendo que puedes hacer algo distinto.

El corazón amenazaba con escaparse del mecho mientras lo escuchaba hablar. Estaba repitiendo al pie de la letra una y cada una de las palabras que me había dicho a mí misma desde que me habían sacado de este lugar. Estaba describiendo en voz alta lo que había sentido cuando volví a ver a Marnie y sentí que solamente por estar junto a ella en la misma habitación la estaba contaminando. Estaba diciendo lo mismo que yo pensaba convencida: que estaba condenada a volver aquí siempre, daba lo mismo cuánto intentara alejarme.

Stefano me conocía bien. Me conocía desde hacía mucho tiempo. Me había visto entrar en este negocio y hacerle ganar muchísimo dinero. Había visto a la adicta en la que me había convertido, esclavizada por esa mierda de la que nunca tenía suficiente. Había visto las peores partes de mí y las había tratado como si... como si tuvieran algún valor, como si no fueran malas. A su lado, podía dejar suelto al monstruo que era y convertirlo en un objeto atractivo. Podía sobrevivir en este mundo gracias a la parte de mí que más detestaba.

O quizás... O quizás...

Stefano vio la expresión de mi cara y dejó caer el arma lentamente, sonriendo. Sabía que sus palabras estaban haciendo efecto.

–Sabes muy bien que tengo razón, cariño –me dijo–. Puedes simplemente volver conmigo, lo sabes, ¿verdad?

Asentí con la cabeza. Claro que lo sabía. Sabía que él siempre tendría un lugar para mí, siempre tendría trabajo para mí. Siempre tendría un lugar en este mundo si lo quería.

Pero quizás no lo quería. Quizás sí que había una vida para mí fuera de todo esto.

Y quizás esa era la vida que quería para mí en este momento.

Antes de que Stefano pudiera moverse, cogí la pistola de la funda de Paulo y la saqué. A mí alrededor, las imágenes comenzaron a sucederse en cámara lenta, mientras levantaba el arma y le apuntaba.

–Lo tengo claro, Stefano, muy claro. Pero no quiero.

Disparé.

Capítulo XVIII - Paulo

Celina iba a mi lado, en el asiento del copiloto, mirando por la ventanilla. La observé sin que lo notara. Tenía sangre en la cara, pero no era suya. Su respuesta a la propuesta de Stefano de que volviera con él había sido precisa, contundente y, sobre todo, letal.

No había dicho una palabra desde que habíamos salido del burdel. Stefano había caído al suelo después de saltar por los aires y ella se había acercado a él lentamente, mirándolo desde arriba, sosteniendo aún la pistola en su delicada mano. El sonido del disparo aún retumbaba en mis oídos mientras ella comprobaba si estaba muerto. Una vez que lo había confirmado, se volvió hacia mí y me devolvió el arma.

La llevé escaleras abajo, mi brazo alrededor de sus hombros, sintiendo cómo temblaba violentamente con cada paso que daba. No podía ni imaginarme la conmoción que estaba sufriendo y no sabía qué decir para aliviarla, pero, joder, estaba orgulloso de ella y quería que lo supiera más que nada en el mundo.

Había elegido una nueva vida para ella. Había elegido algo mejor que lo que Stefano le había ofrecido. El puto chulo había sido tan arrogante; estaba seguro de que ella iba a ceder y a tomar la decisión de quedarse con él. Era repugnante su confianza descarada en su control sobre esta mujer. Y yo ahí, parado con las manos en alto, tratando de protegerla de las palabras de Stefano y preguntándome cada segundo si Celina iba a ceder.

Porque había visto la vergüenza que llevaba consigo, la duda, la rabia, el dolor por la vida que se había visto obligada a soportar durante tanto tiempo. En todo eso era muy fácil hundirte, era un verdadero mar que te asfixiaba con cada ola, un mar espeso, un océano de mierda. A veces pensar en otra cosa era imposible.

Pero ella se había logrado salir a la superficie. Le dijo que no de la forma más clara y directa en la que pudo hacerlo. Estaba tan orgulloso de ella que no podía expresarlo con palabras.

Llegamos de nuevo a la mansión y la guie en silencio entre los guardias, sin detenerme a explicar por qué estaba ensangrentada o qué había ocurrido; ya se lo contaría todo a Alex cuando tuviera ocasión, pero, por ahora, ella era mi absoluta prioridad. Tenía que ayudarla a quitarse todo eso del cuerpo y recibirla de vuelta lo mejor posible. Todavía no sabía qué había ocurrido exactamente durante las demasiadas

horas que pasó en poder de Stefano. Había sido poco más de un día, pero estaba seguro de que ese cabrón había aprovechado cada momento para destruirla en cada forma posible. La había encerrado en esa habitación y lo más probable era que hubiera intentado darle drogas para someterla a su control. Pensar en ello me volvía a cabrear.

Pero lo único que importaba ahora era que de nuevo era libre. La conduje a su habitación y al cuarto de baño, donde la senté al borde de la bañera.

—¿Me permites que te ayude a lavarte? —le preguntó y ella dijo que sí con la cabeza. Cogí una pequeña toalla, la humedecí y comencé a quitar con suavidad la sangre de su piel. Sus ojos estaban distantes y reaccionó con pequeño estertor cuando la toqué por primera vez, pero no se apartó. Le puse una mano sobre la rodilla, aplicando una suave presión para ayudarla a volver a esta tierra.

—Estás bien. Estás bien, Celina. Aquí estás a salvo.

Alzó los ojos para mirarme mientras le limpiaba la cara y el cuello. Finalmente, habló.

—Lo sé —murmuró y una sonrisa breve se dibujó en la comisura de sus labios. Era lo último que esperaba ver en su rostro, pero, joder, era la sonrisa más hermosa del mundo, la más cálida, la mejor recibida. Quería que fuera feliz aquí, que se sintiera segura.

Para mi sorpresa, se agachó y se quitó la camisa, acomodándose para que yo pudiera seguir limpiándole la piel. La sangre no había dejado hasta debajo de la tela, pero le pasé la toallita por los hombros, a lo largo de los brazos, como me deshaciendo de algo que ella quería que desapareciera.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté en voz baja, y ella dudó un momento antes de responder, pero luego asintió con la cabeza.

—Sí, creo que sí —confesó, con la piel de gallina en el lugar donde le pasé la toallita—. Yo... Cuando me habló así, se me vino todo encima. Todo lo que había hecho a lo largo de los años, todo lo que había pasado, y simplemente lo supe... supe que no podía seguir así. No podía seguir viviendo de esa manera, tenía que salir. Tenía que al menos intentar averiguar qué me esperaba al otro lado.

Le sonreí.

—Estoy tan pero tan orgulloso de ti —murmuré, tomando su rostro con la mano durante un segundo. Inclino la cabeza para descansarla sobre mi palma.

–¿Podemos darnos un baño? –me preguntó suavemente–. Realmente necesito lavarme de la piel el día de hoy. Y me gustaría que no te fueras.

–Claro que podemos –abrí los grifos y el agua empezara a llenar la bañera detrás de ella.

La ayudé a desnudarse, despacio, con cuidado de no tocarla demasiado ni dejar que mi mirada se detuviera en ella más tiempo del necesario. Aún debía de sentirse frágil y yo no quería que este momento cayera en nada sexual, nada que implicara sexualizar su cuerpo.

Me desabrochó los botones de la camisa mientras la habitación se llenaba de vapor y el calor nos envolvía lentamente. Sus manos habían dejado de temblar y empezaba a recuperar la confianza. Parecía mucho más cómoda estando desnuda conmigo que antes, como si por fin confiara en que su cuerpo no iba a ser utilizado para nada que ella no quisiera. En ese momento se sentía completamente dueña de sí misma y era un placer verla empoderarse de esa manera delante de mí.

Me metí en la bañera, apoyando la espalda contra la pared para hacerle sitio, y ella se deslizó entre mis piernas, acurrucándose contra mi pecho. El calor de su cuerpo se mezcló con el del agua hasta que sentí que no había ninguna diferencia entre nosotros, que me envolvía por completo.

La abracé y soltó un largo suspiro, dejando escapar algo a lo que llevaba aferrándose más tiempo del que le gustaría admitir.

–No puedo creer que ya no exista –murmuró mientras cerraba su mano alrededor de la mía, enredando nuestros dedos.

–Lo sé –le di un beso apretado en la nuca–. Tú lo hiciste. Probablemente salvaste a muchas más chicas de sus garras.

–Quizá sea suficiente para compensar por las chicas a las que hizo daño –murmuró, con la cabeza gacha.

–Oye –le acerqué la boca al oído para asegurarme de que me escuchaba–, no puedes hacerte responsable de eso, ¿de acuerdo? Hiciste lo que tenías que hacer para sobrevivir y ellas también. Lo que importa ahora es que eres libre. Y él está muerto y eres tú la que acabaste con él.

Se volvió hacia mí, sus ojos verdes brillaban con algo que no había visto antes en su mirada: una esperanza que parecía iluminar cada parte de ella.

–Me arrepiento de no haberlo hecho antes. Debería haber luchado más para evitar que me llevara, para poder quedarme aquí contigo.

Sonreí y negué con la cabeza.

–Me importa un bledo lo que haya pasado antes. Solo me importa que ahora estás aquí conmigo.

Se mordió la boca y me miró fijamente durante un rato bastante largo.

–Nunca he tenido una relación de verdad –dijo de repente–. O sea, al menos no con alguien que de verdad me gustara. No tengo ni idea de qué hacer en esta situación...

–Yo tampoco –respondí–. Nunca he estado con alguien en serio. He tenido algunas aventuras, pero nunca... nunca he sentido nada como esto.

Me sonrió, nerviosa, pero llena de esperanza.

–De verdad me gustaría saber cómo es estar con alguien que realmente te importa...

A pesar de mis intenciones iniciales, mi polla empezaba a agitarse contra su cuerpo. Esa deliciosa mirada de esperanza, de entusiasmo, en su cara era más de lo que podía soportar.

–Quizás podríamos averiguarlo –murmuré y, finalmente, nuestros labios volvieron a juntarse.

Se apretó contra mí mientras yo le metía la lengua en la boca, mis dedos enredados en su cabello, acariciándole con suavidad la cabeza mientras nos besábamos. La sensación de su cuerpo suave y pequeño apretado contra mí era demasiado. Cada parte de mí se encendía de deseo por ella, y no era solo mi cuerpo, sino también mi mente, que necesitaba y deseaba a aquella mujer preciosa, poderosa y sexy.

Se irguió unos centímetros, de modo que quedó suspendida justo encima de mi polla, con las manos sobre mis muslos para sostenerse mientras se colocaba en la posición adecuada. El agua que nos rodeaba la hacía casi ingrávida y, lentamente, empezó a deslizarse sobre mí.

–Oh, joder, sí –gemí en su oído y ella jadeó al oír mis palabras, empujándose hasta el fondo sobre mi polla. El agua ondulaba a nuestro alrededor mientras yo empujaba hacia arriba y hacia dentro, llenándola profundamente y sintiendo cómo su cuerpo empezaba a tensarse.

Esta vez era distinto, muy distinto de la primera vez que habíamos estado juntos, porque ahora Celina era total y completamente libre. Claramente, había elegido esta vida, había decidido que esta era su voluntad, su elección, y había hecho lo necesario para conseguirlo. Estaba caliente, sí, pero también estaba profundamente orgulloso de ella.

Le rocé el cuello con los labios mientras ella hundía las uñas en mis muslos, apretándose contra mí para poder mecerse al compás de sus embestidas. El vapor humedecía su piel, que se sentía como la de una ninfa que acababa de emerger de las olas. Cogí su lóbulo entre los dientes y tiré suavemente, y ella se retorció encima de mí, soltando una risita de placer.

Bajé la mano y la pasé por sus pezones, su vientre y, por último, entre sus piernas, para poder jugar con su clítoris mientras la follaba. Ella gimió, relajando la cabeza contra mi hombro y permitiéndome darle placer exactamente como quería, regalarle la liberación que tanto necesitaba.

Soltó un gemido de placer y giró la cabeza para besarme de nuevo mientras yo me movía dentro de ella, abriendo más las piernas para que pudiera penetrarla aún más profundamente. Podía sentir su clítoris palpitando bajo los lentos círculos de mis dedos y ella jadeaba contra mi boca, claramente dispuesta a ceder a la necesidad que la consumía en aquel momento...

Y entonces lo sentí: el apretón de su coño alrededor de mi polla, su agudo aliento contra mi boca. Empujé mi lengua contra la suya, reteniendo mis dedos mientras seguía empujando dentro de ella, dejando que las pulsaciones de su orgasmo me llevaran a mí al límite, a mi propia liberación.

Me corrí con un gemido, mi semen derramándose dentro de ella, la conexión entre nosotros más profunda que nunca. Me había confiado su cuerpo después de años de sentir que no podía confiárselo a nadie, de sentir que no tenía más opción que hacer lo que le exigían. Saber que, después de todo eso, me había elegido a mí era lo más excitante del mundo.

Respiramos con estertores, su boca y mi boca pegadas, nuestros alientos mezclados en el aire, mientras volvíamos a esta tierra. Lentamente y de mala gana se separó de mí, sonriendo con su boca en mi boca.

–Bueno, considerando esto –murmuró, pasándome los dedos por el pelo–, parece que va a gustar todo esto de las relaciones serias.

–A mí también –asentí, sonriendo mientras hundía mi boca contra la suya una vez más.

Capítulo XIX - Celina

Tumbada en la cama junto a Paulo, lo observé respirar y me acerqué para pasar la mano por su fuerte cuerpo.

Aún me sorprendía despertarme cada día junto a este hombre y ya había pasado casi una semana desde mi regreso a la mansión, casi una semana desde que maté a Stefano y puse fin su reino de terror sobre mi vida y la de las demás mujeres abusadas y explotadas por ese cabrón.

Alex y sus hombres habían limpiado la escena, me había asegurado Paulo. Se habían desecho del cadáver en la mitad de la nada, donde nadie nunca lo encontraría jamás. Tampoco era como si alguien fuera alguna a vez a buscar a Stefano. La enorme mayoría de las personas que habían tenido la desgracia de conocerlo básicamente se alegrarían de que hubiera desaparecido de la ciudad y jamás pensarían en buscarlo, a menos que les debiera dinero o algo por el estilo.

La idea de que se pudriera en la mitad de la nada era una suerte de alivio para mí, una venganza después de todo lo que nos había hecho, a mí y a las otras chicas. Claramente, era un asunto meramente simbólico, pero lo sentía como una venganza personal contra todos los hombres que me habían hecho daño a lo largo de los años, todos los que habían abusado de mí porque Stefano me había servido en bandeja.

A veces me costaba creer que hubiera sido mi mano la que apretó el gatillo para terminar con él de una vez. Todas las noches me despertaba con el sonido de aquel disparo resonando en mis oídos: un recordatorio de lo que había hecho, de lo que era capaz de hacer. Paulo siempre estaba a mi lado para tranquilizarme y me prometía que ya no recordaría tanto esto con el tiempo. La verdad es que no le creía mucho, pero tampoco sentía culpa. Había pensado que la sentiría, que me sentiría culpable de haber matado una persona. Pero ese cabrón había intentado arrebatarme mi vida a través de la adicción, derrotando mi espíritu y vendiendo mi cuerpo. El nuestro siempre había sido, desde el comienzo, un duelo a muerto. Además, hacía lo mismo, y hubiera seguido haciéndolo, con otras mujeres. Era mejor directamente borrar de la faz de la tierra a ese tipo de escoria.

Y ahora que el cabrón estaba muerto, tenía que averiguar qué iba a hacer con mi vida. Esta nueva forma de vivir, qué cosa tan rara. No sabía qué forma tenía, de qué color era, a qué sabía. Pero de una cosa sí estaba segura: quería a Paulo en mi nueva

vida. Y hasta ahí llegaban mis certezas: llevaba una semana escondiéndome con él en esta mansión, tratando de ignorar el millón de preguntas acuciantes que asaltaban a todas horas mi cabeza.

Por ejemplo, qué cojones iba a hacer a continuación. Estaba segura de que quería mantenerme limpia de drogas. Paulo se había ofrecido a llevarme a reuniones en las que otros adictos compartían sus experiencias y, aunque me ponía un poco nerviosa la idea, había otra parte de mí que se sentía aliviada al saber que había más gente como yo en este mundo. Durante tanto tiempo la vergüenza me había aplastado por completo y ahora sentía que la única forma de liberarme del todo de ese sentimiento era confesarlo todo, que todo el mundo supiera, decirlo todo y que ya nada fuera secreto.

Pero... ¿y el resto de mi vida? ¿Qué iba a hacer ahora que todo esto había terminado? No podía esperar que Paulo me mantuviera durante el resto de mi vida y tampoco quería hacerlo. Nunca más quería volver a depender de un hombre, ni siquiera de Paulo, que había demostrado ya, de mil maneras, ser el mejor de los hombres que había conocido en mi vida. Yo quería ser independiente, ganarme mi propia vida, y no iba a aceptar menos que eso.

¿Tal vez podría ir a la universidad? O simplemente buscar un trabajo en una tienda de barrio; cualquier cosa, en realidad, para tener mis propios ingresos. Algo que me mantuviera ocupada y llenara mis días. Estaba claro que, si quería resistir la tentación de volver a la vida de antes, tenía que mantenerme ocupada...

Además de todas estas interrogantes, estaba también, por supuesto, la gran pregunta, la más enorme de todas: mi familia. Todavía no me había puesto en contacto con ellos y ya no podía negar que ese era el único paso pendiente para de una vez cerrar esta historia.

A mi lado, Paulo se movió; era temprano, apenas había salido el sol, pero parecía intuir que me pasaba algo. Medio dormido me acarició el pelo y me estrechó contra su pecho.

–Hola –murmuró.

–Hola –respondí, cerrando los ojos y escuchando el lento latido de su corazón. Siempre me resultaba reconfortante estar tan cerca de él, me sacaba de mis pensamientos durante un rato.

–¿Ya estás pensando en cosas? –me preguntó, y yo hice una pausa antes de contestar. Era mejor ser sincera con él que tratar de ocultar lo que me pasaba por la

cabeza.

–Mi familia –confesé.

–¿De nuevo? –preguntó en voz baja. Asentí con la cabeza.

–Si piensas tanto en ellos –se deslizó a mi lado para mirarme–, tal vez es una señal de que deberías hablarles...

–Pero no sé qué decirles –respondí, con todo el peso de esa verdad aplastándome durante un momento–. Además, me metí en todo esto para poder proporcionarles dinero. Incluso en mis peores momentos continué enviándoles algo, aunque no supieran que era yo. ¿Qué pasa con eso ahora? Quizás están esperando la ayuda...

–No importa cuánto dinero ganabas –señaló con suavidad–. No valía la pena lo que tenías que hacer a cambio.

–Vale, vale, lo sé, pero podría perdóname a mí misma si... si dejar de hacerlo significara que ellos ahora están pasando apuros. Lo único que me ayudó a sobrevivir cuando estaba en el fondo del pozo fue pensar en que ellos estaban sobreviviendo. Ahora tengo miedo de que...

Me quedé a medias, sin saber cómo expresar mi temor con palabras.

–¿Tienes miedo de que tomar la decisión correcta para ti los perjudique? –terminó la oración por mí. Asentí con la cabeza. Siempre parecía capaz de expresar las cosas que estaban en mi mente mejor que yo, era capaz de leerme la cabeza como si fuera la suya propia.

–Sí –suspiré–. La verdad es que eso es lo que más tengo: miedo. Ni siquiera sé cómo volver a ponerme en contacto con ellos, pero... pero de verdad quiero verlos. Y decirles cuánto lo siento.

–No tienes que disculparte –me recordó, con suavidad pero con firmeza. Había estado intentando que dejara de culparme por todo lo ocurrido, aunque yo seguía luchando para crearme merecedora del perdón que me ofrecía. Me costaba mucho aceptar esa absolución cuando volvía a la idea de que yo había sido la que había permitido que todo eso sucediera.

–Vale, vale –murmuré, sacudiendo la cabeza–. No sé por dónde empezar con ellos. Ni siquiera sé si puedo empezar de nuevo.

–Siempre es posible volver a empezar –respondió–. Yo lo hice. Pasé toda una vida

tomando decisiones de mierda, peligrosas, irracionales, y ahora... ahora te tengo a ti.

Me sonrió y me plantó un beso en la frente. Yo no pude evitar sonreír también. Cuando me hablaba así, como si yo fuera lo máspreciado que podía imaginar, se me encendía el pecho como nunca antes me había sucedido. Que alguien me mirara y viera todo por lo que había pasado, todo lo que había hecho, y no me considerara menos que nadie por ello... Era como un regalo para mí. Era el tipo de regalo del que nunca me habría imaginado ser merecedora.

–Vamos a resolver lo de tu familia, tranquila –me dijo–. Si es dinero lo que te preocupa...

–Lo que me preocupa es todo –suspiré–. La pasta es solo una parte.

–De todas formas, ahora tienes que centrarte en ti –me recordó–. Lo demás viene después, ¿vale?

–Vale –respondí. A veces, necesitaba oír eso, necesitaba oír que valía la pena hacer todo este trabajo en mis propios términos, incluso cuando me resultaba difícil confiar en este proceso de sanación.

–Venga, vamos a comer algo –me dijo, incorporándose–, y podemos empezar a mirar esas solicitudes para la universidad.

Apreté su mano un poco más fuerte.

–¿Qué te parece si nos quedamos en la cama un poco más? –le pregunté juguetonamente–. Hay plazo para las solicitudes hasta el mediodía...

Sonrió.

–Supongo que sería posible pensar en algo así –murmuró, acercándose para besarme. Había todo un mundo fuera de este dormitorio en el que tenía que pensar, pero ahora mismo él era la única persona que me importaba. Y quería perderme en él durante un poco más de tiempo.

Capítulo XX - Paulo

Eché un vistazo a la cafetería mientras esperaba a que llegara Elena. No era del todo seguro que fuera a aparecer, pero esta había sido la única forma que se me había ocurrido de empezar a tender los puentes que Celina necesitaba para llevar su recuperación al siguiente nivel.

Celina no sabía que hoy iba a reunirme con su madre, porque así lo había querido yo; no estaba seguro de cómo iba a ir todo y no quería presionarla para que sintiera que tenía que dar el primer paso hasta que me hubiera hecho una idea de cómo estaban las cosas. Había localizado a su familia, que ahora vivía lejos de esta ciudad, y me puse en contacto con su madre en privado para decirle que tenía información sobre su hija y que quería reunirme con ella. Aunque al principio se había mostrado dubitativa, en cuanto le envié un par de fotos de Celina y yo juntos, aceptó viajar para que nos reuniéramos.

Era claro que Elena tenía bastantes dudas sobre mí y yo lo comprendía perfectamente. Lo último que había sabido de su hija es que estaba bailando en un club de *striptease* y seguramente pensaba que yo era un tío más en la larga lista de hombres que la habían hecho desnudarse para ganar dinero. No la hubiera cuestionado si se hubiera negado a esta cita, pero tenía la esperanza de que me diera la oportunidad de demostrar que mi interés por Celina era genuino.

Había elegido este café, lejos de la mansión en la que aún vivíamos, para asegurarme de que Celina no se cruzara con ella por casualidad. Todavía sus pasos eran frágiles, era muy vulnerable aun cuando ya había empezado a organizar su vida. Había estado presentando solicitudes en todas las universidades de la ciudad para acreditar sus conocimientos del instituto y empezar a estudiar psicología. Quería ayudar a otras mujeres que habían pasado por lo mismo que ella, me había dicho, y a mí casi me había explotado el pecho de orgullo. Estaba seguro de que no había sido fácil elegir ese camino profesional, pero ese era el tipo de mujer que Celina era: dispuesta a enfrentarse a lo difícil cuando existía la oportunidad de ayudar a otra persona.

Sonó la campana de la puerta del café y alcé la vista. Elena entró en el café; la reconocí enseguida: los mismos ojos verdes de su hija, todavía reconocibles debajo del pelo canoso, recorrían la habitación. Me vio y se detuvo un instante, tragó saliva y finalmente avanzó para sentarse frente a mí.

—¿Paulo? —preguntó. Tenía la voz apretada, tensa, como si apenas se atreviera a

tener alguna esperanza en lo que yo pudiera decirle sobre su hija. Asentí con la cabeza.

–Sí, yo soy Paulo. Gracias por venir, Elena. Sé que no debe haber sido fácil.

–Fue un poco más fácil cuando usted pagó por mi billete ejecutivo –respondió con una breve sonrisa. Me reí entre dientes. Se habían alejado de Nueva York después de lo que le había ocurrido a Celina, como era de esperar, y yo había querido que tuviera la oportunidad de viajar de regreso con comodidad.

–Me alegro de que haya venido –le contesté. Cruzó los brazos sobre el pecho y pude ver el conflicto en su rostro: la esperanza combatía con la duda en sus ojos y era imposible apostar por un ganador claro. Tenía muchas ganas de confiar en que yo le daría todas las respuestas que había estado esperando durante demasiado tiempo, pero no acababa de permitírselo.

–¿Qué puede decirme de mi hija? –me preguntó finalmente. Estaba aquí para eso, sin duda. Quería saber qué ocurría con su niña y se podía ver en su rostro la tensión acumulada, la pena, de no haberla visto durante tanto tiempo. Respiré hondo. Había ensayado la respuesta en mi mente una y otra vez, no quería revelar demasiado, pero necesitaba que su familia comprendiera cabalmente todo lo que había ocurrido.

–Lo más importante que debe saber ahora es que Celina está a salvo. Vive con todas las comodidades, y actualmente está solicitando plaza en la universidad y buscando trabajo. En cuanto a su salud física, se encuentra perfectamente. En cuanto a su salud mental, es posible que necesite un poco más de tiempo para apoyarse con firmeza en sus dos pies.

–¿Qué le ha ocurrido? –preguntó Elena con la voz entrecortada y no pude evitar que se me escapara un gesto de incomodidad. Me hubiera gustado no tener que darle mayores detalles, pero ella necesitaba alguna explicación de lo que había sucedido en los últimos años.

Le conté a grandes rasgos que había trabajado como bailarina durante un tiempo y que luego se había dedicado a otros trabajos, lidiando con el abuso de sustancias en el camino. Que se había metido en todo esto para ayudar a su familia y que nunca había dejado de pensar en ellos ni de enviarles dinero. Que ahora estaba a salvo y que el hombre que había abusado de ella no volvería a molestarla.

Me di cuenta de lo mucho que le dolió oír esas palabras; Elena no podía ni imaginármelo. Ya era bastante duro para mí ser consciente de lo que Celina había pasado, y solo la conocía desde hacía un par de meses; para su madre, la mujer que la

había traído a este mundo y la había criado, debía de ser un millón de veces más duro.

–Dios mío –murmuró Elena cuando terminé. Tenía la cara pálida y las manos, posadas sobre la mesa, le temblaban visiblemente.

–Sé que para usted debe ser difícil escuchar todo esto –le dije–, pero hay una cosa que quiero que le quede bien clara: ella está segura ahora, está a salvo. Está ocupada trabajando en mejorar y en dejar toda esa historia atrás.

Elena asintió, se pasó una mano por el pelo para acomodarlo, mientras trataba de reorganizar sus pensamientos.

–Yo... Yo nunca pensé... –murmuró, sacudiendo la cabeza–. Sabía que se había metido en algunas cosas... extrañas, pero no tenía ni idea de que... Si lo hubiera sabido....

–No ha sido culpa suya –le dije, reuniendo toda la compasión que tenía a mi alcance por esta mujer. Si tenía que confesar la verdad, había una parte de mí que luchaba por creer que realmente no tenía ni idea de por lo que había estado pasando su hija, y esa parte de mí quería culparla por dejar que Celina hubiera seguido formando parte de ese mundo durante tanto tiempo. Después me recordaba a mí mismo que era imposible que esta señora hubiera sido capaz de rescatar a su hija de ese submundo infernal. ¿Qué padre, qué persona, podría prepararse para algo así?

–Quiero verla –me dijo de inmediato, levantando los ojos para encontrarse de nuevo con los míos. Mi mandíbula se tensó ligeramente. Había considerado que esta sería una posibilidad y ya tenía la respuesta decidida de antemano. Sacudí la cabeza.

–Celina todavía está procesando muchas cosas –le dije–. Ella también quiere verla, verlos a todos, pero necesita tiempo para superar todo lo que paso, los sentimientos la aplastan a veces. Me ha dicho muchísimas veces lo avergonzada que está, lo mucho que odiaría que su familia supiera su historia completa...

–¿Eso cree? –Elena me interrumpió–. Nosotros jamás... ninguno de nosotros la juzgaría por eso...

–Le creo, pero eso no es lo que ella piensa –le dije amablemente–. Y no quiero arriesgarme a que retroceda en su recuperación por apresurarse. Necesita tiempo para recuperarse, para decidir lo que va a hacer.

Elena cogió una servilleta y se secó los ojos, pero asintió con la cabeza.

–Tiene usted razón –murmuró–. Es que... me cuesta oírlo.

–Me lo imagino –respondí–. Pero, por favor, confíe en mí cuando le digo que lo que más me importa aquí es el bienestar de Celina. Es por eso que he venido hoy a reunirme con usted.

–¿Para contarme todo esto?

–En parte, en parte –respondí, y metí la mano en el bolsillo y dejé un cheque sobre la mesa delante de ella–, pero también para entregarle esto.

Sus ojos se abrieron de par en par cuando lo miró y lo giró hacia ella para poder leer bien la cifra. Era una buena parte de mis ahorros, el dinero que había ido ahorrando a lo largo de los años y que nunca imaginé que me serviría de mucho. Nunca había llevado una vida extravagante y había conseguido ahorrar más que suficiente para cubrir los gastos que Celina me había descrito cuando me contó para qué había estado trabajando.

–¿Pero... qué es esto? –Elena balbuceó.

–Celina estaba preocupada por el dinero al dejar de trabajar –le expliqué–. Se preocupa de que tengan problemas de dinero, de modo que quería quitarles ese peso de encima, a ella y a usted. Con esto puede cubrir cualquier necesidad.

–Dios mío –murmuró Elena, otra vez con lágrimas en los ojos–. Nosotros... no sé cómo agradecerse...

–No tiene que darme las gracias –le aseguré–. Voy a pedirle solo una cosa a cambio.

–¿Qué cosa? –preguntó, un poco recelosa.

–Que use parte de este dinero para traer a su familia a Nueva York a ver a Celina cuando llegue el momento –le contesté–. No sé exactamente cuándo será ese momento, pero le prometo que no tardará mucho en llegar.

Apretó los labios y supe que le costaba pensar en esperarla. Después de tanto tiempo sin su hija, era natural que quisiera volver a verla cuanto antes. Pero, tras una larga pausa, asintió.

–Vale, vale, así será –respondió–. Pero no me haga esperar mucho. Ya he esperado casi ocho años. No quiero esperar más tiempo del necesario.

–Tiene mi palabra –respondí, poniéndome la mano en el corazón como si estuviera haciendo un juramento.

–¿Puede usted prometerme algo? –preguntó Elena, y yo asentí de inmediato.

–Por supuesto, lo que sea.

–Por favor, le ruego... cuide de ella –me dijo, con la voz quebrada de nuevo–. Yo debería haber estado ahí para ella, soy su madre, pero yo... Si ella no puede lidiar con eso ahora, tengo que creer que usted va a hacer lo mejor por ella. No me obligue a arrepentirme de haber confiado en usted...

–No lo haré –respondí, y ella se acercó a la mesa para darme un apretón en la mano.

–Gracias –murmuró con una sonrisa–, gracias por rescatar a mi hija.

Le devolví la sonrisa.

–Aprecio su gratitud –respondí–, pero pronto va a darse cuenta de que fue Celina la que se rescató a ella misma.

Capítulo XXI - Celina

–Y... ¡allá vamos! –exclamé mientras hacía clic para aceptar la oferta que me habían hecho en la Escuela de Medicina de Nueva York. Me mordí la boca y me volví hacia Paulo con una enorme sonrisa en la cara.

–¡Lo he conseguido! –le dije, sintiendo que se me sonrojaban las mejillas de la emoción mientras él se acercaba a darme un abrazo–. ¡Voy a empezar la universidad!

–Vas a ser la puta reina de la universidad –me dijo, rodeándome el cuello con los brazos y plantándome un beso en la cabeza–. Deberías estar muy orgullosa de ti misma, Celina.

–Vale, vale, si es que lo estoy –admití. Dios, aún me resultaba extraño decirlo en voz alta, admitir lo orgullosa que estaba de mí misma, pero era la verdad. Me había dejado la piel estos últimos meses para conseguir las calificaciones que necesitaba para cursar mi primer año de psicología en la universidad y esa mañana había recibido mi aceptación oficial. Dentro de unas semanas empezaría mi primer semestre, una más entre todos los estudiantes que empezaban sus carreras.

Sentía que por fin estaba recuperando todo el tiempo perdido, toda la vida que no había vivido. Aún era joven, solo tenía veintiséis años, y empezaba a darme cuenta de lo mucho que tenía por delante, de lo mucho que me quedaba por disfrutar.

Como mi primer piso. Paulo y yo nos habíamos mudado juntos el mes anterior, de la mansión en la que me había alojado cuando llegué, a una casa de verdad, nuestra; un ático, que yo ayudaba a pagar con mi trabajillo de camarera todos los fines de semana. No era mucho, y Paulo me había dicho una y otra vez que era más que capaz de permitírselo él mismo, pero yo insistí. Quería sentirme útil y esta parecía la manera perfecta de conseguirlo.

Me puse en pie y me dirigí a la cocina, donde Paulo había puesto una botella de champán sin alcohol en hielo para celebrar mi aceptación. Le había dicho que me parecía un poco exagerado, pero él había insistido. Siempre quería celebrar las pequeñas victorias, pero esto me parecía demasiado, incluso para él. Oye, no me iba a quejar: era agradable tener siempre a alguien que me animara, incluso cuando yo misma me sentía una puta mierda.

Y, algunos días, realmente me sentía así. Aunque llevaba casi seis meses en terapia,

todavía había días en los que tenía problemas, días en los que solo pensaba en consumir. Sin embargo, Paulo parecía ser capaz de detectarlos cada vez que ocurrían y me guiaba en la dirección correcta, asegurándose de que podía confiar en él, desahogarme con él, utilizarlo como distracción, lo que necesitara.

Pero esos días eran cada vez más escasez y eso era lo más importante. Nunca podría dejar atrás lo que había pasado, no del todo, pero cada vez me resultaba más fácil no dejar que me consumiera por completo.

Serví el champán en dos copas y estaba a punto de llevarle una a Paulo cuando oí un zumbido en la puerta. Di un respingo y me volví hacia Paulo, con el ceño fruncido.

—¿Tenemos visitas hoy? —le pregunté. Normalmente me avisaba cuando venía alguien para que me preparara, pero su sonrisa me decía que era una sorpresa.

—He invitado a algunas personas a la celebración— me dijo sonriendo mientras se dirigía a la puerta. Ladeé la cabeza, curiosa.

—¿Ah, sí? ¿Como quién?

—Ya verás —comentó mientras apretaba el botón para dejarlos entrar. Me quedé allí, esperando pacientemente, con un pequeño pinchazo de excitación en la nuca. ¿Podía ser...? No, no podía ser. No podía ser...

Pero, entonces, la puerta se abrió. Y allí estaban.

Mi familia.

—¡Dios mío! —exclamé, casi dejando caer las copas en mi prisa por acercarme a ellos. Mi madre entró primero y me abrazó con fuerza, como si no quisiera dejarme marchar nunca.

—Mi bebé —respiró contra mi oído, y yo aspiré su aroma; los recuerdos de mi infancia me invadieron, todo lo que había vivido, todas las experiencias alegres llegaron a la vez.

Y detrás de ella estaban mis hermanos, los tres. Allen empujaba a mi padre en una silla de ruedas, que salía del ascensor al final del pasillo. Corrí hacia ellos, prácticamente saltando al regazo de mi padre, besándole la mejilla y abrazándolo.

—¿Esto está pasando de verdad? —pregunté mientras me erguía, mirando a Nora y Frankie en la puerta. La cara de Frankie figuraba casi oculta del todo por un enorme ramo de flores. ¡Joder, ahora era más alta que yo! Paulo, que seguía de pie en el

apartamento, asintió.

–Está pasando de verdad –me aseguró, tendiéndome la mano. Volví a su lado para apoyarme en él, contenta de tenerle como apoyo mientras el mundo entero se tambaleaba a mi alrededor.

–Pasad –le dije a mi familia–, pasad todos. ¿Queréis champán?

–Creo que la ocasión lo merece –aceptó Nora, mostrándome esa sonrisa descarada suya que hacía demasiado tiempo que no veía. No pude resistirme y fui a darle un abrazo, y ella me rodeó con sus brazos y me abrazó con fuerza.

–Te he echado de menos, hermanita –me susurró.

–Yo también te he echado de menos –le dije, reprimiendo la emoción antes de que se apoderara de mí–. Más de lo que te puedes imaginar.

Los conduje al interior del apartamento y el caos de sus voces superpuestas llenó el espacio. Me encantaba oírlos juntos así; apenas podía creer que esto estuviera ocurriendo. Servimos el champán hasta vaciar la botella, haciendo correr las copas por la habitación. Allen colocó cuidadosamente la silla de ruedas de mi padre para que cupiera entre los sofás. Mi padre parecía mucho más frágil de lo que yo lo recordaba, pero aún tenía esa enorme sonrisa en la cara, la calidez que había irradiado desde que tengo memoria.

–No me puedo creer que estéis todos aquí –solté una vez que estuvimos todos sentados alrededor de la mesa de café–. ¿Qué...? ¿Cómo sucedió esto?

–Tienes que agradecerse a Paulo –respondió mi madre, señalando con la cabeza al hombre que estaba sentado orgullosamente a mi lado. Me volví hacia él, con los ojos muy abiertos.

–¿Tú organizaste esto?

–Paulo se puso en contacto conmigo hace unos meses –me explicó mamá, acercándose para darme un apretón en la rodilla; era como si no pudiera apartar las manos de mí, como si necesitara asegurarse de que realmente estaba allí, de que no me iba a ir ninguna parte–. Y nos contó un poco lo que había ocurrido –continuó– y que te preocupaba mantenernos, económicamente, después de que... de que dejaras ese lugar.

La palabra quedó flotando en el aire por un momento, y me di cuenta de lo mucho que le dolía pensar en ello.

–Pero nos dio todo lo que necesitábamos –explicó, dirigiendo una sonrisa a mi padre–. Pagó el resto del tratamiento de tu padre, que debería dejar la silla de ruedas a finales de año, según dicen los médicos. Y Allen y Nora también se graduarán pronto.

Me volví hacia Paulo, con la expresión desencajada.

–¿Tú... pagaste por todo eso? –pregunté, apenas capaz de creer lo que estaba oyendo. Asintió con la cabeza.

–Sabía lo preocupada que estabas por ayudarlos –me explicó– y no quería que tuvieras que preocuparte de eso. Es solamente dinero.

El nudo en mi garganta me impedía emitir palabra. No podía creer que Paulo hubiera hecho esto por mí, por mi familia. Sabía que se preocupaba por mí, pero esto... esto superaba todo lo que podría haber pedido, o incluso imaginado, en mis sueños más irreales.

–Gracias –murmuré, acercándome para apretarle la mano. Sabía que esas palabras ni siquiera se acercaban a expresar lo agradecida que estaba por todo lo que había hecho por mí, lo lejos que había llegado para apoyarme, pero era lo más parecido que se me ocurría. Me plantó un beso en la sien.

–Nunca tienes que darme las gracias –me dijo y sonrió, luego dirigió suavemente mi atención de nuevo a mi familia frente a mí.

–¡No puedo creer lo grande que te has hecho! –le dije a Allen cuando de repente miré a mi hermanito y vi lo alto y larguirucho que se había puesto. Cuando me fui, apenas tenía trece años, pero ahora era todo un hombre.

–Ha pasado mucho tiempo –dijo, y sentí una punzada de tristeza al oír esas palabras salir de su boca.

–Es verdad –acepté, un poco triste–. Tenemos... Tenemos mucho para ponernos al día.

–Entonces supongo que deberíamos ponernos a ello en cuanto podamos –añadió mi padre, siempre optimista.

–¡Salu! –dijo Nora levantando su copa y todos nos inclinamos para brindar. El sonido de las copas chocando entre sí me llenó el corazón de una alegría que me había faltado hasta entonces. Había tenido tanto miedo, tanto temor de que mi familia no me aceptara después de tantos años lejos de ellos. Había pensado que no era digna de ellos, no después de todo lo que había pasado.

Pero ahora, rodeada de la gente que tanto había echado de menos, no sentía esa vergüenza y esa duda, ese impulso de esconderme de ellos. Me estaban viendo tal y como era, tal y como había sido antes de que me arrastraran a este mundo oscuro. Y todo lo que quería ahora era celebrar eso y la vida que me esperaba ahora que habían vuelto.

La conversación fluyó con facilidad entre nosotros y me acurruqué junto a Paulo, con su brazo alrededor de mis hombros. Me sentía tan segura con él allí, sabiendo que había organizado todo aquello, sabiendo que había eliminado la única fuente de miedo que me quedaba con mi familia, no poder mantenerlos. Había cubierto todos los ángulos, había hecho todo lo posible.

Y nunca encontraría las palabras para decirle lo agradecida que estaba por ello.

Pero pasaría el resto de mi vida intentándolo.

Epílogo - Celina

–¡Gracias! –le dije a la camarera, casi mareada de emoción mientras nos traía el postre; una tarta de chocolate ridículamente enorme, cargada de virutas y glaseado lo bastante espeso como para tener que cavar en él.

–Estamos celebrando –le dijo Paulo–. Celina acaba de graduarse.

–¡Enhorabuena! –me dijo la camarera y sentí que se me sonrojaban las mejillas.

–Paulo, no tienes que decírselo a todo el mundo –me reí mientras la chica se dirigía de nuevo a la cocina.

–No, no tengo que hacerlo, pero quiero hacerlo.

Solté una risita, sacudiendo la cabeza.

–Tienes suerte de que no me avergüence fácilmente –me burlé de él–. Si no, te odiaría a muerte.

–Creo que puedo soportarlo –replicó, apoyando cariñosamente su rodilla en la mía por debajo de la mesa. Cogí el tenedor, corté un trozo de tarta y le di un mordisco al delicioso chocolate.

No había conseguido que Paulo dejara de jactarse de mi graduación en todo el día; prácticamente a todas las personas con las que nos habíamos cruzado había querido decirles que ya tenía oficialmente mi título, nada menos que con matrícula de honor. Yo no me lo creía. Los últimos años habían sido una locura, pero lo había conseguido, lo había conseguido de verdad. Estaba a punto de convertirme en psicóloga, especializada en terapia de traumas, con foco en las víctimas del tráfico sexual. Con mi profundo conocimiento de ese mundo, sabía que podía proporcionar el tipo de ayuda y apoyo que esas mujeres necesitaban.

Pero, por ahora, solo disfrutaba de la emoción de haber terminado mis estudios. Me iba a tomar unas semanas libres para visitar a mi familia al otro lado del estado; habían insistido en que Paulo y yo fuéramos a pasar una temporada para celebrar mis logros.

Ahora todo parecía importante para mi familia, dado el tiempo que habíamos pasado separados. Me había perdido muchas cosas y todos queríamos recuperar el tiempo perdido. Cada acontecimiento, cada cumpleaños, cada Navidad desde que

habíamos retomado el contacto, había sido el evento más glorioso del mundo. No había compartido los detalles de todo lo que había pasado con mis padres y hermanos, porque sabía que podría ser demasiado para ellos y no quería cargarles con más de lo que podían soportar. Lo que me importaba, de todos modos, era que podían verme como la persona que era ahora, y esa persona parecía gustarles muchísimo.

Mi padre se había levantado de la silla de ruedas, y sus médicos nos habían dicho que su tasa de supervivencia aumentaba con cada mes que pasaba sin que volviera a sufrir una recaída de su enfermedad; Paulo había estado pagando el mejor tratamiento y el mejor apoyo continuo del país, y aunque volviera a ocurrir algo, yo sabía que mi padre tendría todo lo que necesitaba para superarlo.

Mis hermanos y yo nos habíamos acercado más que nunca, y mi relación con Nora en particular había florecido ahora que ambas éramos adultas. Se había mudado a Nueva York para dedicarse al diseño de moda y nos veíamos todas las semanas para tomar un café y ponernos al día. Me encantaba oír hablar de todas las cosas normales que pasaban en su vida, las citas, los amigos, el drama del trabajo. Habría escuchado un millón de historias sobre los detalles más insignificantes de su mundo con tal de formar parte de su vida. Me había perdido muchas cosas, pero eso me hacía saborear cada momento que pasábamos juntos. Era maravilloso.

Y, más allá de mi familia, estaba tan feliz de haber encontrado a Paulo en medio de todo esto. Seguía trabajando con Alex y Morgan, pero había dado un paso atrás para centrarse en nosotros, en nuestra relación; parecía que le estaba sentando bien, y llegar a casa después de un largo día de clases y encontrarlo preparándonos la cena en la cocina era mi forma favorita de acabar el día. Bueno, no exactamente mi favorita, pero casi.

Me había apoyado en todo momento, sin flaquear, sin dejar de apoyarme ni un segundo. Era un alivio estar con alguien que conocía mi historia y compartía mi lucha contra la adicción; nunca tuvimos que darnos explicaciones, simplemente nos entendíamos a ese nivel profundo y visceral. Había sido blanco de algunas miradas coquetas de chicos de mi clase en la universidad, pero ninguno de ellos me había hecho ni siquiera girar la cabeza. Imposible cuando tenía a Paulo esperándome en casa.

—Oye, guárdame un poco —protestó juguetonamente mientras se robaba un trozo de postre.

—Es *mi* graduación —dije en broma—. Todo el pastel que quiera es para mí sola.

–Vale, vale, por supuesto –convino, sonriéndome con cariño. Siempre parecía feliz cuando yo comía. Supuse que porque había luchado mucho con ello cuando nos conocimos. Había engordado un par de kilos desde que salí de todo aquel lío con Stefano y me sentía mucho mejor por ello. Fuerte, capaz, como si pudiera enfrentarme al mundo.

–Tengo otra cosa para ti –comentó despreocupadamente, metiendo la mano en el bolsillo–. Aparte de la tarta, quiero decir.

–¿Ah, sí? –respondí, enarcando una ceja–. ¿Y qué es?

Se detuvo un momento, se pasó la lengua por los labios y sonrió. Y entonces, para mi sorpresa, sacó del bolsillo una cajita de terciopelo.

–Este anillo de compromiso –me dijo, abriéndolo de golpe y mostrando el diamante que brillaba en una banda de plata en su interior–, porque quiero pedirte que seas mi esposa, Celina.

Casi me ahogué, tapándome la boca con una mano. Había notado que se metía algo en el bolsillo aquella noche, justo antes de salir, pero no le había dado importancia. ¡Había sido esto! ¡Este anillo!

–¿Quieres casarte conmigo, Celina? –me preguntó en voz baja. Como si necesitara preguntármelo. Como si alguna vez hubiera dicho otra cosa que...

–¡Sí! –exclamé, prácticamente arrebatándole el anillo de la mano y deslizándolo en mi dedo–. ¡Sí, quiero y deseo casarme contigo, Paulo!

Ni siquiera me había dado cuenta de que el resto del restaurante nos estaba mirando, pero estallaron los aplausos cuando me incliné sobre la mesa para besar a mi prometido en los labios. Él sonrió y enlazó su mano con la mía. Podía sentir el frío metal de la banda contra mi piel, la promesa de nuestro futuro juntos, de mucho más por venir.

No importaba por lo que hubiera pasado, no importaba cómo fuera mi pasado, este hombre quería estar ahí para mi futuro. Y no podía imaginar nada más dulce que eso, nada mejor que eso.

–Te quiero –susurré, para que sólo él pudiera oírme, las palabras eran sólo para él.

–Yo también te quiero, Celina –susurró, y volvió a besarme.

Acerca de Lenora Wilde

Hola, soy Lenora, la típica alma reservada y tranquila durante el día que se convierte en una malvada contadora de historias bajo el encantador resplandor de la luna. ;)

Mi corazón está dedicado a crear historias románticas al rojo vivo, relatos que enciendan las páginas. Tanto si buscas un subidón de adrenalina como una escapada relajante, estoy aquí para crear historias que cautivarán tu mente y te llegarán al corazón. Bienvenido a un mundo donde las posibilidades son tan ilimitadas como tu imaginación.

Si te ha gustado este libro, me gustaría invitarte a que estés pendiente de los próximos lanzamientos serie de los [Renegados de Nueva York](#).

Tu opinión sincera es muy valiosa para mí. Haz clic **AQUÍ** para compartir tu reseña sobre este libro.

Gracias.